



te
pertenecesco

YAZ MILLER

te
pertenezco

YAZ MILLER

Título: Te Pertenezco

Primera edición: Agosto 2019

©Yaz Miller, 2019

Imagen de portada: © [Viorel Sima](#) | [Dreamstime.com](#)

Diseño de portada y maquetación: Yada M. Lopez

ASIN: B07S6P33SC

Queda prohibida, sin la autorización expresa y escrita de la titular del *copyright*, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, sea mediante digitalización o impresión; así como la distribución de este ejemplar con fines de lucro tras su adquisición. Todos los derechos reservados.

*Para todos los que me rompieron el corazón.
Por que de alguna u otra forma, puede crear al personaje perfecto
basándome en todos sus defectos.*

Nota de la Autora

Te Pertenezco es una historia que nació al descubrir que no había leído otro libro similar.

Me pregunté a mi misma, ¿por qué no lo escribes tu?

Y así, nacieron tres libros llenos de emociones, amor, misterio y suspenso.

Espero disfrutes de leer esta primera parte tanto como yo disfruté de escribirla.

1

Nunca me he quejado sobre la vida que me tocó vivir. A decir verdad, es bastante cómoda. Pero odio tener que fingir que es perfecta. Mi mayor problema es ese, fingir. Pretender que todo lo que ocurre a mí alrededor es perfecto y no tengo queja alguna. No todo es de esa manera y tampoco sirve de mucho quejarme, tengo que acceder a las peticiones de mi madre. Créeme cuando digo que no es fácil ser hija de Catherine Hamilton.

Las apariencias son demasiado importantes para mi madre y eso me molesta. Yo no vivo para caerle bien a la gente, en cambio, teniendo mi máscara social, tengo que fingir que vivo para eso, y la mayoría de las personas son arrogantes y egoístas. Y aquí estoy, haciendo el papel de la hija perfecta frente a los conocidos de mi madre. Temiendo explotar en cualquier momento.

Sostengo mi copa de champán con la espalda recargada en la barra del bar. La mujer me convenció de venir a la fiesta de la hija de unos conocidos suyos. Sé quién es la chica, y es exactamente como debe ser una persona de alto rango social según mi madre: Cabello rubio, ojos verdes, tez blanca, facciones suaves y hermosas, labios carnosos y rojos y una figura envidiable. Moralmente hablando, la chica es de lo peor.

No puedo entender como existen personas así. Gracias a mi padre fui salvada de ser educada de esa manera, pero sinceramente, aunque mi padre no hubiese intervenido en mi educación, seguiría detestando a ese tipo de personas. Mi padre siempre estuvo al pendiente de mí y jamás permitió a mi madre interponerse en ese aspecto. Según mis deseos, mi padre accedió a dejarme estudiar en escuelas públicas en lugar de privadas, cosa que a ella no le agradó pues no me relacionaría con chicos de mi mismo círculo, pero no podía hacer nada al respecto. Mi padre era muy persuasivo y protector.

Me gradué en la universidad de Nueva York como arquitecta y mi padre estaba muy orgulloso de mí. En cambio, Catherine siempre renegó de mí y de lo que quería hacer con mi vida. Para ella todo es apariencias, para mí no. Una y mil veces me repitió que no quería que estudiase lo mismo que mi padre, que

era una profesión para hombres. ¿En qué clase de tiempos fue educada?

Mi padre falleció hace dos años, llevándose mi felicidad consigo, precisamente tres meses después de mi graduación. Ya no lo tengo para defenderme de mi madre y de sus ideas absurdas. Es por eso que desde entonces, me introdujo como la humedad entre la sociedad de Nueva York. No estaba obligada a ir, pero lo hacía para evitar problemas.

Analizo a mi alrededor y me doy cuenta de que esta vida no es tan mala con las comodidades que me ofrece, pero todo tiene un precio, y el mío es éste; Tener que fingir que soy igual de arrogante, egoísta y petulante que los demás.

Al menos no estoy sola en mi infierno personal. Veo a Holly a lo lejos y le hago señas. La invito a venir a acompañarme y sonrío mientras admiro su vestido de noche morado, que la hace ver hermosa. Es largo hasta el suelo, de tirantes con el pecho cuadrado y por su espalda, unas tiras cruzadas atan los lados del vestido sobre el esternón, dejando un cuadro de piel desnuda de los omóplatos a la espalda baja. Atraviesa el salón con sus tacones resonando por el suelo. Recibe algunas miradas curiosas y otras de deseo. No me sorprende. Lleva su largo cabello negro en un moño perfectamente peinado y sus ojos azules resaltan con sus sombras oscuras.

Cuando llega, me abraza efusivamente.

—¡Ellie! —me suelta, tomándome por los hombros—. ¿Qué haces aquí, cariño? Deberías estar ligando con algún chico. —sonrío y niego con la cabeza—. Apuesto lo que sea a que aún no les has echado un vistazo. ¡Están para comerse!

—No me sorprende que llegues con comentarios de ese estilo, Holly —suelto una carcajada y la abrazo—. Y también me alegro de verte.

Mi amiga entrecierra los ojos.

—Oye, sólo estuve fuera un mes. Necesitaba desaparecer un rato... Después de mi ruptura con Jackson, quería tiempo para mí.

Holly y yo crecimos juntas, sus padres y los míos siempre fueron muy amigos. Y, aunque de pequeñas nos lanzábamos con muñecas y todo lo que estuviera a nuestra mano, conforme fuimos creciendo, una amistad se fue forjando como el hierro. Ella tiene más o menos mis mismos ideales, salvo que ella si le saca provecho a todas las ventajas de ser una persona de buena posición económica.

No es muy estable en lo que a las parejas se refiere. Su último *novio*,

Jackson Wells, le fue infiel con una chica a la que lo único que le interesaba era usarlo como escalera en su carrera de modelo. Holly terminó con él enseguida y estoy casi segura de que en su viaje a París, encontró a algún otro hombre atractivo con quien pasar el rato. Así es ella. A veces pienso que no toma en serio la palabra «novio» o «compromiso».

—Pues espero que te hayas divertido— respondo, después de beber un sorbo de mi copa.

—Oh, sí. Tuve *Sexe sauvage* con Jean Paul Rilletti. Fue asombroso— murmura, separando la palabra por sílabas. Suelto una carcajada.

—No tengo idea de quién es, pero si sucedió eso, el hombre debió haber valido la pena—la miro con una ceja enarcada.

—Definitivamente —sus mejillas se sonrojan un poco y ríe—. Además, la terapia de compras siempre ayuda. Deberías venir conmigo alguna vez. — ofrece.

—No estoy segura de eso.

No me agrada la idea de ir de compras. En absoluto tengo intenciones de ir al centro comercial a comprar ropa por pasatiempo. Sólo lo necesario.

Holly le echa una mirada a mi vestido con una ceja enarcada. Es un vestido precioso color plateado con destellos de brillantina, sin tirantes. El pecho en forma de corazón realza mis pechos. Las zapatillas me están matando, pero no me quejo. Al menos no en voz alta.

—Catherine lo consiguió para mí. —bufó, encogiéndome de hombros. Holly pone los ojos en blanco.

La música de fondo se debilita y el chillido característico del micrófono al ser encendido se escucha a través de los altavoces. Los invitados, atraviados con sus mejores ropas se congregan en el centro mientras un ejército de meseros se acercan con bandejas llenas de copas de champán. Se preparan para el brindis.

—El espectáculo ya va a comenzar,—murmura Holly a mi lado, frotando sus manos entre sí.

El señor John Bennett se acerca al micrófono, acompañado de su bella esposa, la señora Sophia Bennett. Son las mejores personas dentro de éste estúpido grupo social. Sinceramente no parece que sean dueños de una buena porción de negocios y propiedades en NY, fundadores de una empresa de tecnología y además de poseer una cadena de vinos.

—Buenas noches tengan todos ustedes. Nos honran con su presencia,

estamos enteramente agradecidos con quienes nos apoyaron en la realización de ésta celebración casi al último minuto. —ríe—. Y aún más con ustedes, nuestros invitados, por haber asistido.

Según escuché, la siempre tierna y arrogante Sarah Bennett tuvo bastante tiempo para elegir un regalo por su cumpleaños número dieciocho, pero por su indecisión, sus padres decidieron darle una buena suma de dinero en forma de tarjeta para que se comprase lo que quisiera. No fue suficiente para la adolescente, pues hizo semejante berrinche que tuvieron que organizar una fiesta de último minuto.

Echo un vistazo a los chicos que según supongo, son amigos de ella. La mayoría tienen una copa en la mano que contiene refresco de toronja —lo sé, vi a los meseros verter el refresco—, y algunos la miran como si pudiesen hacerla explotar con la mirada.

La señora Bennett se acerca al micrófono, bajándolo un poco para alcanzarlo.

—Por favor, demos un fuerte aplauso a la festejada, Sarah, acompañada de sus hermanos Ethan y Christopher.

La gente aplaude; Holly y yo nos unimos. Pronto las luces se atenúan y una música de Jazz suave envuelve el ambiente. Un reflector es dirigido a la escalera que está cruzando el salón frente al bar. Es enorme, de madera, parece digna de algún palacio. La luz brillante cobra vida y Sarah aparece del brazo de dos hombres. Se ve absolutamente hermosa con un vestido *strapless* dorado. El *bustier* es de lentejuelas doradas y de la cintura para abajo, una tela dorada cae grácilmente hasta el suelo.

Examino a los dos hombres; el de la izquierda tiene unos ojos verdes idénticos a los de Sarah, su rostro es similar al que supongo debió tener el señor Bennett en la juventud. Un lindo hoyuelo adorna su barbilla. Es realmente guapo. Parece que se ejercita, tiene unos brazos bastante voluptuosos. Lleva un traje oscuro y camisa color mostaza —que combina con el vestido de su hermana—. Es muy atractivo, de verdad. Veo un anillo de matrimonio y sonrío, divertida.

Examino al otro hombre y trago saliva.

Es aún más atractivo.

Lleva el traje a la medida y camisa color mostaza, idéntico al de su hermano. Su chaqueta abraza deliciosamente sus musculosos brazos. Va sin pajarita, y su camisa está ligeramente abierta dejando ver algunos vellos de su

pecho. Su cara extraordinariamente masculina me hace sentir un cosquilleo en mi vientre, sin embargo, sus ojos brillan joviales, incluso inocentes. Su cabello color cobrizo está sensualmente despeinado, como si se hubiese pasado las manos por él, y brilla sensual por la luz del reflector.

La sombra de una barba se asoma por su rostro y, ¡Dios! me declaro fan de su precioso rostro. Los pantalones se ajustan suavemente a su cadera y le caen perfectamente. Es como si ese hombre hubiese sido esculpido en mármol y vuelto a la vida por obra de magia. Examina la sala con gesto arrogante. Nuestras miradas se cruzan y puedo ver que aprieta la mandíbula, mirándome desafiante. Mi estómago se contrae y contengo la respiración. Mi ego no es tan grande, de verdad, pero puedo jurar que sólo me mira a mí y examina mi cuerpo con descaro.

Desvío la mirada, no puedo seguir viéndolo un segundo más.

—Dios... —digo en un suspiro, dándome la vuelta sobre mis talones.

—Sé a qué te refieres, y sí, *wow*. —murmura Holly. Tiene el rostro serio. Ambas nos echamos a reír.

—¿Por qué no estás igual de sorprendida que yo? —pregunto curiosa.

—Digamos que ya conocí a Chris. Créeme Ellie, el hombre es aun más guapo de cerca, pero lo que tiene de guapo, lo tiene de engreído.

Oh, así que él es Christopher. Frunzo el ceño.

—Ni siquiera fue cautivado por mi increíble atractivo —continúa—. Así que, imagina el tamaño de arrogancia que tiene.

Sus palabras tienen doble sentido para mí, pero capto el mensaje. Giro mi cuerpo, asegurándome de que ya no me mira y me concentro en mi copa de champán a medio beber.

Las luces vuelven a la vida, y la música continúa sonando. De reojo veo un movimiento y cuando volteo, diviso a mi madre a lo lejos. Me hace una seña para que la acompañe y maldigo en silencio.

—Lo siento, Catherine me llama.

Me pongo frente a Holly y hago un gesto con mi pulgar hacia mi espalda, poniendo los ojos en blanco. Holly desvía su mirada hacia donde indico y por su rostro, entiendo que se encontró con la mirada escrutadora de mi madre.

—Parece que realmente requiere de tu presencia. —ríe entre dientes—. Está bien. Nos vemos más al rato.

Me guiña el ojo y se va con paso seguro, perdiéndose entre los invitados. Río bajo y antes de girarme hacia mi madre. Respiro hondo y cambio mi

rostro, intentando parecer más serena de lo que me siento. Camino hacia mi madre, y casi tropiezo al darme cuenta de que está acompañada de la familia Bennett.

Claro Ellie, seguramente tu tropiezo no tiene nada que ver con el hecho de que no tienes práctica con los tacones.

Charlan amigablemente entre ellos y pronto siento una mirada demasiado pesada sobre mí. Christopher Bennett está mirándome con el ceño fruncido. Carajo.

—Buenas noches —murmuro cuando llego al grupo.

Catherine gira el rostro hacia mí y se le dibuja una sonrisa falsa en el rostro. Luego se dirige a los señores Bennett.

—John, Sophia —ronronea—, les presento a mi hija Eleanor. —frunzo el ceño rápidamente. Odio que mi madre use mi nombre completo—. Eleanor, los señores John y Sophia Bennett.

—Un placer —dice la voz grave del señor Bennett. Toma mi mano y la sacude brevemente.

—Oh, encantada de conocerte Eleanor —responde la señora Bennett, se acerca a mí y me da un abrazo, acompañado de un beso en cada mejilla—, supongo que ya conociste a mis hijos. —sonríe.

—Aún no he tenido el gusto oficialmente—respondo en tono seco y cordial.

—Nuestro hijo mayor, Ethan —él extiende la mano hacia mí con una sonrisa dulce. La estrecho, cordial. Sophia continúa—. Ella es Sarah, la pequeña —extiende su mano a la arrogante chica a su lado. Asiento la cabeza y sonrío con educación. La chica me examina de pies a cabeza sin pudor alguno—. Y mi muchacho, Chris.

Me da pánico verme obligada a mirarlo a los ojos, pero lo hago. Sus ojos me analizan completamente y siento como si se hubiese abierto un agujero negro bajo mis pies. Asiento con la cabeza y le sonrío igual que a su hermana.

—Encantada de conocerlos. —digo con el tono más serio que puedo, intentando ocultar el temblor de mi voz. Aparto la vista rápidamente, no sin antes mirar a Chris una vez más. Me doy cuenta de que aun tiene su mirada sobre mí. Su gesto es serio y sus labios están apretados en una fina línea.

—Me retiro, con su permiso. —murmura sin dejar de mirarme. Parpadea, fijando su mirada hacia un punto a nuestra espalda y se retira. Sophia frunce el ceño ligeramente.

Ethan asiente con la cabeza a modo de despedida y lo sigue.

—Por favor, disculpen a Chris. No suele hacer estas cosas.

—Oh, no te preocupes, Sophia. Los chicos suelen ser así —responde mi madre.

Ja, no entiendo de dónde ha salido eso, pero tomo su comentario como un intento de quedar bien con Sophia.

—¿Qué estudias, Eleanor? —pregunta el señor Bennett, cambiando de tema.

—Ellie, por favor. —corrijo y sonrío. Ignoro la mirada asesina de mi madre—. Me gradué hace dos años. Soy arquitecta.

Sonrío ante el gesto de sorpresa de ambos señores Bennett.

—Igual que tu padre —comenta John.

—Oh. Creí que eras menor, cariño. ¿Qué edad tienes? —pregunta Sophia.

—Tengo 26. Creo que no los aparento

Todos sonrían, excepto mi madre, que mantiene su gesto serio.

—Muy bien, señorita. ¿Actualmente ejerces tu profesión? —pregunta John, curioso.

—Tengo un proyecto en el que estoy trabajando. Aún estoy empezando, así que agradezco lo primero que me llegue.

—¡Espléndido, cariño! —exclama Sophia—. Aun con poca experiencia, me parece muy bien que ejerzas tu profesión.

Río en silencio por su respuesta y asiento con la cabeza. El señor Bennett mira para algún lado a mi espalda.

—Discúlpenos, tenemos que ir a atender a los demás invitados —extiende una mano hacia mí y la tomo animadamente—. Un placer, Ellie. —sonríe y me suelta.

—Un gusto, Ellie. —me dice Sophia cuando es su turno de despedirse de mí. Sonrío a ambos con sincera amabilidad.

Se despide de mi madre y se alejan de nosotras caminando animadamente. En ese momento me doy cuenta de que Sarah se escabulló en algún momento de nuestra plática.

—¿Qué es lo que te pasa? —espeta mi madre a mi lado. Me giro para verla con gesto interrogante.

—¿A qué te refieres? —pregunto, confusa.

—Tu nombre es Eleanor, y así es como te referirás a ti misma hacia los demás. Lo último que quiero es que a mí también me traten como si fuera

cualquier persona. Y permito que comentes *qué* fue lo que estudiaste en la universidad sólo porque los Bennett te preguntaron, pero mientras, no quiero que hables más al respecto. ¿Me oíste? —hace una pausa y suspira, exasperada.

—No fuiste educada para estar en estos eventos, Eleanor. —su tono es frío pero su mirada lanza llamas.

—Sí, está bien. Entiendo.

Le dedico una última mirada llena de rabia y me doy la vuelta. Escapo antes de que Catherine pueda verme llorar de coraje.

Se avergüenza de mi profesión y es algo que me duele bastante. El simple hecho de que yo le avergüence ya es un sentimiento espantoso. Aun con sus defectos, la quiero. Carajo, ¡es mi madre!

Pero hay ocasiones en las que me cuestiono si ella siente lo mismo por mí.

2

Atravieso el salón tan rápido como mis tacones me lo permiten y llego al jardín. Un techo alto sostenido por unos enormes pilares cubre la entrada al lugar. Salgo de ahí y camino hacia la noche fresca. El cielo está despejado y la luna brilla en todo su esplendor. Pequeñas estrellas acompañan a la enorme luz.

Respiro varias veces para que las lágrimas dejen de producirse. El recuerdo de mi padre y de lo orgulloso que se sentía de mí, a pesar de mis decisiones, es lo único que tengo en mente mientras camino sobre la ligera grava hacia dentro del jardín. Intento retroceder cuando siento que he avanzado demasiado, pero es tarde. Estoy dentro de un laberinto.

Paredes gruesas de vegetación me rodean y el olor a humedad baña el ambiente. De repente siento frío, así que me cubro con mi chal. Camino con la vista fija en el suelo, poniendo atención en cosas irrelevantes, por ejemplo, me percató de que la tierra es de color beige y de que las hojas que me rodean son más grandes de lo normal. Distraídamente me pregunto qué tipo de planta será.

Me dispongo a girar en cada esquina que me parece conveniente. En algún momento de mi caminata, me detengo y me saco los tacones que ya lastiman mis pies. Sigo andando con ellos en las manos cuando me golpeo de frente con algo. Dejo caer mis zapatos sin querer y por suerte logro mantener el equilibrio. Cuando levanto la vista, me topo con una espalda grande. El desconocido se gira y me quedo sin aliento al ver el rostro de Chris Bennett. Tiene un cigarro en la mano. Al verme, una ligera nube de humo se escapa de sus labios.

—Disculpa —logro decir en un balbuceo. Me inclino y tomo mis zapatos sin mirar.

No responde. Suspiro bajo y me dispongo a seguir mi camino cuando lo escucho.

—¡Espere! —me giro y lo veo caminar hacia mí con uno de mis zapatos. Carajo...

—Creo que ha dejado su zapatilla, Cenicienta —me mira con la ceja

enarcada y yo lo imito.

—No soy Cenicienta, tú sí me has alcanzado para entregármela.

—Entonces es la Cenicienta moderna —estira la mano y me entrega mi zapato con una sonrisa torcida. El suave roce de sus dedos con los míos dispara una sensación de adrenalina por todo mi cuerpo. Me tenso inmediatamente.

—Gracias —respondo, intentado retener una exhalación. Rápidamente me giro y continúo caminando. Siento su pesada mirada en mi espalda.

¡Maldita sea, este pasillo lo siento más largo que los demás!

Doy vuelta en la primera esquina que encuentro, aliviada de poder alejarme de él, luego, de nuevo giro. No entiendo cómo, pero llego fuera del laberinto. Una pequeña capa de sudor ya cubre mi frente y rostro. No quiero pensar más en Chris Bennett y en su ligero toque o en ese traje que abraza sus músculos escondidos debajo de la tela. Me imagino que la anterior situación hubiese sido de otra manera y si tuviese la valentía suficiente, habría arrancado su ropa para hacerlo mío ahí mismo. Pero no.

Primeramente, esa parte de mí está muy enterrada, al fondo de mi mente; y en segunda, dudo mucho que él hubiese permitido que sucediera algo. Resoplo sin ánimo. Mis pensamientos están bastante alejados de la realidad.

No sé en donde estoy, pero una curiosa fuente en forma de querubín se encuentra en el centro. Veo un banco de piedra y me siento. Saco mi móvil y llamo al Joseph. Me responde al segundo tono.

—¿Necesita algo, señorita Hamilton?

—Podría tener listo el coche ahora mismo, ¿por favor? —ruego.

—Por supuesto, ¿la veo en la entrada?

—No. Estoy un poco perdida —hago una pausa y suspiro—. Entré al laberinto del jardín y no sé en donde terminé, pero no estoy segura de que sea el mismo lugar por donde comencé. —respondo preocupada. El señor Grant ríe ligeramente y sonrío.

—Creo que ya la vi, señorita Hamilton. Todos los jardines rodean la propiedad. Por favor, camine hacia su lado derecho y podrá ver la calle. El auto estará justo frente a usted —indica. Me levanto y sigo sus instrucciones.

—Ya vi el coche, gracias Joseph —finalizo la llamada y justo frente a mí está el Mercedes C-200 color grafito. Joseph sale del coche y da la vuelta para abrirme la puerta trasera.

—Buenas noches, Joseph. —murmuro mientras entro al coche.

—Buenas noches. —responde con una sonrisa.

Cierra la puerta y camina de regreso al asiento del piloto. Dejo mis zapatos sobre el asiento de cuero café y mi bolso. Joseph enciende el coche y busca mi mirada por el retrovisor.

—Señorita, ¿su madre?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Me gustaría retirarme antes.

Asiente con la cabeza y saca su celular, teclea algo en la pantalla y lo coloca en su oído.

—Señora Hamilton, la señorita ya está por irse a casa, ¿desea irse también o regreso más tarde por usted?

Escucho un balbuceo leve.

—De acuerdo. Regreso en una hora.

Cuelga la llamada y vuelve a buscar mi mirada.

—¿Quiere ir a casa, señorita? —pregunta el hombre.

—¿Cuántas veces le he dicho que me diga Ellie? —reirimino en tono alegre. Alcanzo a ver la sonrisa de Joseph.

—He perdido la cuenta, pero es la costumbre, señorita. No puedo intentar decirle de otra manera. —se encoge de hombros.

Joseph Grant ha trabajado por más de veinticinco años en mi familia. El hombre habla muy poco de sí mismo; de lo único que estoy enterada es que es divorciado y tiene dos hijos. Mi padre le tenía un gran aprecio y nunca salía de casa sin él. Aunque es más agradable conducir mi propio coche, la compañía de Joseph me recuerda a mi padre.

—Está bien. Y si, por favor. Lléveme a casa, estoy muerta.

—De acuerdo —Asiente y arranca el coche.

Saco mi celular de nuevo del pequeño bolso plateado que hace juego con mi vestido de coctel largo hasta el suelo, ahora sucio de la parte de abajo. Ya ha perdido su encanto. De repente me siento de verdad como Cenicienta.

Marco el número de Holly y me responde a tercer tono.

—¿Ellie? ¿Dónde estás? ¡Te he buscado por horas! —exclama. Por el ruido de fondo, me imagino que aún sigue en la fiesta.

—Me fui. Voy de camino a casa. Mi madre hizo un comentario que me quitó todas las ganas de seguir disfrutando de la excelente vista que me ofrecían esos hombres. —suelto una risa amarga.

Siendo sincera, no había fijado mi atención en ninguno de los hombres que

se me atravesaron, o me lanzaron alguna mirada lasciva cuando recién llegué al lugar. El único hombre que me pareció apuesto, y por el que no me molestaría tener alguna fantasía, es Chris.

—Agh, ¡esa mujer de nuevo! —exclama una vez más. Hace una pausa y escucho un murmullo antes de que vuelva a responder—. ¿Quieres que vaya a hacerte compañía?

—No. Estoy bien, de verdad. Disfruta del resto de la fiesta, Holly.

—De acuerdo —escucho el resonar de sus tacones por el auricular y disminuir el ruido de fondo—. Adivina quién preguntó por ti. —dice con tono emocionado. Pongo los ojos en blanco.

—No me digas... ¿Mi madre?

—Bueno, sí. Pero no es ella a quién me refiero. Chris Bennett ha venido personalmente a preguntarme por ti —dice en un susurro. Algo dentro de mí se retuerce.

—¿Qué? —respondo estupefacta. ¿Qué hace buscándome?

—¡Sí! Se acaba de ir hace un momento.

—¿Cómo sabes que preguntaba por mí?

—Oh, vamos Ellie. Dijo algo así como “¿Ha visto a la señorita Hamilton?” y casi me da un infarto. —Holly imita la voz grave de Chris y me río.

—Pues no entiendo para qué querría verme —respondo en tono despreocupado. Mi estómago está hecho un nudo.

—Yo tampoco lo sé. Justo te iba a llamar para preguntarte cuando mi celular empezó a sonar y tu horrible rostro apareció en la pantalla.

—¡Oye! Mi rostro no es horrible. La foto más hermosa que puedas poseer de mi persona, está en la pantalla de tu celular.

—Ajá, claro. —alarga la palabra y sonrío—. Mira, cualquiera que haya sido la razón, seguro pronto se contactará contigo.

—Por favor... No me digas que le has dado mi número, porque si ha sido así, ten por seguro que tu cuerpo sin vida amanecerá flotando en la alberca de tu casa. —amenazo en tono juguetón.

—Wow, tranquila. No lo he hecho, sabía que te ibas a molestar. Pero en este momento está hablando con tu madre, así que no prometo que tu número vaya a seguir en el anonimato para él. —dice, riéndose.

—¡Mierda! —exclamo. Le dirijo una mirada de disculpa a Joseph por el retrovisor del coche y me muerdo el labio—. No la pierdas de vista. Sabes

como es mi madre y si ve que Christopher está interesado en mí, hará todo lo posible por casarme con él.

No puedo ocultar el pánico que crece en mí. Si, Christopher Bennett está bastante bueno, pero la simple idea de casarme por obligación hace que me den ganas de vomitar. Además, soy una mujer, no una adolescente manejable al antojo de quién sea.

—Mmm... Están charlando amigablemente. —Holly hace una pausa—. Bennett se despidió de ella —otra pausa—. Oh Dios. Catherine le dijo “Hasta pronto” ¿Habrás organizado una cita para ti? —pregunta Holly con tono asustado. Sé que lo está fingiendo, así que me río.

—Espero que no. No me importaría tener una cita con Bennett, pero si es organizada y planeada por mi madre, entonces si me importa, bastante.

—Imagina... Tal vez tengan algún tipo de acuerdo en el que él te tiene que conquistar y tú caes rendida a sus pies. Tu madre saldría ganando, la alianza entre las dos familias sería ganancia para todos.

—¡Calla! Ni siquiera quiero pensarlo. Haces que suene como una boda arreglada de 1800. Catherine es capaz de hacer eso, Holly. No es tema para bromear —respondo en tono irritado.

—Tranquila, conozco a tu madre y sé que probablemente piense eso, pero él no se uniría a ti cuando puede tener a miles de mujeres a su alrededor. ¿Comprendes?

—Ouch. Creo que la cantidad le gana a la calidad —murmuro con cierto pesar.

—Ya sabes que sí. —responde Holly.

Joseph ya está por estacionar el coche dentro del garaje.

—Holly, tengo que colgar. Ya llegué a casa y sinceramente... Lo único que me apetece es darme una ducha caliente y meterme a mi cama.

—Está bien. Disfruta de tu ducha y tu cama. Imagina que Chris esté esperándote en ambas.

—Tal vez consiga dormir más cómoda si me hago a la idea de que Chris vendrá a mi cama... —me permito fantasear, pero regreso de golpe a la realidad— ¡Basta, Holly! No quiero tener un serio trauma por este hombre, estoy segura que no es más que una mierda de persona... Moralmente hablando.

—Pues... No sé. Pero la compañía *Bentco* dona una buena suma de dinero a varias organizaciones benéficas y...

—Holly —la interrumpo—. Estoy tratando de hacerme una idea mala de Chris para poder quitármelo de la cabeza.

—¡Oh! —exclama como entendiendo de qué va todo—. Bien... Pues sí, es una mierda de persona, Ellie. —dice con tono sarcástico. Por eso adoro a Holly, siempre me sigue la corriente—. Bien, yo también colgaré. Resulta que mis pies me están matando y mañana tengo que ir a trabajar con tacones también. ¡Será horrible!

—Ya lo creo. Deberías trabajar con tenis, igual que yo, —sugiero.

—¿Estás loca? Elsie me mataría.

A Holly no le costó trabajo conseguir un empleo después de salir de la universidad. Con la carrera de comunicación y un agudo sentido de la moda, así como un blog del pasado como su currículum, entró al área editorial de una revista de moda muy famosa. Elsie es su jefa. Tanto el contenido de la revista, como los empleados tienen que ser adecuados.

Río ante la idea de un ejército de chicas delgadas pulcramente vestidas.

—Está bien, está bien. Mañana ya hablaremos. Buenas noches, Holly. Dulces sueños.

—Adiós Ellie. Te llamaré para que almorcemos juntas—promete—, dulces sueños también.



Cuando Joseph se detiene, abro la puerta y bajo del coche.

—¿Irás por mi madre? —le pregunto mientras tomo mis zapatos y meto el celular dentro del bolso.

—Me aseguró que en un rato más necesitaría que fuera por ella.

—De acuerdo, gracias por todo Joseph. Buenas noches, descanse.

—Buenas noches señorita Hamilton. —sonríe amable. Espera a que entre a la casa y desvía su camino hacia la zona de empleados.

Subo las escaleras con mis pies punzando. Llego a mi habitación, lanzo el bolso a la cama y cierro la puerta tras de mí. Voy con dirección al baño. Entro casi arrastrándome, deshaciéndome del vestido y de las horquillas que sostienen mi cabello castaño en un moño. Miro el vestido con nostalgia

pensando en que me hubiese gustado utilizarlo para una ocasión menos artificial.

Suelto mi cabello y mis mechones acarician mi espalda. Rápidamente me hago otro moño suelto para no mojar mi cabello, por la mañana tomaré una ducha en forma. Arrojo los zapatos a una esquina mirándolos con desprecio, sintiendo como mis pies punzan tras haberlos usado.

Me acerco a la bañera y abro la llave, regulando para que expulse agua caliente. Mientras, tomo un algodón y lo impregno de líquido para remover maquillaje. Mis sombras ahumadas van desapareciendo con cada pasada. Cuando vuelvo a reconocer mi rostro, me acerco a la bañera y cierro la llave. Vierto un poco de jabón de lavanda, me quito la ropa interior y entro. Todo un ritual.

El agua escoce un poco sobre mi piel, pero es una sensación muy bien recibida.

Una vez dentro, me permito divagar. Sé que tengo mejores cosas en qué pensar, pero, definitivamente, lo único sobresaliente de mi noche, y podría jurar que ha sido lo más sobresaliente de los últimos años, fue conocer a Christopher Bennett. Me siento algo confundida. Aun con el poco tiempo que lo vi y lo mucho menos que lo traté, me di cuenta de que es una persona bastante reservada y altiva. ¿Cómo es capaz de portarse irritante y agradable casi con un segundo de diferencia?

Además, está el tema del cigarro. Me parece extraño que hubiese ido a esconderse al jardín para hacerlo, bien pudiendo hacerlo cerca de la puerta de entrada. Supongo que es algo que disfruta hacer en solitario.

Lo peor de todo es que en él resulta *sexy* aunque a mí no me agrade totalmente.

Casi ruego para que Catherine no haya organizado algún tipo de cita con Chris y me obligue a asistir. Ruego también para que el mismo tenga la iniciativa de buscarme, de nuevo. Sacudo la cabeza, no puedo permitir que Chris se cuele *tanto* en mis pensamientos.

Cuando siento que la tibieza del agua se está esfumando, me enjabono el cuerpo. Salgo de la bañera cuando termino. Tiro del tapón del drenaje, salgo a mi habitación con dirección a los cajones de mi clóset en busca de un pijama. Encuentro una que me regaló Holly para mi cumpleaños. Es rosa pastel con estampado de estrellas azules. Es algo que sólo se pondría una adolescente, pero, ¿quién más que Holly y yo podría verla?

Me pongo la ropa y entro a la cama. Tan pronto como pongo la cabeza en la almohada, siento la pesadez de mi cansancio. Configuro la alarma de mi celular y lo coloco en la mesilla del lado derecho de mi cama.

Cierro los ojos y dejo que el sueño me lleve, pero lo único que puedo ver una vez que todo se oscurece, es el rostro de él.

3

Unos suaves golpes a la puerta y una voz amortiguada me hacen abrir los ojos.

—¿Ellie? ¿Sigues dormida, cariño?

—Si tía, sigo dormida. —respondo en un quejido, con mi voz ahogada por la almohada. Levanto la cabeza cuando escucho que tía Anne abre la puerta. Cuando logro abrir los ojos por completo, la encuentro radiante, como siempre. Trae una bandeja con lo que supongo que es nuestro desayuno.

Anne Wright es la hermana de mi madre. No es casada ni tiene hijos. A sus 45 años de edad está más que radiante con un cuerpo de infarto. Tiene pretendientes, pero no se decide por ninguno. Tampoco es que le interese mucho tener un hombre a su lado. Siendo oncóloga en un hospital para niños, dudo que en su cabeza quepa la posibilidad de lidiar con un hombre.

Vivía sola en un departamento cerca del hospital por emergencias, pero cuando murió mi padre, no me veía capaz de estar cerca de mi madre y de su estúpida actitud de repulsión hacia mí, así que la invité a venir a vivir con nosotras. Al fin y al cabo, había muchas habitaciones y su compañía era como un sople de aire fresco para mi vida. Y así es como comenzó esta rutina. Mi tía trayendo nuestro desayuno a mi cama los sábados y comiendo entre risas.

—No juegues conmigo, Ellie. Mira —alza un poco la bandeja—, tengo nuestro desayuno de sábado —dice con voz emocionada. Me estiro y me siento. Tía Anne deja la bandeja en el suelo para acercarse a mí.

—Buenos días, cielo. —me abraza fuerte y me da un beso en la cabeza.

—Buenos días, tía. —sonrío con cariño.

—¿Cómo te fue en esa horrenda fiesta tuya? Me encontré a tu mamá de camino a la cocina. Parecía que estaba contenta de que estuvieras presente en ella. —dice al tiempo que se sienta en la cama frente a mí y pone la bandeja con comida entre las dos. Siento un cosquilleo en el estómago al recordar a Christopher Bennett y ese sensual traje que le quedaba de muerte.

—Tía, lo único que recuerdo es que en algún punto de la noche, mi madre volvió a despreciar mi trabajo. —suspiro. Por increíble que parezca, sigo dolida.

—No te diré que la entiendas, porque ni yo puedo justificar su comportamiento. Solo tenle algo de paciencia, cariño. Ahora— me acerca el plato con fruta—. ¿Ocurrió algo más?

—No ocurrió nada de lo que esperé —declaro, riendo. Levanta las cejas, sorprendida.

—Entonces, ¿encontraste a algún chico guapo? —insinúa. Abro mucho los ojos.

—¿Di en el blanco? —pregunta con voz sugerente. Suelto una carcajada nerviosa.

—Sí. No. —suelto un bufido—. Creo que sí. Pero eso no es importante... ¿Puedes creer que Holly llegó ayer y no nos avisó? Estuvo en la fiesta.

—¡Qué niña tan grosera! —exclama tía Anne con sarcasmo—. ¿Y cómo está? Extraño verla por aquí.

—Perfecta. Creo que se ve mejor que cuando se fue.

Soltamos una carcajada.

—Ahora sí. Cuéntame del muchacho.

Suspiro.

—¿Por dónde empiezo? —hago una pausa, ni siquiera sé por dónde—. Supongo que por el principio... Tía, es... muy guapo.

Mi tía enarca una ceja. No le parece suficiente mi descripción.

—De acuerdo. —cedo—. Es muy sexy. Muy, *muy* sexy y masculino.

Ella comienza a reír con la boca llena de fruta. Cuando vacía su boca, yo lleno la mía con fruta y algo de yogurt. Tengo mucha hambre.

—¿Cuál es su nombre? ¿Lo conozco?

Trago mi comida y respondo.

—Es uno de los hijos de los Bennett. Su nombre es Christopher.

—Oh, sí lo conozco. —hace una pausa, perdida en sus pensamientos—. El muchacho es muy guapo. —afirma con la ceja enarcada, luego suelta una carcajada.

—Creo que ya lo reiteraré varias veces —respondo con vergüenza—. Holly me comentó que el hombre era arrogante. Por el contrario, cuando me lo encontré, no se portó de esa manera... Bueno, sólo un poco altivo.

No quiero pensar demasiado en él, ni en cómo me impactó su imponente rostro.

—¿Existe la posibilidad de que solamente Holly haya sido blanco de su comportamiento? Ya sabes cómo es de... Efusiva. El muchacho parece serio y

centrado en su trabajo. Tal vez no sea tan arrogante como ella lo describe.

Sus palabras me dejan pensando. El problema es que ya no quiero pensar en él. Empiezo a creer que se convertirá en algún tipo de obsesión y la idea no me parece nada atractiva.

—No lo sé... Lo único que sé es que no quiero seguirlo analizando más. —pruebo cambiando de tema—. Cuéntame de ti. ¿Qué tal te fue en tu cita?

—No fue tan bien como hubiera esperado. Tuve una llamada de emergencia del hospital y tuve que irme del restaurant. Sinceramente no me arrepiento. ¿Recuerdas a Connie?

Asiento con la cabeza. Connie es una pequeña de 5 años con leucemia que está luchando por su vida. Es una guerrera. La piel se me pone de gallina cuando relaciono “llamada de emergencia del hospital” y el nombre de la niña. Abro mucho los ojos e instintivamente me llevo una mano al pecho. Tía Anne sonrío.

—Tranquila, no es lo que piensas, la pequeña ayer estuvo muy necia. Sus padres no podían tranquilizarla. No quería estar con ellos, insistía en que fuera con ella. —sonrío con afecto—. Me quedé con ella hasta que logró dormir. Sus padres se deshicieron en disculpas por la molestia. Pero, ¿sabes? no fue ninguna molestia. Incluso les agradecí que me llamaran. Connie es apegada a mí, además, la cita con Nick se estaba volviendo algo incómoda.

—Vaya, así que ambas tuvimos un viernes interesante —comento. Asiento con la cabeza y suelta una risita. Ambas seguimos comiendo nuestro desayuno que consta de yogurt, fruta y jugo de naranja, y platicamos un rato más.

Mi tía se despide de mí diciendo que irá al hospital y nos veremos más tarde. Me besa de nuevo en la cabeza, e ignora mis palabras cuando comento que yo llevaré lo que restó del desayuno, cerrando la puerta tras de sí.



Un rato más tarde, ya que salgo del baño en ropa interior. La paz de mi habitación se ve perturbada con el timbre de mi celular. Me sobresalto y me dirijo a la mesilla. En la pantalla el nombre de Holly y su foto parpadean.

—Buenos días Holly —canturreo y me dirijo a mi armario a buscar algo

para vestirme.

—Revisé las actividades de hoy y podemos comer a mi horario de comida habitual. No hay nada que me interrumpa tener mi comida normal. Nada. — remarca la última palabra a modo de amenaza. De inmediato supongo que se dirige a alguien más. Suelto una carcajada.

—Nos vemos en donde siempre, ¿no? —pregunto mientras saco una blusa turquesa y unos pantalones negros de mezclilla. Reviso la hora en el reloj que tengo sobre el armario.

—¡Perfecto! —exclama—. ¿Te ha llamado Chris Bennett?

—¿Por qué lo haría? —respondo, frunciendo el ceño—. No tiene mi teléfono y te dije que no ocurrió nada entre nosotros, Holly. —sostengo el celular entre mi hombro y mi oreja mientras que me pongo el pantalón.

—No lo sé... ¿Tal vez porque le interesaste y quiere una noche contigo? — casi puedo imaginarme a Holly con una ceja enarcada. Suelto una carcajada. De nuevo sostengo el teléfono con mi mano.

—Claro. Mira, no tengo tiempo para pensar en él. Tengo trabajo que hacer. Los Moore me esperan.

La reformación de la casa de los Moore es mi último proyecto que casi concluyo. Tengo que revisar algunos detalles en los planos con el señor Adam Moore antes de proceder con la casa. Su familia consta de su esposa, tres hijos y dos perros. El día de ayer recibí un mensaje suyo que necesitaba verme para consultar algunos detalles.

—De acuerdo. Te dejo. Elsie está lanzándome miradas siniestras. ¡Hasta más tarde! —no me da tiempo de responder, cuelga rápidamente.

Extiendo la toalla sobre el respaldo de la silla de mi escritorio y me siento frente al tocador con espejo. Me veo fatal. Mi cara está pálida y tengo unas ojeras moradas bajo mis ojos. Son horribles. Mis grandes ojos aceitunados me miran con repulsión. Sacudo la cabeza y me apuro a arreglarme a toda velocidad.

Cuando bajo las escaleras, todo está en silencio, salvo por el resonar de los pasos de Lena en el vestíbulo.

Tomo mis llaves del tazón al lado de la puerta.

—Buenos días Lena. No vendré a comer, para que no hagas comida para un ejército, como siempre —murmuro divertida. La mujer rueda los ojos.

—De acuerdo, cariño. Nos veremos más tarde entonces —sonríe.

—¡Hasta más tarde! —le lanzo un beso al abrir la puerta y al salir la

cierro tras de mí.

Camino al garaje, donde está Joseph estacionando el coche.

—Buenos días, señorita Hamilton. —dice cuando sale del coche—. ¿Gusta que la lleve a algún lado?

—Hoy no, Joseph. Me apetece conducir, pero gracias —le sonrío.

Se despide de mí y camina en dirección a la casa.

Me acerco a mi lindo BMW Coupé color plata, mirándolo con cariño. El coche fue el regalo de graduación de mi padre. Presiono el botón del llavero y el coche emite un ruido. Acaricio el techo con cariño antes de subir. Cierro la puerta y me dejo envolver por el olor a piel.

Pocas veces lo uso. Mi madre dice que a una dama siempre deben llevarla. Me parece una reverenda estupidez, y por eso tuve una descomunal pelea con ella, en la que le dejé muy claro que si yo quería manejar mi coche, lo iba a hacer porque se me daba mi puta gana. Y sí, usé exactamente esas palabras.

Si no fuera porque estoy segura que es imposible, diría que mi madre viajó de una época pasada a torturar a los del presente.

Enciendo el coche y el suave rugido hace que me tranquilice un poco. Enciendo el bluetooth de mi celular y espero a que se vincule con el coche. Pongo algo de música y coloco el cinturón de seguridad. Una vez segura que no olvido nada, pongo la reversa y salgo del garaje en dirección a la autopista.

Son las 9:20 de la mañana, por suerte, no me veo tan afectada por el embotellamiento diario de las calles de Nueva York, salvo por algunas calles en las que el tráfico no avanza. El tiempo corre y el embotellamiento no se disuelve. La desesperación empieza a apoderarse de mí. Nunca he sido muy paciente, y menos estando en medio de tantos vehículos. Finalmente, media hora después, comenzamos a avanzar. La música se detiene de repente y el celular comienza a timbrar. Activo el *manos libres* con el botón en el volante y respondo mientras espero en una esquina a que el semáforo cambie de color.

—¿Sí? —murmuro al pulsar el botón.

—¡Ellie! —exclama una voz masculina conocida al otro lado de la línea.

—¡Jeff! ¿Has vuelto a la ciudad? —apuro en preguntar mientras el semáforo cambia de rojo a verde.

Jeffrey Stone, colega y compañero en la universidad, fue mi novio por poco tiempo. Aunque tengo algún tiempo sin verlo, puedo recordar perfectamente su cuerpo bien torneado sin llegar a ser muy musculoso, cabello negro despeinado y los ojos como esmeraldas en un rostro precioso. Le tengo

cariño, pero descubrimos que no había química entre nosotros, al menos por mi parte. Aunque el sexo siempre fue fantástico, parecía que Jeff quería tomárselo más en serio y a mí no me interesó. No hubo lloriqueos ni pérdida de amistad cuando terminamos. Quedamos como buenos amigos y, aunque aún no le haya contado a Holly, nos vemos a veces para tener alguno que otro encuentro que termina con él sobre mí cuerpo desnudo. La idea me da escalofríos.

En cuanto al trabajo, Jeff me dio la oportunidad de brindarle mis ideas a algunos trabajos que él realizaba, éramos buen equipo. Estuvo al tanto de mi trabajo con los Moore y no dudó en brindarme la ayuda necesaria en lo que se refiere al equipo de restauración. Después se fue de Nueva York un tiempo para pasar con su familia en su casa de Carolina del Norte. No sabría decir cuánto tiempo hace que se fue.

—Así es —hace una pausa y su carraspeo se escucha por los altavoces de mi coche—. Te he extrañado —murmura con seriedad.

Me he replanteado todo el asunto del sexo sin compromiso. Sé que Jeff no lo ve de esa manera y no quiero herirlo.

—También te he extrañado —respondo, sincera. Cambio rápidamente de tema—. ¿Hace cuánto llegaste?

—Mi avión aterrizó ayer por la noche. Me pareció imprudente llamarte a media noche.

—No eres imprudente, pero te agradezco el detalle. —lo cierto es que a esa hora aun yacía metida en mi bañera pensando en Chris Bennett.

Esa mirada...

La voz de Jeff me sobresalta y me regresa a la realidad. Pongo atención en el camino, sin saber, que me faltan unas calles para llegar a la casa de los Moore.

—Bien, la próxima te llamaré a las 3 de la madrugada. —ríe.

—De acuerdo, pero pagarás las consecuencias de tener que soportar a una Ellie desvelada. —amenazo. Jeff ríe más.

—Estoy dispuesto a aceptar lo que venga —dice fervientemente—. ¿Dónde estás? ¿Irás a comer conmigo?

Así es Jeff, siempre directo al grano.

—En este momento estoy aparcando fuera de la casa de los Moore. —respondo mientras pongo la palanca de cambios en alto—. Hoy no puedo. Quedé de comer con Holly. Pero otro día nos ponemos de acuerdo.

Casi puedo ver su cara comprimiéndose en un gesto tosco. Odia a Holly por alguna razón a la que soy ajena.

—Bien, entonces después hablamos. Me debes una comida. —dice sin rastro de mal humor.

—De acuerdo, ¡hasta luego Jeffrey! —Termino la llamada antes de que otra cosa suceda.



—Perfecto, Ellie. Ya elegimos los muebles para la sala de estar y creo que va a quedar estupenda. —comenta la señora Moore después de platicarles mi idea sobre mantener el estilo victoriano de la casa tanto en el exterior como en el interior.

—¿Qué tal las habitaciones de los niños?

—¡Fantásticas! A mi niña le encantará la cama con dosel que nos sugeriste. Con sus 5 años empieza a sentirse toda una princesa —comenta de nuevo la señora Moore. Su esposo la mira con amor y un poco de exasperación.

—Entonces supongo que es todo, ¿qué más me sugieren?

—Bueno, de hecho hay algo más que queríamos agregar. —dice el señor, interrumpiendo a su esposa que comenzaba a querer formular una oración—. Ya que tenemos espacio libre en el jardín posterior izquierdo, ¿podría haber una alberca en ése lugar?

No es queja, o bueno, tal vez sí. Los señores Moore han estado muy indecisos en cuanto a los cambios de la casa. Al principio se les sugirió una alberca con sus respectivos baños exteriores, pero rechazaron la idea, alegando que era peligroso para sus hijos.

Mantengo mi rostro sereno, tendré que trabajar de nuevo en esa alberca y hacerle espacio al lugar designado para sus perros que me comentaron hace un rato, después de explorar la casa.

—Claro. Se la incorporaré al plano junto con el espacio para sus mascotas. —lo apunto en mi agenda para no olvidarlo—. ¿Sería todo?

—Creo que sí. —dice la mujer, dubitativa.

—Bien, entonces, ¿cuándo sugieren que comencemos la obra, una vez

autorizado el plano?

Se quedan pensativos. Un temor se empieza a formar en mi pecho, no me harían algo tan horrendo como cancelar el proyecto, ¿verdad?

—Es muy probable para cuando regresemos de vacaciones. Iremos a Florida unos meses.

Vaya, eso no me lo esperaba.

—Pues, felicidades por adelantado. Me consta que trabajan mucho. — respondo con sinceridad.

—Gracias Ellie. Queremos estar al pendiente de la obra, por eso no sugerimos hacer los movimientos mientras no estemos.

—Es comprensible. Entonces les traeré en estos días el plano modificado para que lo autoricen. Tal vez venga Clarissa y lo traiga personalmente.

Asienten con la cabeza. Clarissa Tate es como mi asistente, aunque, sinceramente, no debería sobrevalorar su posición dentro del proyecto; ha sido de gran ayuda cuando he tenido demasiado estrés como para pensar en números y escalas.

Me despido de los señores Moore con la promesa de su plano modificado, y yo, feliz porque estaré al menos unos meses lejos del estrés y la presión de un proyecto tan desgastante.



Conduzco de regreso a la ciudad canturreando, cuando la música se interrumpe de nuevo por una llamada. Gimo involuntariamente.

—¿Sí? —respondo al pulsar el botón en el volante.

—Señorita Hamilton. Un gusto escuchar su voz. —una voz grave y ronca suena por los altavoces... Una voz que hace que mi piel se erice y en mi estómago se forme un nudo.

—¿Quién habla? —pregunto nerviosa. Sé quién es.

—Soy Chris Bennett. —hace una pausa y siento un estremecimiento—. ¿O acaso ya olvidó la espalda contra la que se estrelló? —pregunta en tono arrogante.

—Gracias por refrescarme la memoria, no lo recordaba. Dígame ¿qué se

le ofrece? —Trato de que mi tono de voz se escuche neutral y sonrío ante el resultado.

—Quisiera tener una charla con usted. Es importante.

—Pues, verá, si usted no me dice con exactitud qué es lo que quisiera charlar conmigo, me temo que no podré ayudarlo. —casi suelto una carcajada ante mis palabras—. Estoy manejando en este momento. ¿Le importaría decirme de qué quiere charlar conmigo?

—Sí me importa. Por eso tengo que comunicarle esto personalmente, señorita Hamilton. No tiene que ser hoy, pero me encantaría verla y comentar mi asunto.

—Pues usted ponga la fecha y hora y ya le avisaré yo si estoy disponible. —Já, sea verdad o no, no pienso ponerme en bandeja de plata.

—Excelente. Ya le mandaré un texto con la información.

—De acuerdo, hasta luego señor Bennett.

—Hasta pronto, señorita Hamilton. —el tono de su voz de nuevo me descoloca por un momento. La manera en pronuncia esas simples palabras hace que se me erice todo el cuerpo de nuevo. Pulso el botón de colgar y la música comienza a sonar de nuevo.

La primera pregunta que me hago al dejar de escuchar su voz es: ¿Cómo demonios consiguió mi número?

Llamo a Holly para encontrarnos en el restaurant cerca de su oficina. Muero de hambre. Cuando llego al lugar, ella ya está en una mesa reservada. Sentada de lado en la silla con el respaldo sobre su lado izquierdo y con sus largas piernas cruzadas revisando el celular, los hombres parecen no poder quitarle los ojos de encima. Sonrío cuando llego a la mesa, me siento y las palabras salen antes de que pueda pensarlo.

—Chris me llamó.

—¿Qué? —exclama Holly, acomodándose en la silla e inclinándose frente a mí—. ¡Te llamó para pedirte una cita! —grita como adolescente.

Le hago un gesto para que se calle, ha llamado la atención de la gente de alrededor.

—¡No hagas un escándalo! —le digo en un susurro.

—Es que, Dios. No lo puedo evitar, Ellie. Le gustas. —declara, muy segura.

—No. Sólo me pidió que nos viéramos para charlar sobre un asunto, que sólo Dios sabe cuál es. —frunzo el ceño. Holly me mira expectante—. Sólo

charla. Como cita de trabajo... Tal vez le interese que diseñe su próxima casa o no sé... —empiezo a divagar en las opciones.

—¿Te dijo que día? —pregunta Holly pensante.

—Dejemos eso a un lado, *Holiday*. Jeff ha vuelto de sus vacaciones y me ha pedido que comiéramos juntos.

El rostro de Holly se contrae en una mueca de asco. Parece que el odio es mutuo entre ellos.

—Sabes que ese tipo me da mala espina, Ellie. ¿Por qué lo sigues frecuentando?

Mi celular emite un sonido en el instante y me pongo nerviosa. El semblante de Holly cambia de molesto a curioso y pongo los ojos en blanco. Deslizo el dedo por la pantalla y se abren los mensajes.

Creo que fue inteligente por mi parte guardar el número desde el que me llamó.

Chris: Viernes, señorita Hamilton. Comeremos en un sitio tranquilo...

1:00pm

Levanto la vista para ver a Holly.

—Viernes —digo. Se tapa la boca con las dos manos para sofocar un grito. Mi estómago se retuerce. Me planteo la idea. ¿De verdad quiero comer con Christopher Bennett? Respondo el mensaje.

Ellie: De acuerdo.

—Espero que le hayas dicho que sí —dice Holly. Asiento la cabeza y suspiro profundamente.

En mi interior surge algo de emoción. Ver de nuevo a Chris Bennett se estaba convirtiendo en algo muy importante. Pero aún más, quería sentir su toque sobre mi piel de nuevo. Me detengo en seco, mis pensamientos se están tornando caprichosos.

—Tranquila —respondo para tranquilizar las hormonas de Holly. Parece que ella es la que tendrá una cita con él.

—Debes ponerte el vestido más corto que tengas. —dice pensativa.

—Es como una cita de trabajo, Holly. No una cita romántica. —espeto, echándole un vistazo al menú para no tener que mirar a Holly y me atrape sintiendo algo más que interés de trabajo en esa salida.

—No importa. Si es que le gustas a Chris, debes sacar provecho para

llamar más su atención.

—Ese es el problema, que no quiero llamar su atención. —murmuro insegura.

¿Segura que eso es verdad?

—Tonterías. —dice sacudiendo su delgada mano—. Cuando terminemos de comer, iremos pitando a tu casa y buscaré algo de ropa decente entre tu clóset. —me señala con el dedo índice.

—¿No tienes que regresar al trabajo?

—Elsie no me necesitará más hasta el lunes. —sonríe y yo vuelvo a poner los ojos en blanco.

—De acuerdo... Si no queda de otra.

Bien, en cualquier otro caso me hubiese negado en redondo. Pero cuando veo a Holly sonreírme de esa manera y ponerme los ojos como perrito, no puedo negarme. Maldita sea, sabe cómo convencerme.

Terminamos de comer entre risas y nos dirigimos a mi casa. Veo su brillante Audi A2 color rojo cereza rebasarme en algún momento del camino.

Mi mente sigue pensando demasiado. Odio cuando pienso demasiado las cosas. ¿Por qué cuando me decidía a darme un revolcón con Jeff resultaba más fácil? ¿Será porque sabía que mis sentimientos no se verían involucrados? ¿Acaso pensar en Chris supone sumarle algún sentimiento?

Suelto un gruñido de desesperación, pero ni así puedo librarme de todo lo que mi mente divaga. Varias preguntas me asaltan: ¿De qué manera Chris consiguió mi número de celular? ¿Por qué quiere verme con tanta insistencia? ¿Por qué diablos no me negué?

Empiezo a creer que mi mente está empeñada en hacerme sentir ridícula.

Al llegar a casa, diviso a Holly tocando la puerta de la entrada. Entro al garaje y estaciono el coche. Me encamino a la casa; tía Anne ya está abrazando a Holly. Para cuando las alcanzo, atisbo un fragmento de la conversación.

—... Se verán el viernes. ¡Creo que estoy más emocionada yo!

Tía Anne me lanza una miradita. Una de esas miraditas acompañadas de una sonrisa mal disimulada. Creo que ella también está emocionada.

Holly entra a casa y sube las escaleras en dirección a mi habitación. Me dispongo a acompañarla, pero tía Anne me detiene.

—Cielo, ¿por qué pienso que estás intentando retener todas tus emociones? ¿Acaso no estás emocionada por verte con Chris?

Lo pienso un momento.

—Supongo que sí... Pero no quiero darle más importancia de la que merece. Seguramente terminaré con mi corazón involucrado y no es algo que me convenga.

Mi tía hace una mueca, pero no dice nada. Le sonrío y subo las escaleras lo más rápido que puedo. Cuando entro a la habitación, Holly ya tiene mi armario esparcido por toda la cama. Ruedo los ojos.

—¿Cómo puede ser que no tengas ropa sexy? —pregunta Holly mientras saca prenda tras prenda.

—Pues no la tengo. Sabes que odio ir de compras y tampoco es como si necesitara estar sexy para ir a visitar a mi cliente, con familia e hijos. —digo con cierto pesar—. Sólo tengo los vestidos de noche y coctel que mi madre me ha comprado para los eventos estúpidos.

—Cariño, deberías de disfrutar de tu juventud y sacarle provecho a ese cuerpo tan lindo que tienes. —comenta mi tía, al tiempo en que entra a la habitación y se sienta donde puede.

Me sonrojo. ¿De verdad tengo un cuerpo lindo?

Últimamente lo único que mi reflejo me regresa es a una chica sin chiste. Nada que pueda llamar la atención, salvo por mis piernas, y mis ojos.

—Debería —murmuro más para mí.

Lo cierto es que me gusta ver ropa, pero hay un largo trecho entre verla y usarla.

—¡Oh!, creo que encontré algo —canturrea Holly al poner el vestido frente a ella.

Me había gustado cuando lo compré, admito que fue la compra más express que he hecho en mi vida. Es color melocotón pastel, *strapless*, con el pecho recto y en el centro una media luna dejando un atisbo del escote. Ajustado hasta la cintura y ahí la tela vuela hasta la parte superior de mi rodilla. Es lindo, pero lo considero un tanto atrevido para una cita de trabajo.

¿A quién quieres engañar, desgraciada? Sabes muy bien que lo quieres usar, y si pudieras hacer crecer tus senos una copa más grande, sería perfecto.

—Es una cita de trabajo, no sé si pueda llevar eso. —comento, guardando mis pensamientos.

—Lo harás. —amenaza Holly con una mirada asesina. Dios.

Se da la media vuelta y rebusca entre las cosas unos zapatos. Unas zapatillas cerradas de plataforma color perla aparecen ante mis ojos.

—¿De dónde habrán salido esos? —pregunto, haciéndome la inocente.

—Llevarás éstos también. ¡Listo! Tenemos tu atuendo. —sonríe triunfadora y tía Anne le aplaude. Ambas aprueban el vestuario. Vuelvo a rodar los ojos. Dios.

—Bueno, espero que no te moleste que quiera pasar un rato con ustedes. ¿Vemos alguna película? —comenta Holly.

Más tarde, estamos en la sala de estar seleccionando una película con la mesa de centro repleta de comida chatarra.

Para cuando la noche cae, me siento deseosa de meterme en la cama. Luego de rechazar incontables veces la oferta de Lena para cenar y recibir una regañina de su parte, despido a Holly, casi sacándola a patadas de la casa. Tía Anne me mira negando con la cabeza y una sonrisa dibujada en su rostro. Le sonrío de vuelta y le doy las buenas noches.

Un pensamiento se me viene a la mente. O más bien, una persona. Chris.

—¡Agh! —exclamo, sacudiendo la cabeza.

Maldito imbécil. ¿Por qué sigue dentro de mi cabeza?

¿Me cautivó? Sí.

¿Movié el suelo bajo mis pies? Sí.

Pero no pienso admitirme más.

4

Mi estupendo fin de semana se resumió a dar vueltas por la casa como muerta viviente. Entrando y saliendo del estudio, de la alberca, de la cocina, del baño, de mi habitación y de la bañera. Las pláticas con mi tía eran algo que esperaba durante todo el día. Mi madre sólo hacía comentarios negativos hacia mi persona. Al menos a Lena le tiene algo de estima, porque ni por su hermana se tienta el corazón antes de abrir la boca.

Decido concentrarme en el trabajo, pero para hoy, lunes, ya no sé qué hacer. Llevo dos días —sábado y domingo— intentando reacomodar lo nuevo en el plano de la casa de los Moore. Mi trabajo consiste en entregarles lo que ellos desean tener en su futuro, pero a veces, los clientes no suelen ser objetivos al momento de dar opiniones sobre los planos, quieren ver lo que piden plasmado en papel y en vivo a todo color. Resoplo, exasperada. La paciencia es algo clave en esto. Así es este trabajo.

—¿No quedaría mejor aquí? —sugiere Clarissa, señalando un punto en el plano con la boca llena de manzana.

—No lo sé... La distribución del patio y el área que sería pavimentada ya estaba seleccionada. ¿Crees conveniente ajustar el espacio?

Clarissa termina de masticar y dice:

—No creo que uno o dos metros que desplaces el área que llevará piso rígido les afecte. Tu tranquila, Ellie. Todo saldrá bien.

Clarissa es muy positiva. Su personalidad encajó perfecto con la mía. Exceptuando las ocasiones en que me hizo sentir demasiado adulta con su personalidad fresca y joven. Lleva el cabello rubio cortado hasta el hombro y sus traviosos ojos verde esmeralda brillan joviales al comentarme y recomendarme cosas para la distribución del lugar.

—Estoy exhausta. ¿Por qué no se limitaron a dejar el plano como estaba? —gimo con desespero.

Clarissa se encoje de hombros y desplaza el plano hacia su lugar en el escritorio. Agradezco tenerla conmigo. Ha sido de gran ayuda, pero decido parar de quejarme y contribuir más al término de éste trabajo.



Hoy es miércoles, los cambios por fin están listos. Imprimo el plano modificado para ir mañana con los Moore a mostrárselos.

Estoy apagando la computadora, cuando mi celular timbra. Es Jeff. Frunzo el ceño.

—¿Hola?

—Ellie. Me alegra oírte. ¿Cómo estás?

—Hola Jeff. Estoy bien, ¿y tú?

—Bien. Te llamo para preguntarte si quieres ir a cenar conmigo. Sólo cena, te lo prometo.

Vacilo un momento.

—De acuerdo. Dame veinte minutos.

—Paso por ti en media hora, ¿te parece?

—Está bien. —Dios chica, intenta mostrar alguna emoción.

—Nos veremos entonces.

Termino la llamada y suspiro frustrada. ¿Cómo es que todo está tomando direcciones tan extrañas? Suelo tener mi vida personal bajo control. Con la aparición de Chris y la llegada de Jeff a la ciudad, parece que mi razón ha decidido tomarse unas vacaciones reemplazándolos a ellos en mi mente.

—Joder —mascullo.

Paso por la cocina y saludo a mi tía y a Lena.

—Hola cariño, ¿ya has terminado? —pregunta tía Anne.

—Sí. ¡Al fin!

—¿Estás lista para cenar? —pregunta Lena, acercándose a los gabinetes con la clara intención de tomar un plato.

—De hecho, eso quería comentarles. Saldré a cenar.

Ambas me miran con sorpresa.

—¿Ah sí? —pregunta mi tía—. ¿Con quién?

—Jeff.

Noto que hace una mueca de disgusto.

—No tengo que decirte que no confío en ese muchacho, ya estás grande como para tomar tus propias decisiones.

—Conmigo no ha mostrado ninguna señal que me indique que desconfíe de

él. ¿Cómo es que todos parecen verlo menos yo?

—Le gustas. Disimula a tu alrededor.

Me quedo pensativa. ¿Jeff habrá sido grosero con mi tía en algún momento? Alejo el pensamiento.

—Pondré más atención de ahora en adelante —prometo—. Voy a arreglarme.

Ambas asienten con la cabeza y me dirijo a mi habitación.



Escucho sonar el timbre cuando acabo de calzarme en el segundo botín.

Tomo mis cosas rápidamente y bajo las escaleras. Jeff está esperando fuera. Me mira con una sonrisa y ese brillo travieso en sus ojos. Por su parte, Lena parece querer estrellarle la puerta en la cara.

Cuando llego al quicio de la puerta, me inclino al oído de Lena.

—Parece que estás apunto de asesinar a alguien.

Me sonrío, pero no dice nada.

—Nos vemos más tarde —digo en voz alta cuando salgo hacia el exterior.

—Hasta luego. *Cuídate*.

Lena cierra la puerta.

—Te ves muy linda, como siempre. —murmura Jeff a mi lado. Nos damos un beso en la mejilla a modo de saludo.

A los segundos —después de mirarme expectante— comprendo que me hizo un cumplido. Me sonrojo con su comentario y murmuro un agradecimiento.

Al llegar al restaurante, me incomoda darme cuenta de que no me es familiar en absoluto. Al elegir mesa, el camarero nos trae el menú. Hay distintas variedades de pollo, carnes y ensaladas. Parece que mi estómago se niega en redondo a recibir alimentos, así que me inclino por una ensalada.

Jeff frunce el ceño, probablemente confundido por mi elección. Ordena algo, y sinceramente no sé qué es, pues no he puesto atención a lo que hablaban.

Lo único que tengo en la cabeza son un par de ojos dorados mirándome

con una intensidad incómoda.

—¿Ellie? ¿Estás bien?

Jeff explota mi burbuja de distracción.

—Claro —respondo, no tan segura—. ¿Me decías?

Sus ojos verdes me miran, como si quisiera creerme.

—Te pregunté que si como te ha ido con los Moore.

Sonrío. Pregunta fácil.

Durante la cena hablamos de los Moore y de su incapacidad de mantener un solo diseño intacto. En cuanto ponen nuestros platos frente a nosotros, comenzamos a comer entre risas.

Por su parte, Jeff me platica de su familia en Carolina del Norte.

—Algún día deberías de ir conmigo de visita. Te aseguro un ambiente familiar y una interminable sesión de preguntas incómodas.

Suelto una carcajada.

—Estoy segura que sería bastante divertido.

Sonríe, pero a los segundos la sonrisa se desvanece. Me mira a los ojos.

—Ellie... Yo... —hace una pausa. Ruego para que no diga las palabras y convierta esta cena en algo incómodo—. Te extraño. Nos extraño a como éramos antes. ¿Puedo preguntar porque cambiaste?

Vaya, parece que no tienes mucha suerte.

—Creo... Que comprendí que tener ese tipo de “relación”, si es que así se le puede llamar, es dañino para ambos. Nos limita de conocer a alguien más. —frunce el ceño—. Puede que no lo entiendas en este momento, pero al final me lo agradecerás.

—Yo siento algo más fuerte por tí que solo atracción sexual, yo te...

—No —lo interrumpo—. Hace mucho lo dejamos, Jeff. No puedo darte nada más. Hemos terminado, con todo.

Y cuando digo todo, me refiero a nuestra relación, y a la cena, pero parece no entender.

—De acuerdo —murmura. Noto una pizca de decepción en su voz que disimula bastante bien—. ¿Te llevo a tu casa?

Miro el plato medio vacío frente a mí.

—Sí, por favor

Y así, es como se termina una cena de modo incómodo.



Al llegar a casa, Jeff me abre la puerta y salgo rápidamente. Entre menos tiempo esté con él, será bueno para ambos.

La verdad, me siento mal de sentirme incómoda a su alrededor. Estar con él se siente familiar y a la vez extraño.

—Quiero decirte algo —le digo, cuando llegamos a la puerta—. Lamento si soy algo dura, pero ya es hora de avanzar. No podemos vernos más, así que considera esta salida como una cena de despedida.

Cierra los ojos, como si le estuviera dando un golpe.

—Está bien —murmura—. Jamás pensé que lo nuestro terminaría.

—Lo siento, Jeff. Así deben ser las cosas. —respondo mientras rebusco mis llaves en el bolso.

Lo oigo jadear. Me estrecha bruscamente contra su cuerpo. Ni siquiera me da tiempo de negarme cuando sus labios están sobre los míos. Lo empujo con mis brazos aprisionados entre mi pecho y el suyo, pero no se mueve. Su boca es insistente, pero no respondo.

Como una revelación, me llega la verdad. Terminé esto en el punto exacto.

—¡Jeff, apártate! —le grito como puedo. Me suelta. Sus ojos me dedican una mirada llena de rabia—. ¡No te atrevas a tocarme de nuevo! Creí que serías un poco más maduro y veríamos bien esto, pero ya veo que no estás dispuesto.

Saco las llaves y me encamino a la puerta como alma que lleva el diablo.

—Ellie, espera —me sigue—. Discúlpame, por favor...

—Vete.

Suspira, se nota su arrepentimiento. Pero no lo suficiente.

—De acuerdo.

Se da la media vuelta y camina hacia su coche. Abro la puerta y entro rápidamente. Camino a la sala de estar para echarle un ojo por la ventana.

Sigue ahí, mirando a la nada. Sube al coche y cierra la puerta de un portazo antes de acelerar bruscamente hacia la salida.



—¿Cómo es que se torcieron tanto las cosas? —me quejo con Holly al teléfono. La chica estuvo a punto de matarme cuando le conté que salí con Jeff.

—¡Te dije que no debías confiar en él, sólo un enfermo fuerza a una chica a hacer algo que no quiere!

Suspiro.

—Debería sentirme aliviada, pero por el contrario, me siento contrariada. ¿Qué es lo que hizo que Jeff se comportara de esa manera?

El silencio de Holly me indica que la respuesta está en mi cara.

—Eres idiota, o te haces la idiota. Es obvio que le gustas, que te quiere para más que un revolcón y tú vienes a decirle que no lo quieres de esa manera. ¿Cómo creíste que se iba a sentir? Por Dios, Ellie. Ten algo de sentido común.

Recibo la regañina de Holly con los brazos abiertos.

—Está bien, tienes razón. —le respondo—. Debí de haber sido clara con él desde el principio. Yo tengo la culpa de que se haya ilusionado con algo más.

—Perfecto, Ellie. Empiezas a pensar como una chica grande. —escucho unas voces de fondo pero no entiendo nada—. Bueno, ya que recibiste tu escarmiento del día, me voy. Tengo una cita. —murmura lo último con emoción contenida.

—Vaya, vaya. ¿Quién es el afortunado?

—No lo conoces. —dice de pronto—. Me tengo que ir chica.

—Te deseo suerte, amiga. ¡Diviértete!

—Lo haré y brindaré en tu honor. Prometo no emborracharme mucho.

—Dios, Holly. Ten algo de sentido común.

Holly suelta una carcajada al reconocer sus palabras.

—Hoy, mis consejos no aplican para mí. *Au revoir mon amie*. —escucho decir a mi amiga antes de colgar la llamada.

Suspiro y dejo el celular en la mesilla. Con mi pijama bien puesta y arropada en mi cama, me dispongo a dormir y olvidar todo mi pasado con Jeff.

Un fresco inicio para Ellie Hamilton.

5

El sonido de la alarma se cuela entre mis sueños. Gruño. Extiendo la mano a la mesilla y sin querer, empujo el celular al vacío. Abro los ojos a regañadientes y me siento. Miro con desprecio el celular antes de estirar el brazo para tomarlo.

La pantalla parpadea con la hora: 8:00am

Viernes.

¡Viernes!

Hoy... ¿Chris Bennett?

Sí.

Primero debo ir con los Moore.

Me desperezo, sentándome en la cama, mirando hacia la nada. Cualquier cosa que Chris me quiera decir, estoy segura que será bueno.

¿No habrás querido decir que estar con él un buen rato será más que perfecto?

Bajo a desayunar pero no hay nadie a la vista. Se escuchan los pasos de Lena en el cuarto de lavado. Frunzo el ceño, luego recuerdo que tía Anne me dijo que saldría temprano a correr y de ahí se iría al hospital, así que no le doy más vueltas. Me dirijo a la cocina. Lena va entrando con un cesto de ropa. Al verme, lo deja en el suelo.

—¡Buenos días!

—Buenos días, cariño. ¿Te apetece desayunar?

—¡Me encantaría! —exclamo, frotándome la barriga—. Un licuado y unos hot cakes por favor. ¿Necesitas que te ayude en algo? —pregunto frotando ambas manos, dando a entender que estoy lista para poner manos a la obra.

—No, no te preocupes. En un momento sale tu desayuno. —me guiña el ojo y continúa con su tarea en manos.

Lena Dalton tiene más o menos la misma cantidad de años trabajando con nosotros que Joseph. Le calculo que es sólo un poco más joven que tía Anne. No tiene hijos y ni está casada. A veces me siento un poco mal por ella, pero ella parece no enterarse de nada.

—¿Mi madre? —le pregunto, distraída.

—Salió hace un rato. A algún *brunch*. —se encoge de hombros.

—De acuerdo... En un momento regreso —anuncio. Ella asiente con la cabeza y salgo de la cocina para dirigirme a la puerta al final del pasillo. La abro y el olor a plantas llena mis fosas nasales.

El vivero era un pasatiempo que tenía mi padre, al cual se dedicó de lleno una vez que terminó su labor de treinta años en *Green-White Constructions*. Le encantaban las flores y cuidaba él en sus tiempos libres. Camino entre los pasillos hasta que encuentro lo que buscaba, mi hermoso tulipán rojo ardiente. Acaricio sus pétalos y sonrío. Era la flor favorita de mi padre, y de hecho, su apodo para mí era Tulipán.

—*Tulipán, mira esto. —grita papá, perdido entre las plantas del vivero. Camino hasta que lo encuentro sentado en una mesa en donde rocía a las pequeñas flores, una por una. Tiene distintas flores en una maceta.*

—*¿Qué pasa, papá?*

—*Aquí estás. —me sonrío y luego señala el pequeño brote en una de las macetas.*

—*¿Es un tulipán? —pregunto curiosa.*

—*Sí, cariño. Igual que tú, crecerá y de la pequeña semilla, saldrá una hermosa y colorida flor. —me sonrío con cariño y besa mi frente.*

Mi padre era una persona magnífica. Sacudo la cabeza y me limpio una lágrima rebelde que se me escapa.

Usualmente, Joseph se encarga de mantener el vivero fresco y verde, por lo que no me preocupo de que mis flores se puedan marchitar. Le echo una última ojeada al lugar y me dirijo a la puerta. Salgo y me encamino a la cocina de nuevo, donde mi desayuno ya está saliendo

—Wow. ¡Qué rápida! —exclamo y aplaudo. Me lavo las manos y me siento a la mesa rápidamente.

—¿Verdad que sí? —Lena me guiña un ojo—. Provecho.

Lena coloca un plato frente a mi con mi desayuno. Degusto de mis hot cakes con entusiasmo mientras le doy una ojeada el periódico de hoy.

La mujer termina de hacer sus tareas y se para frente a mí.

—¿Necesitas otra cosa? —pregunta secándose las manos con un paño.

—Sí. Necesito que te sientes y descanses un poco. —respondo con una

sonrisa.

—Trabajando en una casa tan grande, no se puede descansar mucho. — dice y por alguna razón parece que se disculpa por algo. Frunzo el ceño.

—Tal vez deberíamos conseguir una casa más pequeña, ¿qué te parece? — pregunto enarcando una ceja. Lena ríe.

—Eso estaría bien. —dice con una sonrisa.

—Lena. Tengo una pregunta personal. Espero que no te moleste. — empiezo. Ella sacude la cabeza y continúo—. ¿Te cae bien Joseph?

—¿Por qué la pregunta? Sí, me cae bien, es buena persona... —frunce el ceño y un ligero tono rojizo aparece en sus mejillas.

—Digamos que no me gusta saber que estás sola y... Joseph también está sólo y yo... —Lena abre los ojos como platos, luego empieza a reír.

—Cariño, yo ya pasé por eso. No quiero volver a repetirlo. Estoy bien, no te preocupes por mí. —se levanta de la silla y se acerca a mí. Me da un beso en la cabeza y me acaricia la mejilla suavemente.

—De acuerdo. —suspiro resignada. Ser Cupido nunca me ha funcionado muy bien.

Lena me sonrío de nuevo y se dirige de nuevo al cuarto de lavado.

Desayuno echando un ojo a la sección de noticias del periódico. Nada nuevo, nada relevante. Reviso la correspondencia y encuentro un sobre a nombre de la familia. Parece ser una invitación.

*Fundación “Manos Gentiles” en colaboración con el Waldorf Astoria,
le invita al baile a beneficio del hospital Morgan Stanley para niños
con cáncer.*

Se realizará el día Jueves, empezando a las 21 horas.

*Para nosotros, sería un gran honor nos hiciera compañía para pasar
una velada llena de sorpresas.*

Formal.

Frunzo el ceño. ¿Será realmente un evento a beneficio del hospital? Le preguntaré a tía Anne. La mayoría de las ocasiones en que mi madre me ha llevado a ciertos eventos, son sólo para reunir a la alta sociedad de NY y que su nombre aparezca entre «amable» y «bondadoso».

Me termino mi licuado y deposito los platos sucios en el lavaplatos, donde los lavo y pongo a secar.

Salgo de la cocina y me dirijo a la puerta trasera. Me siento en una de las sillas con sombrilla que están alrededor de la alberca y a lo lejos escucho un grave ladrido.

Oh no.

Billy está tan alterado que casi le arranca el brazo a Joseph. Sonrío y le hago un gesto para que lo suelte.

El enorme golden retriever corre hacia mi cuando me levanto de la silla para recibirlo, y casi me lanza al suelo cuando coloca sus enormes patas en mi estómago.

—¡Hola cariño! —exclamo, acariciándole las orejas. Billy me ve con unos enormes ojos llenos de vida mientras su cuerpo se sacude por el movimiento de su largo rabo.

Joseph llega a mí y vuelve a tomar a Billy por la correa.

—Buenos días señorita. Disculpe a éste chico. —mira a Billy con un gesto de reprobación y éste se encoge como si lo estuviesen regañando.

—Tranquilo, ya tenía varios días sin verlo. ¿Novedades?

—Ninguna, todo está tranquilo. Por él ni se preocupe. —responde el hombre con una sonrisa. Acaricio por última vez al animal antes de que Joseph lo lleve a reanudar su paseo.

Al verlos irse, inevitablemente recuerdo el día en que Billy llegó a mi vida. El día en que cumplí 18 años mi padre me lo obsequió. Sonrío ante el recuerdo. No puedo evitar sentirme algo melancólica cuando pienso en mi padre.

Decido caminar un poco y respirar el aire fresco de los alrededores. El suave balanceo de los árboles me relaja. Aspiro el olor a humedad.

Por mucho que desprecie la falsedad de la gente con alta posición, sentirme libre y tener mi propio espacio enorme me hace cambiar de parecer. Poseer mucho dinero y tener un buen rango social tiene sus ventajas, pero... ¿A qué costo? Nada de eso pudo salvar a mi padre.

Alejo esos pensamientos.

Cuando el sol comienza a irritarme, entro de nuevo a la casa y cambio a velocidad rayo para ir con los Moore a entregar el nuevo plano.

Alzo una plegaria para que no hagan ninguna modificación



Sólo cuando estoy de regreso dentro de casa me permito gritar de la felicidad. Los Moore han aceptado el plano y ahora es cuestión de tiempo para que empiecen con la obra.

—¡Por Dios, muchacha! ¿Qué ocurre? —pregunta Lena, saliendo a toda velocidad de la cocina.

—Tranquila, tranquila. Mi proyecto fue aceptado por los clientes. ¡Pronto empezaremos la obra!

Ahora Lena es la que grita.

—¡Felicidades linda! —me abraza con cariño, felicitándome por mi victoria.

Le sonrío; cuando estoy a punto de decirle algo, mi celular timbra.

Un mensaje.

Chris: Pasaré a recogerla a su casa. No se mueva de ahí.

¿Qué?

Reviso la hora y casi me da un infarto. 12:00pm.

—¡Diablos! —exclamo—. Lo siento, Lena. Tengo que ir a cambiarme.

Asiente con la cabeza y una sonrisa mientras subo las escaleras a toda velocidad.

Entro a la ducha y me baño en tiempo record. Seco mi cabello con la secadora y lo peino en un moño suelto.

El nerviosismo lo tengo a flor de piel. Maldita sea.

Me pongo el vestido designado para la ocasión y camino rápidamente al tocador para maquillarme levemente. Me calzo los zapatos y me miro en el espejo. Ruedo los ojos. El vestido es más corto de lo que recordaba y los zapatos se me figuran demasiado altos. Cierro los ojos en un intento por serenarme. Ya no hay marcha atrás.

Tomo mis cosas y bajo las escaleras con cuidado de no caerme. Un moratón en mi cara sería la cereza del pastel para esta cita.

¿He dicho «cita»?

Mas bien, «cita de trabajo».

Como sea. Lo primero que se me viene a la mente cuando escucho el rugir

de un coche es: ¿cómo demonios ha conseguido mi dirección?

Una vez más me veo sorprendida por los poderes de acoso de Chris Bennett.

El timbre de la casa suena. Lena ya se dirige a abrir pero le hago una seña. Me guiña el ojo y regresa por donde vino.

Suspiro. *Tú puedes, Ellie. Tú puedes. Es sólo otro hombre en el mundo, no le des más importancia de la que merece.*

Abro la puerta con cuidado.

Lo primero que veo son sus zapatos. Negros, de vestir, brillantes y perfectos. Voy subiendo la mirada, degustando de ese delicioso cuerpo que posee hasta que mis ojos se encuentran con los suyos. Me mira divertido y me examina de la misma forma en que lo he hecho yo.

Cuando ya no soporto su intensa mirada, me aclaro la garganta.

—Buenas tardes.

Pestañea varias veces antes de responder.

—Buenas tardes, señorita Hamilton. Un gusto volver a verla. —estira su mano para tomar la mía y le da un suave beso en el dorso. Siento un escalofrío extenderse desde ese punto hasta cada rincón de mi cuerpo. ¿Ahora hará el papel de un hombre salido de un libro romántico?

—Lo mismo digo —consigo decir. Da un paso a la izquierda para darme espacio para salir. Su enorme cuerpo casi cubre todo el quicio de la puerta.

Camino hacia el exterior y cierro la puerta tras de mí. Me veo obligada a apartar la mirada de Chris, no puedo evitar mirarlo. Admirarlo de esa manera, y ciertamente, se está volviendo algo fastidioso. Cada vez me pone más nerviosa y no lo puedo evitar.

—¿Nos vamos? —le pregunto. Asiente y me ofrece su brazo. Envuelvo mi brazo en él, agradecida por el apoyo que me da. Ser algo descoordinada, sumado a llevar tacones y que un hombre así de bueno te dedique una mirada, de esas que desnudan... Bueno, seguramente descolocaría a cualquier chica con sentimientos.

Abre la puerta de su impecable BMW deportivo.

—Después de usted, señorita. —Su grave voz hace que se me erice la piel. Subo al coche con toda la elegancia y rapidez de la que soy capaz, para ocultar lo que mi piel dice a gritos. Cierra la puerta y se dirige al lado del conductor. Sube y enciende el coche. Éste revive con un ronroneo.

Nos dirigimos hacia el este. Frunzo el ceño.

—¿A dónde vamos? —pregunto sin poderlo evitar. Chris parece pensarse un poco su respuesta y yo ya estoy comenzando a perder la paciencia. Me sonrío y se encoge de hombros.

—Ya verás.

Y así, Chris continúa conduciendo por lo que me parece una eternidad.

—¿Cómo consiguió mi número y mi dirección? —pregunto de golpe.

Ellie. ¿Tenías que ser tan directa?

Veo que se encoge de hombros.

—Contactos —Se limita a decir una sonrisa asomándose por sus labios.

Cruzo los brazos sobre mis pechos. ¿Cómo se atreve?

—Seguro. Así que, sus contactos saben que el acoso es un delito, ¿verdad?

Ahora si suelta una carcajada. ¿Qué es tan gracioso?

—Tranquila, señorita Hamilton. Dudo mucho que preguntar su teléfono y dirección a algún conocido sea considerado *acoso*.

Ruedo los ojos, incapaz de continuar con esta estúpida conversación. El resto del trayecto está sumido en un silencio algo tenso, pero la música aligera un poco el ambiente.

Momentos después reduce la velocidad y gira a la izquierda en un letrero que pinta *Belle Bennett Vineyard*.

El viñedo que pertenece a los Bennett.

Intento ocultar mi sorpresa pero es un tanto difícil. No estoy segura de la razón por la cual me trae para acá, pero suspiro y aguardo pacientemente a que me revele sus intenciones. Lo miro rápidamente y alcanzo a notar que aprieta demasiado el volante. Sus nudillos están blancos mientras conduce. Y como por arte de magia, mi sistema lanza un destello de nerviosismo y excitación a mi cuerpo con solo *pensar* en lo que esas manos podrían hacerme.

Chris detiene el coche, obligándome a salir de mi pequeña burbuja pervertida. Espero pacientemente a que salga del coche, lo rodee y me abra la puerta.

Cuando lo hace, me ofrece su mano y la tomo, un tanto dudosa. El contacto de su piel con la mía provoca que mi piel se erice. Con solo su mano. ¿Por qué mi cuerpo tiene que ser tan traicionero?

Huele delicioso a vegetación. Inhalo profundamente, aferrándome al brazo de Chris para no caer. Creo que el presiente mi agobio y tiende correctamente el brazo para que me pueda colgar de él.

Camino con cuidado sobre la grava y entramos a una cabaña color gris

claro. Una señora de unos 50 o 60 años saluda afectuosamente a Chris. Me presenta con ella y la saludo cordialmente.

—¿Ethan está aquí? —pregunta.

Ethan, su hermano.

—Tuvo que regresar a su casa, al parecer, la pequeña Samantha tiene algo de fiebre. Espero que se encuentre bien. —dice la mujer, con evidente preocupación.

¿Samantha? ¿Ethan tiene una hija?

Chris tuerce el gesto y, tras un asentimiento de cabeza, nos dirige a una terraza con vistas al viñedo. En ella ya está dispuesta una mesa para dos con vistas al campo.

Mi estómago gruñe tan fuerte que me da vergüenza que el hombre a mi lado lo haya escuchado, pero tal parece que no.

Chris me ofrece un asiento y empuja la silla cuando tomo asiento. Camina con gracia a la silla frente a mí. Un chico mesero trae los menús y pedimos rápidamente.

Vaya, así que no sólo es viñedo, está abierto al público como restaurante.

Cada vez me intereso más por lo que sea que esconda el hombre frente a mí. Y eso no es bueno.

La tensión es palpable. Miro de reojo a Chris mientras tomo la copa de agua mineral y le doy un sorbo. Está mirándome tan intensamente como la primera vez, hace apenas una semana. Siento que mi interior se contrae de deseo.

Maldita sea.

—Bien... Supongo que ahora si me dirás qué es lo que quieres de mí —murmuro en voz baja, colocando la copa de nuevo sobre la mesa.

No puedo más que sentirme incómoda con la forma en que me mira. Sus ojos dorados brillan maliciosos.

—Quisiera disfrutar de tu compañía, si no te importa. —responde, categórico.

—Si me importa. —me inclino sobre la mesa para darle énfasis a mis palabras—. No me gustan los misterios, y sinceramente, esto que según quieres decirme se está volviendo uno.

Lo digo con toda la tranquilidad que soy capaz de reunir, pero no puedo evitar que me tiemble la voz al final de mi frase.

Se reclina en la silla y coloca sus codos en los descansa brazos,

entrelazando sus manos frente a su boca, intentando, sin éxito, esconder una sonrisa.

Me mira un rato después de esconder su sonrisa. Me obligo a sostenerle la mirada.

—La verdad es que me gustaría tener sexo contigo.

6

Definitivamente no puedo disimular mi mirada de sorpresa y odio cada segundo que pasa sonriéndome de forma arrogante.

—¿Qué has dicho? —replico con horror.

Sé exactamente qué dijo. ¿Qué le pasa?

—Lo que escuchaste.

—P... Pero... —me levanto de la mesa, sumamente ofendida—. Si me disculpas, creo que esto es un error.

Me doy la media vuelta sorprendida de mi agilidad y camino lo más rápido que puedo con mis tacones. Apenas lo conozco, ¿cómo puede ofrecermelo sexo tan desvergonzado?

—¡Espera!

Tras salir del lugar y dedicarle una mirada de disculpa a la señora que saludamos al entrar, camino molesta bajo el sol sin dirección aparente. ¿Cómo demonios voy a regresar? ¡Estúpida!

—Por favor, era una broma, no te vayas —escucho que dice detrás de mí.

—Vete al demonio —espeto. Me toma fuerte del brazo, deteniendo mi andar. Cierro los ojos y suspiro antes de girarme hacia él.

—Lo siento —murmura cerca de mi rostro. Su aliento a tabaco inunda mis fosas nasales, y combinado con su perfume, lo siento como una mezcla embriagadora. Mis extremidades ceden y Chris me suelta.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —le pregunto, sin soltarle la mirada.

—Quería aligerar el ambiente. Parecías algo nerviosa, pero creo que me equivoqué— suspira, parece realmente arrepentido—, acompáñeme a comer, por favor. Por eso la invité, me agrada su compañía.

No respondo, estoy demasiado enojada, pero incluso en este estado puedo notar que ya no me tutea.

—Mira, sé que no te conozco, y créeme que no suelo hacer este tipo de cosas —ríe, luego me mira fijamente—. Pero me gustaría entablar una relación... amistosa, contigo. Y si es posible, me gustaría que le des un vistazo a mi casa.

¿De esto iba todo? No estoy del todo segura, pero no me atrevo a humillarme de nuevo. Sus increíbles ojos me miran suplicantes, pero no sé exactamente qué suplican.

Toma mi mano y nos dirigimos de nuevo a la cabaña, caminando en total silencio. Cuando tomo asiento de nuevo, la copa de agua mineral ha sido reemplazada por vino. Me siento más que agradecida por ello. La tomo y doy un sorbo.

Cuando Chris toma asiento frente a mí, le respondo.

—De acuerdo —asiento con la cabeza. Miro que nos sirven la comida que pedimos anteriormente y de pronto siento un nudo enorme en el estómago.

—¿Sería descortés si te digo que no tengo apetito? —pregunto, tentándolo.

—Sí. Si me molestaría. —admite—. Así que intenta comer.

No es una petición, es mas como una orden.

Desgraciado.

De igual forma, sonrío.

Comemos en un silencio agradable, acompañados de los sonidos del golpeteo de los cubiertos con el plato y pláticas murmuradas.

Casi he terminado cuando me hace otra pregunta.

—¿Irás a la gala de beneficencia de la semana entrante?

¿Qué le respondo? ¿Que odio esos estúpidos eventos? Esos bailes me recuerdan lo plástica que es la vida social en este mundo.

—No lo creo... No me gustan ese tipo de eventos pretenciosos, aun cuando sea en pro de la gente más necesitada.

Se queda en silencio un momento. Veo la curiosidad bailar en sus ojos.

—¿Por qué no?

—Preferiría dejar ese tema de un lado. En vez de eso quisiera que me hablaras de ti, por favor.

—¿Qué quisieras saber? —pregunta. Toma su copa de vino y se lo lleva a los labios. Y ahí está de nuevo, ese tirón de deseo en mi interior.

Desvío la mirada y pienso en mi pregunta.

Seguro no es tan incómoda como la que él me hizo, pero de algo servirá.

—¿Tienes novia? —pregunto, enarcando una ceja. Doy un trago al vino. Un lindo sonido emerge de él. Se ríe y seguido de eso, un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Sabes cómo vengarte. —murmura, sacudiendo la cabeza y sonriendo—. Me gusta. Y la respuesta es no. Por el momento no me interesa ninguna mujer

para considerarla mi novia. ¿Qué hay de ti?

Niego con la cabeza y parece satisfecho con mi respuesta. Mi corazón palpita a toda velocidad. Tal vez...

Me acabo el vino de golpe.

Él y yo...

Desecho la idea inmediatamente.

—No —digo en voz alta. Abro mucho los ojos cuando me doy cuenta de que él me ha escuchado. Chris frunce el entrecejo.

—¿Sucedo algo? —pregunta, desconcertado.

—No me siento muy bien... —me levanto rápido de la silla. Tal vez demasiado rápido, pues mi visión se oscurece un poco y me siento mareada.

¡Maldita sea, estúpido vino!

Escucho la fricción de la silla contra el suelo y a los segundos, sus brazos me rodean. Me ayuda a sostenerme sobre mis piernas de gelatina.

Odio parecer damisela en apuros.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta, con un brazo envuelto en mi cintura y el otro en mi rostro.

—Sí, sí. Yo sólo... —me callo. Está demasiado cerca de mi rostro. Cierro los ojos y aspiro profundamente. Cuando los abro, lo veo. Veo en sus ojos ese deseo que quiere salir a la superficie, pero lo retiene dentro. Y con eso, una coraza lo cubre. Sus ojos ahora son fríos.

—Te llevaré a tu casa. —dice mientras me suelta, asegurándose de que estoy bien parada. Se aleja de mí y de pronto siento frío.

¡Frío! Dios.

—¿Te molesté con algo? —pregunto un tanto nerviosa. Parece que realmente está enojado por la frialdad que despiden sus ojos.

—Para nada. Por favor, camina con cuidado.

—No pareces para nada una persona pedante y arrogante. —las palabras salen de mi boca incluso antes de que pueda evitarlo. Enarca una ceja con gesto divertido.

—¿Eso pensabas de mí?

—No. Yo... Me comentaron eso sobre ti, pero no suelo juzgar a alguien que no conozco.

Ríe y niega con la cabeza mientras nos dirigimos a la salida.

Pienso mientras caminamos... ¿De verdad me trajo hasta el viñedo y así como si nada me regresará a mi casa?

—¿Puedo pedirte algo? —le pregunto, deteniéndome.

—La escucho.

—¿Me darías un paseo por el viñedo?

La verdad es que quería pasar más tiempo con él, y que nuestra «cita» termine de manera tan abrupta no me dejaría un buen sabor de boca. Quiero esforzarme más con él y compensarlo por mi arrebato.

Se lo piensa un poco y sin mirarme, gira en dirección contraria a la que íbamos. Lo sigo a la parte trasera de la cabaña.

—Por aquí —me dice y caminamos hacia el frente.

Con el cielo despejado, Chris y yo nos dirigimos entre el amplio pasillo donde nos vemos rodeados de plantas. Sonríe ante el recuerdo que burbujea a la superficie.

—Me resulta familiar —le digo mientras caminamos.

—A mi también —responde con una sonrisa burlona en el rostro.

Pongo el pie sobre una roca que sobresale del suelo plano y me veo precipitada hacia el frente. Chris me atrapa en el aire y me atrae a su cuerpo.

—Maldita sea, mujer. ¿Es que no puedes caminar sin que te sostengan?

Ignoro sus palabras y le lanzo una mirada asesina. Sonríe y niega con la cabeza antes de ofrecerme su brazo para que lo sostenga. Luego del horrible incidente, le hago preguntas sobre el lugar.

Belle's existe desde hace 21 años. El abuelo de Chris fue su fundador y, aunque después de su muerte se cuestionaron seguir con la empresa, consideraron que sería un honor rendirle homenaje al arduo trabajo del señor. Ethan, su hermano, y Sophia se hacen cargo de todo.

—Ethan se encarga de lo legal, los permisos de exportación, entre otros.

—hace una pausa—. Mamá es quien está aquí la mayor parte del tiempo. Incluso hace la cata de vez en cuando.

—¿Y tú? ¿Haces algo aquí?

—No. —sacude la cabeza—. Yo trabajo en *Bentco* con papá. Soy su mano derecha. —se encoge de hombros.

Bien, un punto para él. Al parecer no alardea de su puesto y eso me gusta.

—A veces salgo fuera del país, —continúa—. Próximamente iré a Inglaterra. Londres, para ser más específico.

—¿Londres? —pregunto, el asiente con la cabeza—. Inglaterra es hermosa. —murmuro distraída mientras acaricio la hoja de una planta a mi paso.

Chris no responde. Me detengo con el ceño fruncido. Busco su mirada y lo atrapo mirándome. Ese escalofrío que siento cuando me toca, ese mismo, me recorre la espalda y me eriza la piel. ¿Qué diablos me está pasando?

Sacudo la cabeza y reanudo el camino. Chris me sigue y vuelvo a aferrarme a su brazo. A los minutos, él comienza a hablar.

—Entonces... ¿Eres arquitecta? —pregunta distraído.

—Sí, lo soy —aseguro. ¿Qué no esa información ya la sabía? Digo, al principio de la comida me preguntó si podía echarle un vistazo a su casa—. Estudié en la universidad de Nueva York contra todos los deseos de mi madre de convertirme en una *socialité*.

Suelta una carcajada.

—Debió ser doloroso para tu madre. —murmura.

—En realidad no.

No puedo evitar decirlo con un poco de amargura. Arruga un poco la frente.

—No importa, —prosigo—. Con haber hecho feliz a mi padre me basta y me sobra para la siguiente vida.

No volvemos a hablar. El sol se vuelve insoportable. Chris es el que más lo padece y propone regresar.



Chris, como todo un caballero, me abre la puerta del coche y me ayuda a entrar en él, dejándome a solas unos segundos.

De acuerdo, esta *cita* no fue como la imaginé. Todo fue una novedad y aprendimos algo uno del otro. Creo. Después de regresar, degustamos de una deliciosa comida y seguimos platicando. Debo admitir que me divertí escuchar sus bromas con doble sentido. Como si fuéramos amigos desde muy jóvenes.

Rodea el coche y antes de entrar, se quita el saco y lo arroja a la parte trasera. Una vez dentro, lo enciende y en un suspiro ya estamos de camino a casa.

El silencio del trayecto no es tan insoportable. Cuando el auto cobra vida,

el sistema de sonido reanuda la canción que había estado sonando cuando llegamos al viñedo. Esta vez no hay tensión. Sólo dos personas de camino a la ciudad, escuchando música. De vez en cuando puedo sentir su mirada, pero la evito, mirando por el cristal tintado. Me pone nerviosa y espero que no lo note.

Cuando llegamos a casa, apaga el coche a unos metros de la puerta. Dirige toda su atención a mí y ese escalofrío molesto regresa para apoderarse de mi cuerpo.

—¿Entonces me ayudarás con la casa? —su voz ronca parece lo más sensual y provocativo que hay en éste maldito mundo.

—Claro —consigo decir.

—¿Puedes mañana? Me haré un espacio por la mañana para llevarte a conocer la casa —responde. Su mirada no abandona la mía.

—Puedo ir yo, no tengo problemas. Si los cambios son exteriores, no me supondrá problema —mi voz comienza a delatarme. Esa mirada, esos ojos... Sólo puedo sentir que mi cuerpo se estremece involuntariamente.

—¿Te encuentras bien? —pregunta.

—Si, si. Estoy bien —asiento con la cabeza y continúa.

—No. Quiero llevarte yo, y así explicarte que es lo que necesito —me mira como si sus palabras tuvieran un significado distinto y él quisiera que me diera cuenta.

—Está bien. Avísame temprano para poder recorrer la cita con mi proyecto actual —otra sonrisa adorna su perfecto rostro. Toma mi mano y besa el dorso.

—La comida fue algo... —hace una pausa para buscar una palabra adecuada. Frunce el ceño ligeramente—. Divertida.

—¿Te parezco divertida, acaso? —me ofendo inmediatamente y recupero mi mano.

—Mucho. Debo decir que ninguna otra mujer me había mandado al demonio —una risa reverbera de su pecho—. Admiro tu valentía.

Vuelve a sonreírme. Maldición, este hombre sabe el efecto que me causa.

—Bueno, gracias... Supongo. —me giro hacia la casa y descubro a tía Anne y a Holly espiando desde la ventana de la cocina. Ruedo los ojos. Los vidrios tintados del coche me esconden de ellas. Me giro de nuevo hacia Chris.

Sigue mirándome intensamente. ¿Es que no se cansa de hacerme sentir

incómoda?

—Te acompaño —murmura. Sale del coche y lo rodea con elegancia.

Cada movimiento que ejecuta, lo hace, seguro de sí mismo y de su cuerpo. Estoy casi segura que sabe el efecto que me causa el simple hecho de dirigirme la palabra.

Abre mi puerta y me ofrece su mano para ayudarme a salir. La tomo, sorprendida al darme cuenta de que la sostiene firmemente. Su toque de nuevo hace que se me erice la piel. Tanto ha ocurrido que ya hasta lo siento placentero. Maldito cuerpo traicionero.

—Gracias por el almuerzo y tu ayuda —me dice cuando llegamos a la entrada. Asiento en respuesta.

—De nada. Gracias a ti por el almuerzo y el paseo. —respondo. Cada segundo que paso junto a él me pone más nerviosa.

—Nos veremos pronto, Ellie —la forma en que dice mi nombre es como si lo saboreara al pronunciarlo. Como si estuviera probando la fruta prohibida o a punto de hacer algo indebido. Me guiña el ojo y se da la media vuelta, dirigiéndose al coche.

¡Madre santa!

El pantalón se le ciñe deliciosamente a su trasero...

¡Basta, deja de mirarlo!

Me giro y entro a la casa lo más rápido que puedo y cierro tras de mí, recargándome en la puerta. Un largo y profundo suspiro emerge de mí.

Hay algo en él que me atrae enormemente. No tiene caso que siga negándolo. Un magnetismo poderoso es lo que siento entre ambos y que, si mis conocimientos sobre hombres no me fallan, él no lo oculta. Una fuerza invisible que me empuja hacia él, pero, incluso sintiendo algo tan fuerte, puede que sólo esté en mi imaginación.

¿Christopher Bennett *realmente* interesado en mí?

Buena broma.

7

Entro a mi habitación con la intención de desnudarme y descalzarme estos zapatos infernales, para después darme otra ducha. El suave viento que corría en el viñado hizo que el polvo se levantara. Lo sentía como una segunda piel, por no mencionar que casi me levanta la falda.

Pero claro... Mis anteriores planes tendrían que esperar.

Esas dos mujeres están esperando detalles de mi *cita*, sentadas en mi cama.

—Por Dios... ¿Es que no puedo tener un momento de tranquilidad con mis pensamientos? Estoy agotada. —gruño una vez que entro a la habitación.

Tres horas calzada en estos zapatos. Mis pies me están matando.

—Ellie, no seas arisca. Queremos saber los detalles sucios. —murmura Holly, frotando sus manos entre sí. Remata con sus ojos de cachorrito y tía Anne suelta una carcajada. Sabe que no soy inmune a esa mirada y lo usa a su favor.

Suspiro profundamente, aceptando mi destino.

—De acuerdo —ruedo los ojos—. ¿Dejarán que me duche rápido?

Ambas asienten con la cabeza. Entro al baño y cierro la puerta tras de mí.

Cuando salgo de la ducha cubierta solo con la bata de baño, me dirijo a la cama, metiéndome entre las sábanas bajo las miradas ansiosas de esas dos mujeres. Me preparo para el bombardeo de preguntas.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quieren saber?

Se quedan pensando un momento. Tía Anne es la primera en hablar.

—Lo que quieras contarnos.

¿Por dónde empiezo?

—Él... No dejaba de mirarme el cuerpo —me quedo sin aliento al recordar su intensa mirada. Holly lanza un pequeño grito de victoria y la fulmino con la mirada—. Eso no quería que ocurriera. —hago una pausa. Las mujeres me miran expectantes—. Me hizo una broma que casi arruina todo... Afortunadamente solo quedó en eso, seguimos disfrutando de la tarde. —veo sus caras interrogantes—. Me preguntó si quería tener sexo con él.

Mi tía suelta una carcajada y Holly se emociona

—¡Oh! —exclama Holly, cubriéndose la boca con ambas manos.

—¿Qué le dijiste? —pregunta mi tía con la sorpresa reflejada en su rostro.

—Que se fuera al demonio.

Creo que nadie esperaba ese movimiento. Vuelven a reír.

—La verdad —digo como si nada—. Fue amable. Se disculpó conmigo, alegando que era una broma para aligerar el ambiente. Caminamos por el viñedo y comimos.

—¿Y después? —masculla Holly con impaciencia.

—Me comentó que quiere que le eche un ojo a su casa. Mañana iremos y me dirá qué planes tiene. —me encojo de hombros.

Me parece absolutamente innecesario que interrumpa su mañana para conducirme a su casa. Aún siendo sábado, me da algo de pena.

Me doy cuenta de que hablé en voz alta cuando Holly comenta:

—Eso es muy considerado —enarma una ceja.

—Sólo intenta ser amable —respondo, restándole importancia.

—Puede ser, pero lo hará porque así lo desea —comenta mi tía.

—¡Quiere más tiempo contigo! —exclama Holly.

Sacudo la cabeza.

—No es así —digo, sin mucha decisión.

—Miéntete a ti misma si quieres, pero él te gusta demasiado y no lo puedes evitar —canturrea Holly con aire burlón. Siento un sonrojo subir por mi rostro.

—Bien, creo que se terminó la sesión de interrogatorio. Me imagino que quieres descansar un poco, —asiento con la cabeza. Tía Anne sí que sabe lo que mi rostro grita desesperadamente.

Últimamente, dormir no me había resultado fácil, y ahora las horas despierta me estaban pasando la factura.

—Descansa, cariño —dice tía Anne. Me besa en la frente y sale por la puerta.

—Descansa, Ellie. Ya nos contarás que pasa en tu segunda cita —Holly me guiña el ojo y me besa la cima de la cabeza.

—¡No es una cita, Holly! —exclamo cuando atraviesa la puerta. Hace un gesto de desdén con la mano.

—Claro, claro. ¡Adiós! —y cierra la puerta.

Me quedo sentada en la soledad de mi habitación con la cabeza echa un

lío. Memorizo los últimos acontecimientos con Chris y me doy cuenta de que soy demasiado vulnerable a su hipnotizante mirada. El pensamiento me molesta.

Siento una punzada en la cabeza, una razón más para dormir. Me recuesto sobre la almohada y miro el suave balanceo de las cortinas blancas. Cierro los ojos después de un profundo suspiro.



Una vez más, el timbre de mi celular me despierta. Me obligo a abrir los ojos y lo busco en la mesilla. No está. Pongo atención al ruido y ubico en mi escritorio. Me levanto a regañadientes y me arrastro hasta el mueble. La llamada se pierde, pero vuelve a timbrar. Miro la pantalla. Un número que no conozco parpadea en la pantalla. Deslizo el dedo índice por la pantalla y respondo.

—¿Sí? —trato de que mi voz suene normal, pero fracaso. Nadie puede culparme, estaba dormida.

—¿Ellie? ¿Me reconoces? —dice una voz masculina. Me parece familiar; las piezas encajan y suelto un grito emocionado.

—¡Scottie!

—Veo que no me has olvidado —dice entre risas.

—¡Claro que no!, ¿crees que olvidaría a mi mejor amigo?

Scott Lewis es nuestro amigo de toda la vida. Sus padres también frecuentaban mucho a los míos y a los de Holly. Crecimos juntos y nos hicimos inseparables hasta que Scott tuvo que irse a estudiar a Irlanda por órdenes de su padre y, aunque de vez en cuando hablamos en video llamada o chateamos por internet, lo extraño horrores.

—Por un pene, yo creo que sí.

—Eres incorregible. Te hemos extrañado mucho—respondo, con cariño.

—Pues te tengo noticias... Finalmente estoy de regreso.

Lanzo otro grito y Scott se ríe de nuevo.

—¿Bromeas?

—Para nada. De hecho, aun sigo en el JFK.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no llamaste antes? Holly y yo pudimos haber ido por ti al aeropuerto.

—Lo sé, pero quería darles la sorpresa. —el ruido de fondo se intensifica—. Escucha, Ellie. Aún no llamo a Holly. Quiero que la traigas a mi antiguo departamento, ya quiero verlas. —escucho su sonrisa y siento la emoción en su voz.

Scott está enamorado de Holly desde siempre. Cualquiera con tres dedos de frente se daría cuenta de sus sentimientos. Aparentemente, o Holly es ciega, o definitivamente no tiene ni idea.

—De acuerdo. ¿A qué hora nos vemos?

—¿Está bien para la cena? Pediré pizza para recordar los viejos tiempos.

—¡Perfecto, adiós *Scottie!*

—Hasta más tarde, Ells!

Al finalizar la llamada me quedo de pie observando el jardín y como el atardecer pinta de un tono rosado el cielo nuboso. Reviso el reloj. Llamaré a Holly.



—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Holly a mi derecha. Interrumpí su noche de series y se molestó un poco—. ¿Acaso Scott te pidió que le enviases algo de su casa?

Aparco el coche y lo apago.

—Ya verás —respondo, con emoción. Tomo mi celular del portavasos y le envío un texto rápido a Scott.

—Ellie, no me gustan estos jueguitos. Además, tengo hambre. *Please, let's go.* —suplica. Me río unos segundos, pero me callo al ver que la puerta del edificio de Scott se abre y él sale.

—Esa —señalo hacia un sonriente Scott—, es la razón por la que estamos aquí.

Holly lanza un gritito y sale pitando del coche. Corre hacia él y se cuelga de su cuello, fundiéndose en un dulce abrazo. Bajo del coche y presiono el

botón del llavero para activar la alarma.

—Vaya, parece que te alegras de verme —le dice a Holly. Ésta tiene lágrimas en los ojos. Se suelta de su agarre y cuando tuvo los pies en el suelo, golpea su hombro. Scott ríe.

—¿Y yo qué? —reclamo mientras me acerco—. ¿Dónde está mi abrazo?

Scott abre los brazos y corro hasta él. Al igual que Holly no puedo evitar colgarme de su cuello en un enorme abrazo de koala. Las lágrimas comienzan a inundar mis ojos.

—Ellie, no llores. Madre de Dios, lidiar con dos lloronas no era exactamente el plan que tenía —dice Scott mientras me pone en el suelo. Holly y yo lo golpeamos al mismo tiempo.

Holly parece bastante emocionada al ver a Scott. Se encuentra con mi mirada y sonrío con los ojos aún inundados. Al terminar los saludos, caminamos hacia el edificio y al departamento.

—Ya saben que están en su casa. —dice mientras nos da el paso a su departamento. Holly y yo nos instalamos en el sofá. Frente a nosotras están dos cajas de pizza tibia y la televisión lista para una película, pizza y nuestro refresco favorito.



Cuando nos despedimos de Scott para emprender regreso a nuestras casas, mi amigo parece algo triste, a pesar de haberse mostrado muy, *muy* alegre mientras estuvimos con él. No supe descifrar si su felicidad fue por que Holly estaba a su lado o simplemente por estar de regreso.

—Te veías muy feliz —comento. Se queda en silencio por un momento.

—Creo que... Lo extrañé —murmura, mirando hacia la ventana perdida en sus pensamientos.

—Tierra llamando a Holly. ¿Todo bien por allá?

Sacude la cabeza y sonrío.

—Claro. Fue una muy linda sorpresa. Pero, ¿por qué diablos no me lo anticipaste? Hubiese preferido no llorar.

—Yo también recién me enteré de su regreso. *Take it easy, Darling.*

Suelta una carcajada al escuchar mi pobre imitación de su frase favorita.
—Está bien, sólo estoy... un poco emocional.

Casi puedo adivinar porqué. Veo los ojos de Holly brillar bajo la escasa luz. ¿Qué es lo que pasa entre éstos dos? Me despido de ella cuando la dejo en su casa, quedando para almorzar al siguiente día. Me matará si no invito a Scott, así que le envío un texto rápido antes de dirigirme a casa.

Ellie: ¡Mañana almuerzo con tus dos chicas favoritas!
A los segundos recibo su respuesta.

Scott: ¡No me lo perdería por nada del mundo!

8

Como todas las mañanas, me rehúso a dejar la comodidad de mi cama y la tibieza de mis cobijas. Ruedo los ojos cuando escucho la molesta alarma recordarme que ya perdí veinte minutos.

—Ya voy, ya voy —murmuro al aire—. Odio pretender ser una adulta.

Durante mi adolescencia sólo pensaba en crecer para poder hacer lo que quisiera, y, aunque técnicamente soy mi propia jefa y pongo mis horarios, me he obligado a ser un poco más adulta, poniéndome un horario de persona adulta.

Resoplo mientras salgo de la cama a regañadientes. Técnicamente salí hace poco de la universidad, tengo derecho a sentir la necesidad de dormir hasta no saber de mí, ¿o no?

Me baño, cambio y bajo a desayunar. Para mi sorpresa, mi tía está esperándome, y lo sé, porque sólo toma café cuando está esperando que la acompañe.

—¡Buenos días! —exclamo al entrar a la cocina.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo amaneciste? —dice tía Anne mientras me da un beso a modo de saludo.

—Bien. Estoy un poco ansiosa y nerviosa —comento.

Lena entra a la cocina y la saludo de igual forma.

—Hola Ellie —frunce el ceño—. ¿Por qué no estás con tu humor de perros de todos los días? ¿Dormiste bien, linda?

Suelto una carcajada.

—No hay nada que una buena noche de sueño no logre.

La verdad es que la expectación por lo que vaya a pasar el día de hoy me tiene con los nervios a flor de piel. No hay espacio para el mal humor, sólo para un nerviosismo desmedido, y un poco exagerado, si me lo preguntan.

Tras desayunar, tía Anne se va al hospital, Lena continúa con la interminable limpieza de éste enorme lugar y yo... Sonrío. Tengo todo lo que pudiera desear, ¿cómo es que no sé qué hacer ahora?

El clima parece idóneo para darme un chapuzón en la alberca, pero apenas

desayuné. Descarto la idea de la alberca y me voy a mi habitación a leer un rato.

Encuentro gracioso el hecho de que mi madre cree que hay una edad mágica cuando la mujer finalmente ha resuelto toda su mierda. Pero debo admitir que una de mis citas favoritas es una que ella inventó.

“Nunca serás capaz de encontrarte a ti misma si estás perdida en alguien más.”

Mi celular vibra, interrumpiendo mi lectura. Bajo el libro y coloco el marcador en donde me quedé antes de responder la llamada. Contesto sin ver quién es.

—¿Hola?

—Señorita Hamilton, un gusto volver a escuchar su voz.

El aire escapa de mis pulmones cuando escucho su voz y ese deje cautivador que me atrapa como araña a su presa, envuelta en su telaraña. Así me siento cuando Chris Bennett está cerca de mí y saber eso me hace sentir un poco atemorizada.

—Ig... Igualmente, señor Bennett. Dígame, ¿está listo para mi visita? —pregunto, dejando el libro sobre la mesa de noche. Dios, esto requiere especialmente mi atención.

—En realidad, quería decirle que estoy afuera de su casa.

Frunzo el ceño. ¿Qué?

—Esperaba poder verlo más tarde, en éste momento estoy un poco ocupada.

—No nací ayer, señorita. Sé bien que no está haciendo nada especialmente importante, me atrevería a apostar a que estaba escuchando música, escribiendo, o leyendo.

—¿Cómo está tan seguro? —pregunto, sorprendida por sus palabras. ¿Tan fácil de juzgar soy?

—Digamos que es fácil de leer —ríe bajo, pero luego adopta otro tono, más... oscuro—. ¿Me acompaña?

Siento escalofríos recorrer mi piel y lo maldigo por ello. ¿Cómo puede afectarme de esa forma su simple presencia, o sólo sus palabras? ¡Incluso el tono de su voz es hechizante!

—Deme cinco minutos —replico, y cuelgo la llamada sin esperar su respuesta.

Salgo de la cama en busca de unos pantalones y me pongo la primera blusa que encuentro: de color gris, tela de algodón, con una abertura en la espalda baja hasta el dobladillo, dejando un poco de piel al descubierto. Me arrepiento enseguida de habérmela puesto, pero Chris espera, y no estoy dispuesta a que me catalogue como una persona que atiende a sus citas.

Citas de *trabajo*, quiero decir.

Me delinearé los ojos y me pintaré los labios. Con esto tendrá que bastar. Me calzo mis flats y con mochila en mano, salgo pitando de la habitación hacia el piso inferior.

Verifico mi aspecto en el espejo del recibidor. ¿Por qué nunca puedo aparentar mi edad? Creo que siempre será un problema, verme más chica sólo hará que nadie me respete si es que llego a tener un trabajo formal. Casi puedo adivinar y saborear lo amargo que me la harán pasar por ser una chica recién titulada.

Suspiro. Tras un último vistazo a mi cuerpo, me despido de Lena.

—¡Regreso en un rato! —tomo mis llaves y abro la puerta.

Lena aparece en el quicio de la entrada de la cocina.

—¿Vendrás a comer? —pregunta, esperanzada. Inmediatamente recuerdo mi cita con Scott y Holly.

—Invitaré a Holly y a Scott a que vengan a comer, así que, sí. —le guiño el ojo—. No tardaré. —le lanzo un beso y me sonrío. Se da la media vuelta y regresa a la cocina.

Tomo una respiración, salgo al exterior y cierro la puerta tras de mí. Hace un día bastante agradable. Ni siquiera me había fijado en la hora hasta éste momento, cuando finjo estar haciendo algo importante en mi celular a los ojos de Chris Bennett, que está recargado en la puerta del copiloto esperando por mí.

Bajo la mirada y me concentro en memorizar la hora para no tener que volver a sacar el teléfono de mi mochila.

Ironías de la vida es que pretenda parecer una chica ocupada y termine tropezando con mis propios pies. Grito por la sorpresa y caigo sobre mi rodilla derecha; no sobre mi trasero. Eso ya es algo importante, pero la vergüenza y el dolor nadie me la quita.

Cuando hago un intento en levantarme, mi rodilla duele y, ahora sí, termino cayendo sobre mi trasero en la fina grava. Maldigo para mis adentros.

Levanto la mirada y veo a Chris está corriendo hacia mí, parece realmente

preocupado.

—¿Estás bien? —me dice en cuanto llega. Se inclina, recargándose en una de sus rodillas mientras hace ademán en ayudarme a levantarme.

—Estoy bien. Gracias. —le entrego mi mochila y doblo mi pierna para levantarme, pero otra punzada me detiene. Chris deja la mochila a mi lado y se coloca a mi lado en cuclillas.

—No, no estás bien, permite que te lleve adentro. —pasa un brazo por mi espalda y otro por debajo de mis rodillas, para levantarme.

—¡Hey, ¿qué haces?! —me muevo, evitando que me levante.

—Te llevaré dentro, vamos, déjame cargarte.

Joder. ¿Podría esto volverse más vergonzoso?

—Llévame al coche, Chris. Estoy bien.

Chris levanta la cabeza y me mira a los ojos con un gesto serio. Hasta a mí me sorprende escuchar el diminutivo de su nombre en mis labios. ¿Por qué he dicho eso?

—¿Estás segura? —me pregunta, para nada convencido de mi anterior respuesta.

—Sí. Es sólo un leve raspón. —ambos giramos la cabeza hacia mi pierna estirada y Chris resopla al ver el pantalón rasgado de la rodilla.

—No estoy seguro, tal vez...

—Quedamos en algo y no pienso fallar sólo por mi propia estupidez, vamos, ayúdame a levantarme. —ordeno. Doblo mi rodilla izquierda para impulsarme, pero Chris, logra con éxito levantarme en sus brazos.

No puedo evitar soltar un leve grito. Por instinto, me aferro como puedo a su camisa que hasta éste momento, me doy cuenta de que es blanca. Frunzo el ceño cuando comprendo que Chris debería de estar en el trabajo. Siento como tensa los brazos bajo mi peso y, de nuevo, la vergüenza vuelve con fiereza. Mierda, ¿en qué momento dejaré de hacer estupideces por mi propio bien?

No se mueve conmigo en brazos. Levanto la mirada y lo observo mirarme con curiosidad. Inmediatamente siento como mi cara se calienta de la vergüenza. El olor que despide de su pecho es embriagador. Perfume, desodorante, ¿suavizante para la ropa?, ¿tal vez su propio olor? Chris comienza a caminar hacia el coche mientras aspiro lo más que puedo su aroma y me deleito con él.

Cuando llega a la puerta del copiloto, se detiene.

—¿Puedes detener tu peso con tu otra pierna?

—Sí. —consigo decir. Su cercanía me pone nerviosa. Muy nerviosa.

Me baja y me sostengo de mi pierna buena mientras, con el llavero de su coche, quita los seguros de las puertas y la abre para mí. Toma mi mano para ayudarme a subir y no puedo evitar recordar esa escena en *Orgullo y Prejuicio* donde Darcy ayuda a Lizzie a subir al carruaje. Me sorprende su gesto, aunque no debería. Desde que llegó no ha hecho más que ayudarme con mi torpeza. Me posiciono en el asiento y con cautela introduzco las piernas dentro del coche.

Cuando estoy arriba, cierra la puerta y guarda en el maletero mi mochila. Después, me acompaña en el asiento del piloto.

—No estoy convencido de que realmente estés bien de tu pierna. — comenta, mientras enciende el coche y salimos de mi casa.

—Lo estoy, no es nada.

Ya no sé si estoy mintiendo o diciendo la verdad; mi rodilla duele pues todo mi peso recayó en ella y además, creo que me encajé algunas piedras pequeñas al momento de caer en la fina grava.

Sacude la cabeza y esboza una sonrisa, pero no dice nada más. Tal parece que ésta *cita de trabajo* será más larga de lo que pensé.

9

Estoy anonadada. Pensaba que tal vez la casa de Christopher Bennett sería algo así como un departamento de soltero o un espacio muy reducido. No una gran casa victoriana estilo europeo. ¡Es enorme!

—No creo que me necesites —murmuro, estupefacta—. Ésta casa es preciosa.

Detiene el coche en la entrada y ve la casa, igual que yo.

—No, supongo que no.

De nuevo, me recuerda a la casa de los Bennett en *Orgullo y Prejuicio*. Qué ironías.

—A mi abuelo no le molestó invertir mucho del dinero del viñedo en construir ésta casa. Al morir, pasó a mi nombre. —sonríe—. Consideraba a Ethan como un chico “no apto para vivir lejos de la ciudad”.

Frunzo el ceño y me giro para verlo.

—¿Y a ti sí? —pregunto, curiosa.

Se encoje de hombros.

—No lo sé. —suspira—. Ethan me ha recomendado vender la casa. Es una propiedad con algunas hectáreas y seguro podría tener más dinero para invertir en la empresa, pero tengo dudas. ¿Crees que sea conveniente?

Hago una mueca. ¿Así que me trajo para eso?

—Si tiene valor sentimental, creo que deberías conservarla —aconsejo—. Es muy hermosa.

—Es demasiado grande para mí sólo.

—¿Aquí vives? —creo que mis cejas se alzaron hasta la línea de mi cabello.

—Sí. No confío en nadie para que cuide la propiedad, así que estoy viviendo acá.

Bueno, definitivamente eso es nuevo. ¿Quién diría que Chris Bennett viviría en una enorme casa en medio de la nada?

Bueno, técnicamente no está en medio de la nada, pero el terreno es enorme comparado con la construcción. Es adorable. Bien dicen que no debes

juzgar por las apariencias.

—¿Y bien? —me mira con el ceño fruncido—. ¿Qué es lo que quieres hacer aquí?

Enarca una ceja y yo siento que muero de la vergüenza una vez más. Ríe bajo y negando con la cabeza, responde:

—Te llevo para que eches un vistazo.

Sale del coche y me abre la puerta con una elegancia que a mí claramente me falta. Recargo mi peso en mi rodilla y me sorprende darme cuenta de que no duele tanto. Chris me ofrece su brazo y lo tomo, usándolo como soporte.

Hay algunas escaleras, en el pequeño porche de la casa. Chris, con llaves en mano, me abre la puerta y ahí comienza nuestro recorrido.



Tras unos minutos de mostrarme la casa, Chris comenta:

—La casa está perfecta, en realidad. Pero, no sé, me gustaría un cambio en el interior, ¿redistribución de espacio, quizá? Sigo pensando en venderla. Tal vez esas modificaciones eleven su costo, sé muy poco sobre el tema —admite, frotándose la nuca—. ¿Qué opinas?

Dudo un segundo en responder.

—¿Quieres mi opinión? —camino hacia uno de los tres ventanales de la sala de estar, dándole la espalda—. La casa está en perfectas condiciones, se ve que fue construida por personas que sabían lo que hacían, además de que los detalles son preciosos. En mi opinión, creo que deberías dejarla como está. —me giro para encararlo—. No me creerías si te dijera la cantidad de obras arquitectónicas que han sido destruidas por la vanidad del dueño.

Chris echa un vistazo alrededor de la sala de estar, como pensativo. Al final, posa su mirada en la mía.

—Entonces... ¿Sugieres que deje la casa intacta?

Sé que Chris no es un idiota, pero creo que fui muy clara al darle mi opinión.

—Exacto —sonríe—. Ahora, que si te interesa venderla, creo que conozco a un buen agente de bienes...

—No —me interrumpe—. Creo que no quiero venderla.

Me encojo de hombros. ¡Qué rápido ha tomado una decisión! Yo tardaría días valorando la opción.

Cuando se llega la hora de irnos, me pregunta si mi rodilla se encuentra bien. A juzgar por lo bien que me ha ido sosteniendo mi peso sobre ella, le respondo que sí, puesto que no quiero que siga preocupándose por mi estupidez. Sé que intenta ser amable, pero me resulta un tanto embarazoso recordar a cada segundo esa estúpida escena de torpeza.



—Fue bastante... Atento. —respondo vagamente mientras Holly me lanza dardos por los ojos.

—¿Nada más? —enarca una ceja, como si quisiera obligarme a hablar más.

Pero realmente no pasó nada más. Chris me enseñó la casa y las ligeras reparaciones que quería. No requería de hacer planos ni tomar medidas. Creo que más bien me quería para que dirigiera la reparación de su casa. Pero claro, Holly no se iba a quedar conforme.

—Te digo que sólo eso pasó. Se mostró muy paciente, mi humor se ennegreció cuando por estúpida me golpeé.

La verdad es que ni siquiera recordaba por qué lo llevaba aferrado del brazo. Lo único en lo que podía pensar era en sus ojos claros posados en mí, en esa mirada que me derretía; una que parecía devorarme por completo. Volví a sentirme desnuda bajo su mirada.

El recuerdo de su casa volvió a mi mente. ¿Para qué querría Chris un espacio tan grande? No lo pienso demasiado, llego a la conclusión de que ese no es mi problema.

—No sé si creerte. —replica mi amiga con los ojos entrecerrados—. ¿Tú qué dices Scott?

—¿Hmm? —levanta la cabeza de su libro y con ojos cansados, nos sonrío.

—Creo que deberían de ir a casa. Se hace tarde. Los amo, pero yo también estoy cansada, así que, sutilmente les digo... ¡Lárguense!

Scott suelta una carcajada y Holly finge estar molesta.

—¡De acuerdo, nos vamos! —se levanta y con exageración, toma a Scott del hombro y lo arrastra junto con ella. En el camino pesca su bolsa y con una carcajada, se despide.

—¡Descansa Eleanor! Mañana no te salvas del interrogatorio.

Scott pone los ojos en blanco y se encoje de hombros, dejándose arrastrar por Holly. Le sonrío de vuelta y sacudo la mano despidiéndome.

Cuando salen por la puerta principal, dejo salir todo el aire que mi cuerpo retenía. Estoy muerta.



Hoy es jueves, no tengo ganas de nada, así que apago mi alarma de adulto y me acurruco entre mis cobijas, pero mi celular no pretende dejarme. Lo escucho timbrar de nuevo, esta vez con una llamada, y lo ignoro. Pero de nuevo empieza a timbrar.

Quien quiera que sea, realmente está colmando mi paciencia. Con desgana, estiro la mano y cuando lo tengo en mi mano, deslizo el dedo por la pantalla y respondo.

—¿Sí?

—Levanta ese culo, ya es mediodía.

¡¿Qué?!

Me había dormido cuatro horas seguidas. ¡Madre santa!

—Holly, soy una adulta en proceso de maduración, necesito descansar. — me quejo, sin muchas opciones para zafarme de lo que sea en lo que me quiera meter.

—No hay opción, cariño. Paso por ti en veinte.

Y lo cumple.

Holly casi carga con mi cuerpo hacia el centro comercial.

Objetivo: Un vestido para el evento de caridad del jueves por la noche, ó sea, hoy.

Creo que no hace falta mencionar que ni siquiera recordaba que éste asunto era hoy.

No tengo ganas en absoluto de ir —lo peor de todo es que Holly lo sabe—, pero me veo obligada a retirar mis palabras cuando veo un vestido que llama mi atención. Me acerco para verlo mejor: color perla con distintos hilos de plata que recorren el busto, el estómago, la espalda, las caderas, los costados y todas terminan un poco por debajo de mi rodilla —un aproximado—. Es ajustado hasta donde terminan los hilos y suelto de abajo, como cola de sirena.

Mi mente me grita que me lo lleve, y mi razón... También.

—¿Te agrada ese? —me pregunta Holly con los brazos llenos de ropa—. ¿Por qué no te lo pruebas?

—No hace falta. Me lo llevo.

La chica de la boutique llega hasta mí y me mira con incredulidad.

—¿Quiere ese vestido? —lo señala y asiento con la cabeza—. ¿Segura que puede permitírselo? —pregunta desdeñosa. La ira crece dentro de mí. Sé exactamente el porqué de su comentario. Es cierto que no me gusta vestir igual que Holly, pero una blusa morada, pantalones grises y unos tenis no son ropa de persona de bajos recursos.

—Ambas tenemos más dinero del que tendrás toda tu vida. —escupe Holly—. Así que toma ese vestido con cuidado y envuélveselo. —ordena. Jamás la había escuchado hablar así. Su tono frío me pone la piel de gallina.

—De acuerdo. —la chica balbucea y nos mira con cierto recelo combinado con temor. Saca el vestido del mostrador y camina hacia la caja. Tomo la cartera de mi bolso y saco mi tarjeta. Tengo suficiente dinero para toda una vida, pero no me gusta alardear por ello. Hay personas quienes tienen menos.

—Disculpe el comentario... Señorita Hamilton. —la chica lee mi nombre en el trozo de plástico. Parece realmente avergonzada cuando me entrega la bolsa con el vestido.

—Limítate a hacer tu trabajo la próxima vez, en lugar de juzgar a la gente. —espeto. ¡Dios, y yo que pensaba mantener la boca cerrada!

Mi máscara para las horrendas fiestas de mi madre respondió por mí. No me hizo sentir para nada bien. La chica asiente con la cabeza baja mientras hace el cargo a la tarjeta. Nada más y nada menos que \$1,000 dólares.

—Odio que mi lado altivo responda por mí —le digo Holly mientras subimos las compras a su coche.

—Ellie, la tipa se lo merecía por zorra habladora, no te sientas mal. —me

mira a los ojos—. Yo sé que no eres así y me alegro muchísimo, yo puedo cubrirnos a ambas en ese aspecto. —me guiña el ojo y suelta una carcajada. Me abraza y seguido, subimos al coche.

De camino a casa, dudo en asistir al evento, pero luego pienso en que no creo volver a tener la oportunidad de ponerme mi vestido nuevo, así que decido ir.



El trozo de tela se ajusta perfecto a mi cuerpo y casi grito victoriosa. Me peino un moño sencillo, ajustándolo sobre mi oreja derecha. Pinto mis uñas y por supuesto, utilizo mis zapatillas color perla para hacer juego con mis uñas. Hace poco aprendí a pintar sombras tipo humo en mis ojos, también lo añado a mi look con un tono dorado para que resalten. Cuando me veo al espejo, sonrío orgullosa por mi aspecto.

—Wow —dice tía Anne con admiración, entrando a mi habitación.

—Woow. —repito al verla a ella con su atuendo. Mi tía lleva un vestido de un solo hombro color salmón con un cinto plateado rodeando su cintura, el vestido cae naturalmente hasta el suelo. Su cabello castaño está peinado en un moño en posición normal y sus ojos verdes brillan.

—Te ves preciosa, Ellie.

—Gracias tía, lo mismo digo. —beso su mejilla.

—¿Estás segura de querer asistir? —pregunta, curiosa—. Sé que te incomodan este tipo de eventos, pero te puedo asegurar que es para contribuir con el hospital.

Suspiro, sin dejar de mirarme en el espejo.

—Tía, si no quisiera ir, créeme que estaría con mi pijama continuando ese libro tan bueno que dejé pendiente.

Se encoje de hombros y sonrío.

—Entonces vámonos ya. Holly llamó y dijo que ella y Scott ya están en la fiesta. —dice enarcando una ceja.

—Larga historia —suspiro. A mí no me corresponde contarla.

Bajamos las escaleras con sumo cuidado. Ya con bolso en mano, me

coloco el chál y salimos a la fresca noche. Al pie de las escaleras del portal se encuentra Joseph con el coche esperando por nosotras.

—Buenas noches, lucen espléndidas. —dice Joseph, con el pulgar hacia arriba.

—Muchas gracias—respondemos al unísono y sonreímos.

Joseph asiente, abre la puerta y subimos al coche.

Estoy nerviosa. Estoy casi segura que hoy veré a Chris. Dudaría un poco en esa afirmación si él mismo no me hubiese preguntado sobre esta gala. El corazón me empieza a latir con fuerza. Espero que no se note mi nerviosismo, me sentiría terriblemente avergonzada.

Aún más que la última vez.

Las luces de la ciudad nos iluminan mientras nos adentramos en las calles bordeadas de rascacielos. A los minutos, ya estamos en la fila de coches que esperan llegar a la puerta del Waldorf Astoria para dejar a los invitados.

—¿Te encuentras bien, cariño? No dejas de retorcer tus manos.

Bajo la mirada hacia mis manos vagamente iluminadas por la luz exterior y dejo de moverlas.

—No me había dado cuenta. Supongo que estoy algo nerviosa; hoy veré al hombre hermoso de nuevo—suelto una risa.

—¡Oh! ahora lo entiendo. Seguro estará esperando por ti.

—Hmm... No estoy tan segura.

Mi tía coloca una mano en mi hombro y me ve directo a los ojos.

—Créelo—me guiña el ojo y le sonrío.

Cuando nuestro coche llega a la entrada, Joseph desciende y aprovecho ese tiempo para tomar una profunda bocanada de aire. Nos abren ambas puertas y salimos. Yo, al menos con toda la elegancia que puedo reunir.

Nos despedimos de Joseph y caminamos del brazo hacia la entrada. Nos llueven luces de cámaras fotográficas. No me sorprende, la prensa siempre está a la vanguardia de todos los eventos sociales y benéficos en Nueva York. Al menos mi máscara social ya está en su lugar.

Nunca había visitado el salón del Waldorf Astoria. Es un enorme espacio con majestuosa decoración y arañas de cristal colgando del techo. Alberga más mesas de las que puedo contar, o al menos, eso me parece.

Entrando en el grandioso recinto, mi ánimo cae en picada cuando mi madre aparece de la nada, interceptándonos a mi tía y a mí.

—Anne, Eleanor. —nos dice a modo de saludo. Su suave tono me pone en

alerta.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Christopher Bennett ha preguntado por ti, cielo—me dice en tono dulce—, búscalo. —no es una sugerencia o petición, es una orden. Una que, por supuesto, no pienso obedecer.

—No—digo firme. En respuesta recibo una mirada tan pesada que casi la siento como una bofetada.

—Ellie no irá obligada, Catherine. —dice mi tía, entrando al rescate. Aprieto su brazo en señal de agradecimiento. Mi madre no parece querer dar su brazo a torcer. Coloca sus manos en la cintura y mira a tía Anne.

—¡Por supuesto que lo hará! Sigo siendo tu madre—me dice, ahora mirándome fijamente—. Vas a engatusarlo para que sólo quiera estar contigo, Eleanor. Es necesario que lo hagas.

—No. Si él quiere estar conmigo, lo espero con los brazos abiertos. No pienso lanzármele como una prostituta.

Siento un escalofrío recorrer mi espina dorsal, mi madre está siendo más pesada de lo usual.

—Eleanor—advierde con tono amenazante.

—¿Vas a hacer un escándalo en plena gala, Catherine? Basta.

Mi madre mira con algo de temor hacia los lados. Cuando está segura que nadie ha escuchado nuestra conversación, advierde:

—No se va a quedar así, Eleanor. —me apunta con una uña perfecta y se da la media vuelta.

Suelto el aire que retenía, con alivio.

—Gracias, tía. No sé qué haría sin ti.

—No voy a permitir que te trate de esa manera. Es mi hermana, y la quiero, pero está loca. —responde, con clara desaprobación. Le sonrío y juntas nos encaminamos a buscar a Holly.

Me permito admirar el entorno y realmente, todo está magnífico. En el centro del salón hay una araña de luces enorme de la que cuelgan delicadamente unas cadenas doradas.

La pista de baile se encuentra justo en el centro, y a su alrededor, mesas con aproximadamente diez sillas en cada una. Levanto la mirada y noto que hay un segundo piso con mesas y un tercero con balcones con vista hacia la pista de baile, separadas por los gruesos pilares que sostienen éste majestuoso lugar. Cada mesa tiene en el centro un enorme arreglo de rosas

blancas.

Al fondo, en el escenario, se ven algunos instrumentos musicales en posición, pero no hay señal de ningún músico cerca. Seguro porque la gala aun no comienza oficialmente.

Durante nuestro recorrido nos encontramos con algunos colegas y trabajadores del hospital, quienes saludan con efusividad a mi tía. Incluso hay algunos niños quienes han ganado la batalla al cáncer. Asisten como un ejemplo de valentía y perseverancia que poco se ve en los niños de hoy en día.

Le pregunto a mi tía por la linda Connie y me dice que aún se encuentra débil como para salir del hospital. Elevo una plegaria para la niña y fortaleza para sus padres. Pocas veces lo hago, pero ésta vez, lo siento necesario.

Al cabo de un rato, encontramos a Holly y a Scott sentados juntos en la mesa, —ó muy juntos—, hablándose al oído. Definitivamente algo pasa aquí. Enarco una ceja.

—¡Hola! —exclama Holly, saltando de su silla. Nos abraza, seguida de Scott, a quién le doy un buen abrazo de oso. Aunque ya está de regreso, no puedo evitar sentir aun su ausencia después de estos años.

—¿Todo está bien? —le pregunto a Scott al oído.

—De maravilla. —asiente con un guiño.

Tras terminar los respectivos saludos, tomo a Holly del brazo y la aparto del resto.

—¿Es cierto que Chris ha preguntado por mí? —le pregunto con cierto nerviosismo.

—¡Sí! —exclama con entusiasmo. Siento un escalofrío recorrer mi espalda—. De nuevo hablaba con tu madre, pero no sé... De pronto lo perdí de vista.

Frunzo el ceño. ¿Qué querrá de mí?

Tal vez cree que no vendré.

—Bien. ¿Nos sentamos? —le pregunto, cambiando el tema.

Lo cierto es que no me apetece seguir hablando de él, o tal vez se haga demasiado evidente lo nerviosa que me pone estar cerca de él, en éste mismo lugar...

Tan pronto como tomo asiento, siento unas irreprimibles ganas de ir al baño. Diablos, con éste vestido no será fácil.

—En un momento regreso, voy al tocador. —declaro a mis acompañantes. Asienten con la cabeza.

—¿Quieres que vaya contigo? —me pregunta Holly, pero niego.

—No, gracias. Vengo en un momento.

Me levanto de la silla y camino despacio. Ahora, sin el soporte del brazo de mi tía, tal vez termine protagonizando la comedia del año al caerme.

Cruzo el salón en el que las personas ya comienzan a congregarse, platicando en grupos o saludando a los demás. Me escabullo por el pasillo que da al baño de mujeres cuando, de pronto, siento un escalofrío recorrerme la espalda.

Instintivamente, me giro y casi me da un infarto al escuchar su voz.

—¿Me buscabas? —pregunta, enarcando una ceja.

10

Me sobresalto y casi siento vértigo por tenerlo tan cerca, además de inhalar su delicioso aroma desconocido. Cierro los ojos y respiro varias veces intentando controlar el creciente deseo en mi interior.

—¿Para qué te buscaría? —le pregunto.

Arrogante cabrón.

—No lo sé. Tú dime. —responde, alzando una ceja.

Identifico un ligero olor a tabaco. Levanto la mirada y en sus ojos veo determinación, algo que puede encenderme como la combustión espontánea.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto, tragando saliva.

Mi corazón late tan fuerte que podría asegurar que él consigue escucharlo.

—¿Segura quieres saberlo? —pregunta sobre mi oído con su voz ronca y siento un estremecimiento involuntario.

—Sí —digo con seguridad. Levanta su mano, acariciando suavemente mi mejilla. Mi seguridad se está yendo al demonio.

—Suelo tener todo lo que deseo, señorita Hamilton. Nunca he querido tanto algo, no hasta que te vi en la fiesta de mi hermana.

Una sonrisa amenaza con curvar mis labios, pero realmente, me siento congelada bajo su hechizo.

—Eres una mujer que me intriga y a la vez me cautiva. Tu comportamiento suele ser distante... —frunzo el ceño y sonrío—. Te he observado. —admite.

»Pero a la vez es cálido y amable. —continúa—. Debo admitir que me siento frustrado. Eres la única mujer que he conocido que no quiere irse a la cama conmigo o ir de mi brazo. Eso es fascinante.

—¿Por qué te resulta fascinante? —pregunto, frunciendo el ceño—. ¿Es que acaso te parece extraño que no me atraigas?

Espero que me crezca la nariz como a Pinocho, pero no ocurre. No debe saber que pienso en él más de lo que es normal para mi salud mental.

—No. Conozco mi personalidad y estoy seguro que eso te repele, pero quiero decirte algo—toma una de mis manos, apretándola suavemente—, pienso en ti día y noche y quiero que salgas conmigo.

¿Qué puede ver Christopher Bennett —el soltero más codiciado y hombre más bueno que el pan—, en mí, Ellie Hamilton, una chica que aún aprende su profesión, le gusta dormir y acurrucarse a leer o ver televisión? No parece una combinación natural.

—¿Me estás invitando a una cita? —le pregunto, incrédula.

—Sí, exactamente. —declara firmemente. ¿Una cita oficial con él? No me lo perdería por nada.

Pero, ¿cómo no verme tan desesperada por su atención? No quiero aceptar a la primera, pero tampoco quiero rechazarlo.

—Lo pensaré —le digo, con firmeza, no quiero titubear ni un segundo.

Lanza un largo suspiro y acerca mi mano a su boca.

—¿Cuándo me dirás tu respuesta? —pregunta, luego besa el dorso de mi mano.

—No lo sé. Supongo que tendrás que tener un poco de fe.

Sonríe burlón, pero acepta.

—Bien.

¿Bien?, ¿así nomás?

—¿Me acompañarías durante esta velada? —pregunta, sin darme oportunidad de responder. Me lo pienso un poco, luego respondo:

—De acuerdo. —respondo y sonrío en respuesta.

Me siento en la novena nube, pero, demonios, mi necesidad primaria es más importante que todo lo demás.

—¿Me permitirías un momento? —pregunto, con vergüenza. Me escabullo de Chris y entro al baño.

—Te espero aquí. —anuncia tras de mí. Estoy casi segura que está reprimiendo una carcajada.

Entro con rapidez y bastante sorprendida de mi propia agilidad y me encierro en un cubículo.



Caminamos fuera del pasillo de regreso a la fiesta. Llevo mis brazos cruzados sobre el pecho; no quiero tensar demasiado la situación entre Chris y yo si mi

mano, casualmente, toma la suya.

—Mira—Chris señala una mesa—, allá están mis padres.

Me tenso en el acto. No me cruzó por la cabeza que pensara en llevarme con sus padres. Estoy segura que me presentará como su cita y eso me pone de nervios. Me hace una señal y lo sigo hasta la mesa que se sitúa a unas cuantas de donde están mi tía, Holly y Scott.

Al llegar a la mesa, me doy cuenta de que los señores Bennett están acompañados de algunas personas que no reconozco, y mi madre.

—Buenas noches —anuncia Chris con su característico tono grave de voz. Reprimo una sonrisa al sentir el escalofrío que siento recorrer mi espina. Podría decir que incluso la sensación ya me es familiar. Sus padres se levantan para saludarlo mientras los demás sólo replican su saludo.

—Hijo, ¿estás bien? Tenemos varios días sin saber... —empieza Sophia pero guarda silencio al percatarse de mi presencia—. ¡Oh, Ellie! Qué agradable sorpresa volver a verte, cariño. —me dice al tiempo que me abraza y me da un beso en cada mejilla. El señor Bennett me saluda de la misma manera.

—Buenas noches, el gusto es mío —respondo con educación. ¡Madre de Dios! Siento que se me tensa el estómago al sentir la mano de Chris en mi espalda baja.

—Estaré acompañado por Ellie durante la velada. —anuncia Chris. De pronto me falta el aire.

Estás dramatizando demasiado, Eleanor.

—¡Qué bien! —comenta Sophia con emoción y un par de aplausos. Le dirige una mirada a su marido y este responde:

—Pásenlo bien chicos.

Chris hace ademán en dirigirme lejos de la mesa. Supongo que para no quedarse atrás, mi madre canturrea nuestras espaldas:

—Diviértete Eleanor.

Tomo una respiración profunda y, a conciencia, enlazo mi brazo con el de Chris. Frunce el ceño ante mi arrebato, pero ya está hecho.

—¿Qué sucede? —pregunta cuando nos alejamos.

—Nada —respondo con una sonrisa. No creo que sea adecuado comentar nada al respecto, y menos aún cuando apenas conozco al hombre—. ¿Me acompañarás en mi mesa?

—Claro —dice con una sonrisa de medio lado.

Calmada, Eleanor.

Caminamos hacia mi mesa. Echando un vistazo alrededor me doy cuenta de que algunas mujeres ven a Chris con cierto descaro mientras que a mí me dedican una mirada de repulsión. Es el efecto que causa el hombre que llevo del brazo; deseo y posesión.

Cuando llegamos a la mesa, capto las miradas de mi tía y Holly; ambas son de sorpresa, mientras que la de Scott es más de indiferencia.

Se levanta y se acerca a mí, ignorando a Chris.

—¿Podemos hablar? —pregunta en voz baja, luego mira a Chris—. A solas.

—Claro. —le respondo, confusa—. ¿Podrías darnos unos minutos? —le pregunto a Chris. Éste sin mostrar ninguna emoción responde:

—Por supuesto. —mira hacia algún punto en mi espalda—. Ya regreso.

Cuando está a una distancia considerable, hablo:

—¿Qué pasa Scott?

—No confío en él, Ellie. Hazte un favor y ni siquiera lo dejes entrar a tu vida.

Frunzo el ceño.

—¿Qué te pasa, Scott?, ¿por qué dices eso?

—Sé por qué lo digo. Te quiero, Ellie, eres mi mejor amiga, quiero lo mejor para ti.

—¿Lista, Ellie? —pregunta Chris a mis espaldas. Scott aprieta la mandíbula.

—Hablares después —me dice al oído. Se da la vuelta y camina de regreso al lado de Holly. Ésta levanta una ceja a modo de pregunta y yo me limito a encoger los hombros.

—¿Qué pasa con tu amigo? —murmura Chris con el ceño fruncido, mirando a Scott.

—Problemas de pareja entre él y mi amiga —se me da fatal mentir, pero, ¿qué más puedo decir? —. ¿Vamos a la mesa?

Nos acercamos a la mesa y tía Anne me mira con la ceja enarcada.

—Buenas noches —anuncia Chris—. Señora Wright, un gusto conocerla. Soy Christopher Bennett.

¿Cómo es que sabe el apellido de mi tía?

Estrecha su mano y ésta me mira con cara de «Te lo dije».

—Me alegra conocerte oficialmente. —responde mi tía. Abro mucho los

ojos, ¿acaso le insinuó que lo conoce por mí?

—Señorita Martin—le dice a Holly a modo de saludo.

—¡Chris, cuánto tiempo! —exclama con alegría. Chris se limita a sonreír.

Asiente la cabeza hacia Scott y éste le responde igual, pero no se dirige ninguna palabra.

Parece extraño, pero lo dejo pasar.

Nos sentamos junto a tía Anne y ésta al instante comienza a hacerle preguntas a Chris que él responde cordialmente. Ruedo los ojos ante la insistencia por saber más sobre él. Me parece que mi tía quiere valorar si el chico vale la pena para su sobrina.

La ceremonia empieza con la subasta de distintos artículos y viajes, donados por algunas personas que buscan beneficiar al hospital. Cuando todo finaliza, los camareros viajan a toda velocidad a través de las mesas sirviendo la cena. Minutos después, la música en vivo comienza.

Tras la cena, algunos invitados comienzan a congregarse en la pista del baile. El grupo invitado interpreta *The Way You Look Tonight*. Me agrada ese género musical.

De pronto, Chris se levanta y me ofrece su mano.

—¿Bailas conmigo? —su sonrisa es demasiado para mi corazón y, definitivamente, no puedo negarme. Tomo su mano y con una sonrisa, respondo:

—Encantada.

Su sonrisa se ensancha y tira de mí hacia la pista. Giro la cabeza para ver a nuestros acompañantes. Chris se disculpa por nuestra ausencia y mi tía responde que no hay problema.

Por supuesto que no lo hay.

Caminamos de la mano y cuando llegamos a la pista, Chris me toma con maestría en sus brazos, y comenzamos a bailar suavemente al compás de la música. Ríe cuando me suelta y me hace girar en mi misma, envolviéndome en mi propio brazo, para luego desenvolverme.

La canción termina entre aplausos. El maestro de ceremonias presenta a una cantante pop del momento para interpretar una balada. Comienza la canción en piano y Chris me toma de nuevo, al ritmo de la melodía. Me aferro a Chris y él también me aprieta contra sí.

Vaya, eso si no lo esperaba.

—¿En qué piensas? —susurra a mi oído. Trago saliva, ocultando mis

pensamientos.

—Me gusta la canción —le digo a su oído, con seguridad. Me separo un poco para verlo y noto sus ojos brillar. Sus manos se tensan sobre mi espalda y trago saliva nerviosamente mientras seguimos bailando en silencio. Chris llama mi atención cuando me obliga a mirarlo, levantando mi rostro con sus dedos.

—¿Qué me estás haciendo? —pregunta con voz ronca. Se acerca a mi cuello y aspira profundamente.

Dios.

—Creo que puedo preguntar lo mismo —respondo con voz temblorosa.

Levanta su rostro de mi cuello y sus labios se acercan a los míos. Los rozan con una suavidad embriagante. Mientras, logro con éxito sincronizar mis pies con los de él en un intento por no perder el paso ni la concentración. Me preparo para el beso, pero, lastimosamente, éste nunca llega.

Chris no me suelta la mirada, pero me niego a dar el primer paso. Creo que es demasiado rápido...

Cuando la canción termina, me abraza cuando los invitados comienzan a aplaudir. Apenas he podido procesar lo ocurrido cuando me toma de nuevo y bailamos la siguiente canción. *You're Still The One* suena por los altavoces.

Abrazada a Chris y siguiendo sus diestros pasos, en lo único que puedo pensar es en respirar y en concentrarme en no morir por las sensaciones que me inundan por completo.

Parece que todo pensamiento lógico ha abandonado mi mente. Jamás me había sentido tan deslumbrada por alguien, creo que mi cuerpo lo interpreta mal y realmente esto es solo atracción sexual.

Lanzo un profundo suspiro y miro por encima del hombro de Chris, hacia nuestra mesa.

No me sorprende ver a tía Anne y a Holly con una sonrisa de oreja a oreja. Seguro presenciaron el casi beso entre Chris y yo.

Cuando termina la canción, me suelto a regañadientes de Chris y éste me sonrío tan despreocupado que me contagia. Toma mi mano y nos dirige de nuevo a la mesa, donde Holly y Scott ya se despiden. Suelto su mano y lo veo dirigirse a otra parte.

Me acerco a mis amigos y los despido con un beso.

—¡Estuvo tan cerca!—exclama Holly en un susurro.

—Ni me digas, me muero de la vergüenza—le respondo. Scott se me

acerca y me da un fuerte abrazo.

—Ten cuidado, Ells—me susurra Scott, lanzándole una mirada rápida a Chris.

—No te preocupes, que ya sé cuidarme sola, chico. —le digo en tono de broma y me sonrío. Me da un beso en la mejilla. Se despiden ambos de tía Anne y se encaminan a la salida tomados de la mano.

Vaya, vaya.

—Creo que tu tía ya no está para éstas fiestas, Ellie —dice mi tía desde su silla.

—Claro que lo estás, pero debiste traer a una cita. ¿No hay un doctor que te mueva el tapete? —pregunto con una ceja enarcada.

—¡No, para nada! —responde con el ceño fruncido—. No necesito a un hombre que controle todos mis pasos. —replica con voz indignada. Ríe ante su comentario. Me giro para buscar a Chris y lo descubro hablando con una chica que no reconozco.

Siento una punzada de celos, pero la elimino al instante. El único “compromiso” que tiene, es ser mi pareja en ésta velada, nada más.

—Tía, será mejor que nos vayamos. Mis pies empiezan a doler por estos tacones—

La mujer se levanta, toma sus cosas y mi bolso. Camina hacia mí y me lo entrega.

—Vamos, Ellie. La verdad es que yo también estoy cansada.

Pienso en hacerle saber a Chris que me voy, pero está demasiado ocupado con la chica rubia de hace un momento. No quiero incomodar, así que decido irme sin más.

Tía Anne y yo nos disponemos a salir del Waldorf. Saco de mi pequeño bolso el celular y llamo a Joseph, avisándole que lo esperamos en la puerta.

—¿Por qué no te despediste de Christopher? —pregunta mi tía cuando cuelgo mientras caminamos a paso de tortuga por el enorme pasillo.

—Porque está ocupado, no quise interrumpirlo. —no puedo evitar sonar algo despechada, pero no me importa.

—Oh, Ellie. Si tú eras su cita de ésta noche, lo mínimo que podías hacer era decirle que te ibas.

—Por favor tía, camina más rápido. —le pido con un puchero. Sonrío y acelera el paso. Al llegar a la puerta, veo que Joseph ya espera detrás de tres carros más.

—¡Ellie! —escucho la voz de Chris a mis espaldas. Cierro los ojos con fuerza: mi plan de escape ha fallado. Nos detenemos. Tía Anne me hace un gesto para que voltee y me giro. Chris llega rápidamente después de algunas largas zancadas.

—¿Por qué te vas? —pregunta cuando nos alcanza. Hay confusión en sus ojos.

—Mi tía y yo ya estamos algo cansadas —le respondo con normalidad. Me levanto el vestido y sin pena alguna, me saco las zapatillas—. Vuelve a la fiesta, no te preocupes por mí—. Le sonrío antes de levantar mis zapatos.

Chris duda un poco antes de responder.

—Lo siento, Ellie. Tenía un asunto que arreglar.

—Como dije, no te preocupes. ¿Aún no te irás a tu casa? —pregunto con curiosidad, aun a sabiendas que no es de mi incumbencia

—No. Me quedaré un rato más.

Con la chica rubia. Se gira hacia atrás y, siguiendo su mirada, me doy cuenta de que ella lo espera.

—Disfruté mucho tu compañía esta noche. Gracias —forzo una sonrisa y camino hacia el coche tan rápido como puedo. Mi tía ya está arriba.

Joseph enciende el coche en cuanto escucha que cierro mi puerta. Chris se queda de pie y mientras lo miro, me doy cuenta de que tiene una luz sobre su cabeza y su semblante es sombrío. Levanto una mano y la agito en señal de despedida, pero éste sólo levanta su mano en respuesta. Su rostro permanece impassible.

Joseph acelera y una vez que Chris está fuera de mi campo de visión, me recargo en el asiento, suspirando profundamente.

—Ellie, lo has dejado ir con tu actitud. —me regaña tía Anne.

—Él nunca fue mío, tía. Sólo por esta noche, y como Cenicienta, mi vestido desaparecerá y mi carruaje se volverá calabaza. Adiós príncipe. —murmuro y no puedo ocultar mi frustración y dolor en esa corta frase.

Mi tía no agrega más y decido girar mi rostro hacia la ventanilla, mirando los enormes edificios que se levantan a mis pies, luces de coches y tiendas que aun no cierran.

La ciudad que nunca duerme.

Sé perfectamente que mi despedida fría ha marcado algo entre Chris y yo después de ese casi beso, pero creo que así será mejor. No creo estar dispuesta a embarcarme en otra relación al igual que con Jeff.

Pero hay algo que me cuesta admitirme, pero tengo que decir, al menos en mi mente:

Christopher Bennett siempre tendrá mujeres a su alrededor intentando llamar su atención, y odio reconocer que yo quiero ser la única que la tenga.

Holly tiene la última hora insistiendo en sacarme información sobre Chris y yo, y lo que ocurrió en la gala, pero sinceramente, quiero olvidarlo todo. Siento como si hubiese sido un tremendo error.

—¿De verdad tengo que hablar sobre ello? —me quejo, poniendo mi libro sobre mi estómago.

Estamos recostadas en una de las sillas alrededor de la alberca de mi casa. Hoy es sábado y el día hace un poco nublado, perfecto para leer al aire libre.

—*Of course!* Necesito saber detalles, Ellie. Es la primera vez desde que te conozco, que te pones como adolescente enamorada. Ni cuando íbamos en el instituto te conocí algún novio. ¡No puedes dejarme fuera de esto!

—Creo que exageras, Holly. No quiero dejarte fuera de esto, pero entiendo... No quiero saber nada de Chris ni tener que recordar lo que pasó el jueves. Creo que fue un error.

Levanto el libro y finjo leerlo.

—¿Por qué dices eso? ¿Te hizo algo el muy imbécil? Porque si es así, lo buscaré y le cortaré las...

—¡Holly! —la corto—. Simplemente entendí que no podemos intentar ser nada. Había olvidado que Christopher Bennett siempre está acompañado, así que no me necesita.

—¿Por qué estás tan segura? Tal vez está planeando el beso del siglo y tu dices esas cosas —responde, mientras se abanica el rostro con la mano.

—Es hombre. Seguro que ya se olvidó hasta de mi nombre. Vamos, no quiero sonar amargada, pero es la verdad.

¿Cierto?

—Un nombre tan lindo y una chica tan linda no se olvidan tan fácilmente —escucho decir a Scott. Holly y yo pegamos un grito del susto, y Holly sale disparada de la silla. En un parpadeo, ya está colgada como simio del cuello de Scott y ambos se besan salvajemente. Uff.

—Consíganse una habitación —grito, abanicándome el rostro como lo hizo Holly.

—Eso planeo hacer —responde Scott. Holly ríe y tras golpearlo en el brazo, salta de su posición para volver a la silla.

Miro a Holly con una ceja enarcada, necesito respuestas.

—Después —dice moviendo los labios y asiento levemente.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Scott.

—Digamos que cierta chica de cabello negro me dijo que estarían aquí y vine para hacerles compañía —responde Scott. Se sienta en la silla al lado derecho de Holly y ella estalla en carcajadas.

—Así que... ¿De qué hablaban? —pregunta Scott, curioso.

—Del casi beso de Ellie con Christopher Bennett —contesta Holly, emocionada. Scott frunce el ceño.

—No te fíes de él, Ellie. ¿Qué pasa con el idiota de Jeff?

Ruedo los ojos.

—Él y yo hemos terminado para siempre.

—Ya era hora, ese imbécil no merecía ni que le dieras la hora.

—Gracias Scott, ese consejo me sirve mucho en estos momentos —replico con sarcasmo.

—Como sea —comenta Holly—. Está bien que Chris tenga semblante de hombre arrogante dueño del mundo, pero no lo es. —sonríe al terminar.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunta Scott, profundizando su ceño. Holly le guiña el ojo con exageración.

—Es mi deber investigar. Si alguien será la posible pareja de mi mejor amiga, mínimo, tengo que ver si es buen tipo. —su excusa me parece de lo más estúpida y suelto una carcajada.

—No te rías, Ellie. Holly tiene instintos acosadores. —dice Scott, fingiendo temor. Holly le lanza su mirada asesina.

—El punto es que Ellie no quiere llamarle o mandarle un texto.

—Él es el que tiene que buscarme, Holly. No yo. No empieces a soltarme el mismo sermón de mi madre. Casi me ordenó que le besara los pies a Chris. —mi tono de voz revela la molestia por lo ocurrido con mi madre.

—¿Ella está en casa? —pregunta Holly. Sacudo la cabeza—. ¡Está loca, Ellie! Creo que de verdad planea casarte con Chris.

— ¡No lo digas ni en broma! —exclamo, horrorizada.

—Sabes bien que si se diera la oportunidad, no te negarías. —comenta mi amiga, alzando una ceja.

—Probablemente no, —bromeo—. Pero si mi madre organiza todo esto,

entonces si me negaré. Yo quiero casarme con alguien a quien ame...

Esa era la verdad, aunque Chris se estuviera metiendo bajo mi piel, no me casaría con él por obligación.

—Al paso que vamos, amarás a Christopher Bennett en un par de semanas —asegura Holly con la vista hacia arriba.

—El amor tiene que ser recíproco. Como el tuyo y Scott. —Ambos giran el rostro hacia mí y noto sus sonrojos—. No necesito explicaciones, pero estoy segura que ya están listos para casarse.

Sonrío. Scott se pone rojo y Holly empieza a reír. Me queda más claro que Holly no pretende tal cosa, pero podría apostar que a Scott si le pasó por la cabeza.

—Centrémonos en ti —dice Scott, poniendo su atención en mí—. Mira... Bennett fue un mujeriego cuando vivió en mi edificio en Londres. Las veces que lo veía salir, iba con una chica distinta. No creo que aquí sea diferente.

—Ni yo —respondo molesta—. Por favor, no quiero seguir hablando de él. Ya le dije a Holly que seguro no me extrañará. Y como dices, no creo que aquí no salga con una chica diferente cada noche. Yo no seré una más en su lista.

Les lanzo una última mirada para que no comenten más al respecto y continúo leyendo mi libro. Scott y Holly comienzan a platicar entre ellos, pero ya no les pongo atención.

Media hora después, Lena sale al jardín para avisarnos que la comida está lista. Holly y Scott caminan de la mano hacia la casa y los miro con una sonrisa. Definitivamente me alegro por ambos, pero siento pena por mí.

Más tarde, el cielo sigue igual de nublado. Holly y Scott se van a Dios sabrá dónde y decido ir a caminar a Central Park.



Aparco el coche y me agradezco por haber dejado una sombrilla en el maletero; tal parece que las nubes comenzarán a soltar agua en cualquier momento.

Veo caminar a un par de personas y a otras correr para resguardarse de la

lluvia que se aproxima. Llama mi atención un chico alto y algo delgado. Su cabello rizado luce esponjado por el clima húmedo. Siento ganas de pedirle que me deje tocar su cabello, pero contengo mis ganas y suelto una carcajada. Pensará que estoy loca.

Cuando llego al borde de Bow Bridge, mi celular comienza a vibrar y lo saco rápidamente. Cuando leo el nombre en la pantalla, mi corazón comienza a latir con fuerza.

Chris.

¿Respondo?, ¿dejo que salte el contestador?

Si le contesto, ¿qué le diré?

Sacudo la cabeza y contesto, sin soltar la sombrilla.

—¿Hola? —respondo con un hilo de voz.

—Ellie — dice aliviado—. ¿Dónde estás? —pregunta. Parece agitado.

—Eh... Estoy en Central Park. —respondo, dudosa.

—¿En qué parte? —exige saber.

—En... Bow bridge. ¿Qué sucede? —para cuando termino de hablar, él ya cortó la llamada.

Frunzo el ceño a la pantalla del celular. Lo guardo en el bolsillo y sigo caminando hasta llegar al centro del puente. Suspiro profundamente el aire a paz y lleno de humedad. Las nubes reunidas sobre mí me da una vista pacífica. Creo que en cualquier momento comenzará a llover.

Chris es todo un misterio. De pronto, siento ganas de saberlo todo de él. Definitivamente quiero conocerlo más pero... Temo que todo se vuelva demasiado intenso para mí. Me estoy volviendo adicta a él. Incluso podría catalogarlo como obsesión.

No sé cuánto tiempo ha pasado; media hora, quince minutos. Decido que ya es tiempo de que regrese a casa.

—Ellie —escucho una voz. Me sobresalto y me doy la media vuelta. Ahí está él.

Chris.

Dios, está aquí. ¡Está aquí! Se ve atormentado en su traje color gris con la corbata algo suelta y el cabello revuelto. Siento mariposas en el estómago. Me mira fijamente con una intensidad incómoda.

—¿Chris?, ¿qué haces aquí? —pregunto, sorprendida de encontrarlo ahí, y de que hubiese llegado tan rápido.

Está respirando con dificultad, como si hubiese corrido hasta acá.

—Lamento si te asusté, —inspira bruscamente, intentando tranquilizarte—. Fui a tu casa y tu tía me dijo que no te encontrabas por el momento. Necesito hablar contigo.

—No debiste tomarte tantas molestias para buscarme —le digo, incómoda por la situación—. El celular hubiese servido bien, sé que estás ocupado y...

—Prefiero hablar cara a cara —me interrumpe—. En especial, contigo. Me priva de ver tu rostro y tus gestos.

Me tenso al instante. ¿Cómo se supone que debo tomar esa declaración?

Se acerca a paso lento. Cuando llega hasta mi, levanta suavemente mi rostro con sus dedos hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Nunca sé lo que piensas Eleanor Hamilton. Necesito verte para ver si logro descifrarte...

¿Descifrarme?

—No creo que necesites descifrarme, Chris.

Sonríe.

—Me gusta que me digas así.

¿Es que acaso nadie usó ese diminutivo con él?

—De igual forma—cambio de tema—, creo que debiste al menos avisarme que querías verme y no seguirme como acosador. Casi me matas de un susto.

—Ya te pedí disculpas. ¿Podemos hablar?

Frunzo el ceño.

—¿Aquí?

Sonríe de nuevo.

—Sí. Aprovechemos el tiempo —dice, acercándose más a mí. Me quita la sombrilla y la usa para cubrirnos a ambos—. Lamento haberte dejado en la fiesta... Tenía que encontrarme con alguien.

Me tenso inmediatamente. No creo que sean necesarias sus disculpas.

—No te preocupes, Chris. Realmente no tienes nada de qué lamentarte. La noche fue... Interesante, según recuerdo.

—Eras mi cita. Te debo una explicación y...

—No es así. —lo interrumpo—. De verdad, no es necesario. —sonrío.

—Esa era Jessica Payne. Una amiga de la infancia. —suelta sin más.

—Ah. Oh. —logro decir.

—Sí... Oh, —responde imitándome al tiempo que me rodea con sus largos brazos y me pega a su cuerpo.

—¿Qué haces? —pregunto nerviosa—. Creí que íbamos a hablar.

—Sí, pero ahora me apetece disfrutar de tu compañía —dice con una sonrisa.

Aprieto los labios para contener un grito. Dios, mi corazón late demasiado rápido, latidos fuertes que me recuerdan que no estoy en el cielo, estoy viva, en la tierra, y éste hombre sexy me tiene abrazada.

Santa madre.

—¿Qué es lo que realmente quieres, Chris? —pregunto, armándome de valor.

No estoy segura que quiera saber la respuesta.

—Un momento de paz al lado de una chica agradable —responde, sin más.

Guardo silencio, intentando controlar mis pensamientos, pero éstos son más fuertes que yo.

Creo que esto es extraño, él y yo no nos conocemos.

—¿No crees que vas demasiado rápido? —pregunto, incómoda.

—¿No es lo que deseabas? —me dice, guiñándome el ojo. Imbécil.

—Vete al infierno —me suelto de su abrazo y camino lejos de él. Es tiempo de irme, ya.

—Prefiero ir al paraíso. Y si no te importa, me gustaría que me acompañaras —dice a mi espalda. Escucho pasos tras de mí y siento que me detiene por el brazo—. Mañana a las 8 pasaré por ti e iremos a cenar. —añade en tono autoritario. Giro mi rostro hacia él.

—No hagas planes por mí, Chris —suelta mi brazo—. ¿Y qué si tengo algo que hacer?

—Lo cancelarás —se encoge de hombros.

—Claro... —digo sarcásticamente. Mentiría si dijera que no quiero ir a esa cita, pero si la quiere, tendrá que esforzarse más—. Lo siento, Chris. Pero no puedo, tengo planes con Holly y Scott y no los puedo aplazar —miento. Seguro los convengo de hacer algo de última hora.

—No es verdad, ¿entiendes porque me gusta verte? Sé cuando mientes, Ellie. El jueves, cuando te despediste de mí. No eras sincera. Tu sonrisa no hizo que tus ojos brillaran. —responde. Hago memoria para tratar de recordar que le dije en ese momento.

Disfruté mucho tu compañía esta noche. Gracias.

Mi gesto. Sé que le lancé mi sonrisa artificial, pero me sorprende que él lo haya descubierto. Aun así, me niego a darle la razón.

—Claro que no, Chris. Y mira... Lamento si te molestó lo que dije, pero

sólo fuimos compañeros durante la noche. No entiendo porqué tanto alboroto —respondo indiferente. Su gesto se contrae y en un milisegundo vuelve a su estado normal. Doy un paso atrás, intentando poner distancia entre los dos. Siento la tensión en el aire y éste comienza a faltarme.

—No me interesa lo demás. Sólo quería aclarar un punto. Mañana. A las ocho. Iré por ti.

Su voz es de un tono más grave y al escucharlo, los vellos de mis brazos se erizan. Dios... Este hombre me está volviendo loca tan solo con su voz. ¿Cómo será tener sus manos sobre todo mi cuerpo?

Aleja ese pensamiento de tu mente, Eleanor.

Da un paso hacia mí sin llegar a tocarme. Me falta más el aire al sentir su proximidad

—Maldita sea, Chris. Tengo una vida, no todo gira a tu alrededor —me quejo. Su rostro está tan cerca del mío que puedo oler el ligero toque a tabaco que despide.

—Lo sé —responde, sin dejar de mirarme a los ojos—, pero quiero que tu vida gire a mí alrededor. Te quiero para mí, Ellie Hamilton —susurra a mi oído y se me estremece todo el cuerpo al escuchar sus palabras. ¿Escuché bien?

El cielo lanza un fuerte trueno y me sobresalto.

—Vamos. Te llevaré a tu casa —murmura. Toma mi mano y entrelaza los dedos entre los míos, una pequeña corriente eléctrica se desliza por mis venas con ese ligero toque que sigue ahí. Me suelto como si su mano me hubiese quemado.

—Ya has hecho suficiente. Iré a mi coche y trataré de tener algo de paz. Mañana nos veremos, entonces —respondo firme. Un rayo enorme cae cerca y grito. Chris toma mi mano de nuevo y camina en sentido contrario al que se supone que yo me dirijo.

—De acuerdo. Iré contigo, dame las llaves del coche y llévame hacia él.

Estoy a punto de protestar pero accedo. Le entrego las llaves y lo guío hacia donde recuerdo haber dejado el coche. Salir de Central Park es algo tardado, pero tan pronto como le señalo mi coche, la lluvia comienza a caer. Chris desactiva la alarma y me abre la puerta.

—Muy lindo —comenta, refiriéndose al coche.

—Gracias.

Subo al coche y Chris cierra la puerta tras de mí. Sube al asiento del piloto

y antes de encender el coche, saca el celular del bolsillo de su chaqueta, presiona la pantalla y lo pone en su oído.

—Ben, me desviaré, nos vemos en la casa de los Hamilton. —espera a escuchar la respuesta y cuelga.

—¿La gente está acostumbrada a obedecerte, cierto?

—No todos. —me mira a los ojos y enarca una ceja. Ruedo los ojos y fijo la vista al frente.

Enciende el coche y salimos suavemente del lugar de aparcamiento hacia mi casa. El viaje es silencioso, a excepción de la música que se reproduce a través de mi celular.

Dios, cada vez me siento más tensa. Miro de reojo a Chris y sonrío al verlo mover los labios, cantando en silencio con su típica cara seria. Vuelvo mi mirada a la ventanilla y suspiro profundamente para no reír. Definitivamente éste hombre era una caja de sorpresas y yo quiero ser la privilegiada para abrirla y descubrir su contenido.



—Llegamos —murmura Chris. Me sobresalto por al escuchar su voz. Caigo en cuenta de que me quedé dormida en el camino.

—Gracias —respondo mientras abro la puerta del coche. Salgo y miro a mi alrededor, ubico el lugar como el garaje de mi casa.

—¿Sabes? Pudiste ir a tu casa y de ahí yo regresaba con mi coche —comento, escuchando como la lluvia cae con fuerza.

—No. Afuera llueve a cántaros. No iba a dejar que condujeras con esta lluvia.

Ruedo los ojos.

—¿Insinúas que no soy capaz? —pregunto provocándolo. Su gesto permanece impassible.

—Eso fue solo para mi propia tranquilidad —responde. Parece demasiado estúpido esperar a su chofer en el garaje, así que lo invito a pasar a mi casa.

El lugar está desierto y casi agradezco a toda la corte celestial. No quiero ni necesito preguntas de mi familia sobre Chris. Obviamente éste no iba a ser

mi día de suerte. Casualmente, mi madre se encuentra en casa y cuando escucha el ruido, baja como rayo. Supongo que ya ha visto algo por la ventana.

—¡Oh, Christopher, que alegría tenerte aquí! —exclama mi madre con su típico tono falso de efusividad. Chris le lanza una sonrisa forzada y responde:

—Gracias, señora —me giro para verlo y sus ojos están puestos en mí. Me tensó y abandono su mirada para centrarme en mi madre.

—Pasa y ponte cómodo. Eleanor, trae algo de beber para Christopher.

—¿Y Lena? —pregunto. Es extraño, siempre sale a recibirme. Mi madre me lanza una mirada que petrificaría a cualquiera. *No a mí*. Miro de reojo a Chris y noto que mira a mi madre con el ceño fruncido. Bien, por lo menos se da cuenta de cómo es ella realmente.

—Te acompañaré, Ellie. —dice Chris. Toma mi mano y lo dirijo a la cocina, dejando a mi madre sola en la sala de estar.

—¿Sucede algo? —pregunta él a mi espalda. No me había dado cuenta que me había quedado congelada viendo las manecillas del reloj caminar hasta que Chris me habló. Me giro para verlo.

—Todo bien —respondo con una leve sonrisa. Camino al lavatrastos y tomo un vaso de cristal. Me dirijo al refrigerador y le sirvo agua fresca. Bebo un trago largo; Dios, ¡qué alivio!

—¡Disculpa!, ¿quieres agua? —le pregunto, avergonzada por no haberle ofrecido.

Asiente con la cabeza y me mira divertido como repito el proceso.

Bebe el agua de tres tragos largos. Dios, ¿cómo es que se puede ver sexy hasta haciendo algo tan mundano?

—Gracias —responde tendiéndome el vaso. Lo dejo en la encimera que está en el centro de la cocina y me siento en un taburete frente a él. Chris me imita y me mira con curiosidad.

—¿Debo suponer que no tienes buena relación con tu madre? —pregunta de la nada. Pienso por unos minutos mi respuesta.

—No desde que papá murió. Creo que ni siquiera entonces.

Un estruendo me sobresalta. Un relámpago, tal vez. Frunzo el ceño y me levanto, caminando en dirección a la ventana que da al frente de la casa. Me cruzo de brazos y admiro el paisaje.

—Entiendo —murmura Chris a mi espalda. Lo escucho caminar hacia mi y de nuevo, esa sensación de emoción llena mi torrente sanguíneo—. No quiero irme—declara.

Vaya. Doy gracias que le estoy dando la espalda. ¿Cómo que no quiere irse? De nuevo, ¿cómo se supone que tome eso?

—¿Por qué? —pregunto nerviosa.

—No lo sé —suspira—, siento la necesidad de estar cerca de ti, Ellie.

Cierro los ojos y saboreo cada palabra que pronuncia.

—¿Quieres quedarte? —pregunto, cerrando los ojos y dándome un golpe mental.

Maldita sea, Eleanor. Estás jugando con fuego.

—¿Puedo? —escucho la curiosidad en su voz.

—¿Por qué no podrías? —pregunto, dándome la vuelta. Lo encuentro mirándome con una sonrisa.

—No creo que sea correcto.

Inmediatamente entro en confusión.

—¿Por qué?

Suspira.

—Siendo sincero, creo que soy peligroso para ambos.

Asiento con la cabeza y ésta comienza a dolerme. Este hombre me confunde.

—Entonces la puerta está abierta para que te vayas si es cierto que eres tan peligroso. Dime, ¿qué es lo peor que pudiese pasar?

Se queda pensativo un momento.

—Que te enamoraras de mí.

Medito su respuesta. ¿Será tarde para mí? Es cierto, no negaré que la atracción entre nosotros es muy fuerte, pero creo que solo es eso. Algo físico.

—A sabiendas de lo que piensas, creo que eso no ocurrirá nunca —me alejo de su cercanía en dirección a la puerta.

—Ellie... —lo escucho decir a mi espalda.

—Chris, creo que estás subestimando mi capacidad de tener una relación amistosa o con derecho a roce. En todo caso, creo que tú eres el que corre más peligro —llego a la puerta y la abro, quedando frente a él.

—¿Por qué lo dices?

—Tal vez lo peor que pudiera pasar es que *tú* te enamores de mí.

Abre los ojos con sorpresa, y esboza una sonrisa.

Afuera llueve a cántaros. Hay un coche esperando en el porche, supongo que es el chofer de Chris. Me mira con intensidad y le sostengo la mirada. No voy a permitir que tenga en su mente una imagen mía de una chica débil.

—Adiós, Ellie.

Se aleja de mi y corre hacia el coche, subiendo en él. Seguido, sale a toda velocidad fuera de mi casa.

Y tal vez, fuera de mi vida.

Han pasado dos semanas desde la gala y lo ocurrido con Chris. Me parece un poco tonto clasificar mi tiempo como «*Han pasado catorce días desde que vi a Chris*», ó «*Han pasado catorce días desde el casi beso entre Chris y yo*».

Chris despierta en mí un sentimiento de posesión y deseo que nunca creí que llegaría a sentir. Pero pronto la pregunta regresa, ¿Cuánto tiempo podré tenerlo a mi lado?

Suspiro profundamente al recordar sus palabras...

Siendo sincero, creo que soy peligroso para ambos.

¿A qué se refiere? Llego a pensar que incluso esté considerando una relación física conmigo, sobre todo desde que aclaró que él es peligroso para ambos. Como si nos fuera a poner en peligro. ¿Peligro de enamorarse?

Quizá estoy lista para tener un romance. Nunca se sabe.

Mi celular timbrando interrumpe mis pensamientos. Me inclino hacia la mesilla y desconecto el cable del cargador del aparato. Frunzo el ceño al ver el nombre de Holly. Qué raro, ya es media noche.

—¿Holly? ¿Qué sucede?

—Scott —dice entre sollozos.

—¿Qué pasa con él? —mi corazón amenaza con salirse de mi pecho.

—Ellie... Ven por favor. Tienes que venir —comienza a llorar. En ése momento me entra el pánico. Salgo de la cama de golpe y le saco la información del lugar como puedo.

Tomo la primera blusa que encuentro y unos pantalones, después mi bolsa y el celular. Dejo un mensaje a tía Anne antes que todo. Abro la puerta y salgo en silencio por el pasillo hacia las escaleras, esperando que nadie se percate de mi ausencia.



Cuando llego al hospital que Holly me indica, pregunto inmediatamente por Scott; la enfermera dice que tuvieron que sedar a la chica que lo acompañaba, puesto que había tenido un desmayo por los nervios. A partir de ese momento comienzo a mordisquearme las uñas. Holly siempre se ha caracterizado por su personalidad efusiva, pero cuando se encuentra en un momento de presión, tiende a entrar en pánico.

Mientras la enfermera me guía hasta donde se encuentra Holly, me informa que Scott fue apuñalado dos veces en el abdomen. Al parecer, las heridas no fueron tan profundas, pero bastante efectivas como para que Scott cayera inconsciente con una pérdida importante de sangre.

¿Qué ocurrió realmente?

Holly fue puesta en una camilla fuera del cuarto de Scott. Está dormida. Se ve cansada con el rostro hinchado. Un zurco de lágrimas ilumina parte de su rostro por la humedad. Mi corazón se rompe un poco más al darme cuenta de que ambos pudieron haber muerto mientras yo pensaba en Chris.

Aprovecho y hablo con los padres de Holly quienes me avisan que ella los había llamado antes. Tomo asiento a su lado y tomo su mano mientras tomo aire lo más profundo que puedo. Me viene a la mente todas esas veces en las que Scott nos defendió a Holly y a mí de los niños abusivos. La imagen me provoca lágrimas incontrolables mientras sostengo la mano de una Holly inconsciente.



—¿Ellie? Despierta, cariño.

La voz de tía me hace abrir los ojos de golpe. Me desperezco un poco sólo para darme cuenta de que el cuello y la espalda me duelen por la posición en la que me quedé dormida. Levanto la vista y veo que Holly ya no está.

Miro a mi tía con gesto interrogante.

—Leí tu mensaje, ¿estás bien? Holly está con sus papás.

Parpadeo varias veces al mirar la claridad con la que el sol ilumina las ventanas del hospital.

—Estoy bien, tía. Gracias por venir. ¿Me acompañas? Iré a buscar a Holly.

Asiente con la cabeza.

Me estiro un poco de camino a la sala de estar; al llegar me encuentro con los padres de Holly y Scott. Quienes me atraen a un cálido abrazo. Aun con Scott en el hospital y Holly recuperándose de un ataque de pánico, los cuatro tienen una mirada tan cálida que sólo había conocido de tía Anne y mi padre

—Sabemos lo que Scott significa para ti y para Holly —dice la madre de Scott. Toma mi mano derecha entre las suyas—, todo estará bien. Los doctores acaban de avisarnos que Scott dormía debido a la anestesia que tuvieron que ponerle para poder suturar las heridas.

—Gracias a la corte celestial que todo está bien—les digo—, iré a ver a Scott antes que todo.

Todos asienten con la cabeza y me permiten entrar a la habitación.

El cuarto impoluto me parece un poco sobrio para Scott. Considerando que es un hospital, poca importancia debería de darme. Me acerco y lo examino; parece algo pálido, pero sigue siendo él. Elevo una plegaria de agradecimiento y le doy un beso en la frente a mi amigo, prometiéndole en voz baja que regresaré a verlo.

Salgo de la habitación para encontrar a Holly.

—Aquí estoy, Holls. —le digo en cuanto la veo.

—Ellie. Oh, Dios. Todo fue...

Me acerco a ella y me da un enorme abrazo.

—Tranquila, todo está bien. ¿Ya te han dicho las nuevas? —Holly asiente con la cabeza y lágrimas cubren su rostro.

—Estaba tan aterrada...

—No quiero forzarte a recordarlo —la corto

Frunce los labios y mira un punto en la nada. Suspira.

—Salimos de cenar. Ya íbamos de regreso al coche cuando unos hombres se nos acercaron. Entré en pánico, pero intenté mostrarme tranquila por él. Sin embargo... —hace una pausa—. Los hombres querían el dinero y ninguno de los dos traíamos efectivo encima. Amenazaron con llevarme y comenzaron a tocarme de forma horrenda, ¡horrenda! Scott se enfureció, me pareció una persona distinta. Golpeó a uno de esos idiotas para que me soltara, pero no contaba con que el otro le haría daño, y así fue.

Suspiro. No imagino por lo que Holly debió de haber pasado.

—Luego de eso, llamé a la ambulancia. Scott no respondía y había mucha sangre, fue horrible, Ellie —llora de nuevo.

—Tranquila, él está bien. No hay de qué preocuparse ahora —la calmo. Asiente con la cabeza.

—Anda tú, vete de aquí. Descansa en mi nombre —me dice, limpiándose las lágrimas. Me da un último abrazo y camino por el pasillo a reunirme con mi tía.

—Nos vamos —declaro al encontrarla. Su mirada me examina cuidadosamente—. Estoy bien, tía. Ahora lo que me apetece es irme y creo que a ti también te haría bien.

—De acuerdo, vamos Ellie. —se levanta y tras despedirnos de los padres de Scott, caminamos fuera del hospital.

Al llegar al coche, noto que dejé el celular. Lo tomo. Pulso el botón superior para que la pantalla se encienda y me sorprende lo que veo.

11 llamadas perdidas de Chris

Frunzo el ceño. ¿Qué querrá?

—¿Qué sucede, Ellie? —pregunta mi tía, asustada.

—Chris me ha llamado once veces.

—Oh —responde. Si... *Oh*.

El celular comienza a vibrar en mi mano. Es él.

El estómago se me encoje, le dirijo una mirada a mi tía y ésta asiente con la cabeza. Trago saliva y deslizo mi dedo tembloroso por la pantalla para responder.

—¿Hola?

—Ellie, gracias al cielo —dice por el auricular. Suena aliviado—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Escuché que había pasado algo con tu amigo.

—Sí, pero ya está mejor, gracias por preocuparte.

Se queda en silencio un momento. Mi tía me mira con el ceño fruncido.

—Está bien... Hasta después.

Y cuelga.

—¿Qué ha sido eso? —digo más para mí misma.

Aún no me queda claro que necesito olvidarlo, creo que éste es un recordatorio. Pensar en él me distrae, pero hay una cosa que está más clara que el agua.

Si sigo así, tal vez termine enamorada, y lo que es peor: Con el corazón roto.

13

Lo que resta del día lo paso durmiendo y pensando en lo que ocurrió con Scott, intentando sacarme de la cabeza a Chris y su llamada tan extraña, pero me es imposible.

¿Por qué mi vida ahora se ve reducida a ese hombre que nada aporta a mi salud mental? Al contrario, comienzo a creer que quiere volverme loca, y tal vez, sólo tal vez, lo esté consiguiendo.

Cuando por fin consigo despegarme de la cama después de una siesta, lo hago para entrar a la ducha y después, comer algo y regresar al hospital a ver a Scott.

Intento mantener mi mente en blanco, pero no puedo. Mi preocupación por Scott, sumada a mi muy absoluta obsesión con Chris Bennett provoca que me sea casi imposible dejar de pensar en uno o en otro. Recuerdo una vez que mi padre me dijo que pensaba demasiado las cosas y que a la larga me iba a traer problemas. Creo que se refería precisamente a estos.



Mi celular comienza a vibrar en la mesa de noche. Me levanto y lo alcanzo creyendo que es Holly, pero no. De nuevo, es Chris.

El hombre que no me ha dejado pensar si quiera en cuando me viene la regla.

—¿Hola?

—Ellie, yo... Necesito verte —declara.

—¿Qué?

—Llegaré en un momento —y cuelga.

Inhala, exhala.

Me repito ese mantra tantas veces como puedo. Me quito el pijama y me

pongo lo primero que encuentro en mi clóset que esté cómodo.

Termino de peinarme el cabello, aún nerviosa. ¿Qué es lo que quiere?

Tras unos minutos de paz, escucho que tocan la puerta.

—¿Ellie? —pregunta Lena desde el quicio de la puerta.

—¿Qué pasa? —sé perfectamente qué ocurre, pero quiero oírla decirlo.

—Chris Bennett está abajo, ha dicho que necesita verte.

—Ya bajo yo Lena, por favor, avísale —le digo en tono despreocupado.

—De acuerdo, linda. —cierra la puerta de mi habitación y de nuevo, practico el mantra de relajación que necesito.

Cuando logro reunir toda la fuerza que puedo para no caer tan fácilmente en sus redes, me permito salir de la habitación y dirigirme a la sala de estar.

Al llegar, Chris está sentado con una copa de líquido ambarino entre sus manos. Parece absorto en sus pensamientos porque no se da cuenta de mi presencia de inmediato. Da un trago y pasa una mano por su cabello con la mirada hacia el ventanal. El día está nublado.

Incapaz de ignorar su presencia por más tiempo, tomo aire y me escucha. Se levanta, dejando el vaso en la mesa del centro. Me mira el cuerpo sin pena. No puedo evitar sonrojarme un poco.

—Chris —logro decir después de unos minutos—. ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí?

Me toma por sorpresa, abrazándome y hundiendo mi rostro en su pecho. Huele maravilloso.

—Necesitaba sentirte cerca y saber que estás bien —admite. Me suelta lo suficiente para poder ver su rostro. Parece algo cansado—. Me enteré lo de tu amigo, ¿está bien?

—Sí —respondo, casi de inmediato—. Creí que lo habíamos perdido. Fue terrible.

Nos guía al sillón mientras le cuento lo ocurrido y me sorprende su actitud después de haberme dicho que su cercanía era peligrosa para ambos. Creo que ya no debería esperar nada de él, siempre me sorprende con todo lo contrario.

—¿Puedo quedarme otro rato? —me pregunta. Asiento con la cabeza y me ofrezco a mostrarle el resto de la casa.

Vamos al vivero, la oficina de mi padre, la casa de Billy, el patio trasero y la biblioteca.

Pronto oscurece. Pienso en regresar al hospital pero tras enviarle un mensaje, Holly me asegura que no hace falta que vaya.

Llega la hora de despedirnos y siento un agujero en el pecho. Lena invita a Chris a cenar pero él la rechaza con educación.

Mientras hablan recuerdo todas las veces en las que puse atención suficiente a su rostro; en cómo me veía genuinamente interesado en lo que tenía para contarle, además de su sonrisa torcida y el suave roce ocasional de nuestras manos.

Suena infantil, pero me hizo sentir mariposas en la barriga.

Al llegar a la puerta, salimos al rellano y la cierro tras de nosotros. Analizo su rostro y me doy cuenta de que su preocupación se ha ido. Me sonrío y siento mi interior derretirse.

—Fue una agradable tarde. Muchas gracias por tus atenciones —toma mi mano derecha y besa el dorso cual caballero.

—Gracias a ti por la visita —respondo con una sonrisa. No suelta mi mano y me mira fijo a los ojos.

Acerca su rostro al mío hasta que nuestras narices se rozan ligeramente e inspira profundo.

Luego, me besa.

¡Al fin me besa!

Deslizo mi mano izquierda por su pecho hasta llegar a la nuca, tirando de él hacia mí. Nuestras respiraciones se agitan y en ese momento sé que debemos parar.

A regañadientes me suelta y me dedica una sonrisa de oreja a oreja.

—Disculpa, no lo pude evitar —murmura, alejándose de mí, como si no confiara en si mismo.

—Lo deseaba, no tienes por qué disculparte.

Sus ojos brillan maliciosos al escuchar mis palabras. Suspira.

—Quizá después podamos ir *más a fondo*. —sonrío inocente y le sigo la corriente.

—Lo esperaré *ansiosa*.

Sonríe de nuevo y tras robarme otro beso, se va.

Me toma todo el camino a mi habitación darme cuenta de que todo eso fue real.

Ahora podré usar la frase «*Hace dos minutos desde que besé a Chris*».



A mitad de la noche, mi celular empieza a emitir una vibración molesta que me hace querer lanzarlo lejos. Me desperezó un poco y veo que Chris vuelve a llamarme.

Es de madrugada. ¿Qué demonios?

—¿Chris? ¿Ocurre algo?

Escucho un suspiro.

—Ellie, estoy fuera, por favor, déjame entrar.

—¿Pasa algo? —respondo, mientras salgo a hurtadillas de mi habitación.

—Sólo... Abre, por favor.

Cuelgo la llamada al llegar a la puerta principal. Echo un vistazo por la mirilla y lo veo ahí de pie con ropa deportiva. La abro y su mirada se enciende.

—Ellie...

—¡Ssh! Entra y sube las escaleras, ya voy yo.

Hace lo que le digo en silencio. Cierro la puerta y lo guío hasta mi habitación. Ya ahí, me mira y pronto siento como mi cuerpo comienza a calentarse.

—Ellie... —dice frente a mí. Se acerca a paso lento, pero decidido—. Sé que probablemente pienses que estoy loco, pero de verdad, de verdad, te necesito.

Me toma la mano y me jala hacia él. Cuando estoy pegada a su cuerpo, Dios, puedo notar qué tanto me necesita y me pongo nerviosa de sólo pensar en lo que sigue.

Me acerca a la cama y me recuesta sobre ella, para luego colocarse sobre mí. Lo hace tan rápido que ni siquiera tengo tiempo para respirar, y a pesar de eso, no hago ningún intento para alejarlo.

Estoy perdida.

—Chris, ¿qué haces? —le pregunto, con los ojos muy abiertos. Se limita a mirarme con una intensidad que, si estuviera de pie, seguro haría que se me doblaran las rodillas. Busca en mi mirada aprobación, pero no tengo qué aprobar nada. Estoy más que dispuesta a recibir lo que viene.

Me besa. Su necesidad se ve reflejada en la intensidad de su beso. De

alguna manera que no puedo explicar, me hace sentir deseada. Me sobresalto cuando empieza a recorrer lentamente una de sus manos por uno de mis costados; desde los hombros hasta mi cadera.

Consigo sacar mis brazos de su aprisionamiento entre su pecho y el mío para acariciarlo también. *Santa madre.*

El deseo comienza a extenderse por mi piel cuando Chris levanta mi blusa hasta descubrir mi estómago. Recorre sus dedos por él, dejando tras de sí suaves caricias de fuego. Lo deseo, aquí y ahora.

—Te necesito —gruñe contra mis labios. Baja sus manos lentamente hasta mi pantalón, deslizándolo por mis piernas.

Diablos.

¿Estoy preparada para entregarme a él?

Estoy tan jodidamente lista. Al diablo con lo demás. A Chris lo deseo ahora mismo y si me niego, estaría cometiendo un terrible error.

Levanto mis caderas lo poco que puedo con su peso sobre mí y lo ayudo a sacarme el pantalón. Abro los ojos y me encuentro con su mirada abrasadora y sensual mientras me acaricia las piernas. Un gemido se escapa de mis labios sin que pueda detenerlo, y realmente, no es como si quisiera ser prudente en éste momento.

Me concentro en su mirada. Me quito velozmente mi ropa interior hasta que estoy desnuda sobre la cama.

—Eres hermosa —susurra con la voz grave.

En ningún momento me suelta la mirada mientras se deshace de su ropa. Se saca la playera, para dejar en vista su bien trabajado torso. Contengo un gemido al disfrutar de la maravillosa vista que me obsequia. Puedo ver claramente cómo su pecho sube y baja por la respiración agitada. Sus ojos no han dejado los míos.

¿Realmente estoy a punto de tener sexo con Christopher Bennett?

—¿Si? —pregunta, como si me estuviera leyendo la mente.

—Sí —aseguro. Lanza un gemido de aprobación. Enrosco mis piernas sobre sus caderas, lo que hace que sienta aun más el bulto que sobresale de su entrepierna. Casi grito de placer al sentir la tela del pantalón frotarse contra mí.

Esto es una locura. Él me va a volver loca de verdad.

—Más —gimo contra sus labios. Se frota de nuevo contra mí y disfruto de las sensaciones.

—Ellie.... —murmura contra mis labios.

—¡Hazlo ya! —exclamo, desesperada.

Al segundo se deshace de su pantalón y rebusca entre los bolsillos: un condón.

Lo miro con una ceja enarcada.

—Uno siempre tiene esperanzas —murmura mientras lo abre y desliza a lo largo de su miembro. Luego, lo frota en mi entrada.

Dios, voy a explotar en cualquier momento.

—Ellie... —murmura contra mi cuello y de una estocada, se adentra en mí. Grito de la sorpresa y del dolor sordo que siento.

—Oh, por Dios. —gimo. Espera unos segundos a que me acostumbre a su invasión mientras riega besos dulces desde la base de mi garganta hasta uno de mis pechos. Gimo de nuevo.

Sisea entre dientes cuando comienza a entrar y salir con una lentitud enloquecedora. Llevo mis manos hasta su cabello y lo revuelvo ligeramente. Sofoco un grito cuando sostiene uno de mis pezones entre sus dientes y tira de él suavemente, provocando que comience a acumularse una tensión casi insoportable en mi vientre.

—Oh, más rápido, por favor. —ruego. Sonríe contra mi pecho y sus arremetidas comienzan a ser más rápidas. Levanto su rostro y lo inclino hacia mí para devorar sus labios.

—¡Ah! —grito cuando muerde mi pezón con fuerza. Tenso mis piernas alrededor de su cintura con más fuerza y siento como entra más profundamente en mí. *Oh. Dios. Santo.*

Chris acerca una de sus manos al punto en el que nuestros cuerpos se unen y acaricia mi pequeño bulto.

—Vamos, dámelo —gruñe entre dientes. En ese momento mi cuerpo se convierte en su esclavo; el placer explota en mi interior con una contundencia asombrosa, haciéndome ver miles de estrellas. Lanzo un grito que Chris sofoca con sus labios. Con tres empujes más, Chris gruñe contra mi cuello.

Estoy deliciosamente perdida en él.

Cuando la nubosidad se esfuma, me encuentro con Chris, sonriéndome de oreja a oreja. ¿Podría ser aun más atractivo? No lo creía posible, pero ahora, después de esto, me parece más hermoso que antes.

—Hola —murmura. Me da un beso en la nariz y hunde su cara en mi cuello, inhalando profundamente.

—Hola —respondo con voz ronca. Carraspeo la garganta y Chris me abraza más fuerte contra sí. Aún sigue dentro de mí.

—Podría decirse que ahora me perteneces, Ellie Hamilton. —declara contra mi cuello.

Al darse cuenta que no respondo, levanta la mirada.

—De todas maneras no te lo estoy preguntando —me besa en los labios y muerde ligeramente mi labio inferior.

Me río ante sus palabras. Jamás me había planteado la posibilidad de pertenecer a alguien, y no en el sentido literal de la palabra. Esa palabra para mí significa rendición y entrega total hacia la otra persona. Suena algo muy fuerte, algo que solamente haría una Ellie enamorada. Pero no estoy enamorada, ¿verdad?

Chris sale con cuidado de mí y se da cuenta de la mueca de dolor que hago. Revisa la cama sospechosamente y río para mis adentros.

Se recuesta a mi lado, pegándome contra él hasta que mi espalda casi se funde en su pecho. Suspira profundamente.

—¿Sucede algo? —le pregunto.

—No. Ha sido... Fantástico.

Santa madre, Chris piensa que fue fantástico. Lo imagino como un dios del sexo nunca satisfecho por las mujeres que lo rodean. El que me diga eso me hace sentir muy poderosa.

—Yo también pienso lo mismo —confieso.

Coloca sus manos en la curva de mi cadera.

—¿Te importa si me quedo? —pregunta en mi oído.

—Ya lo daba por hecho —respondo.

—Bien —besa mi cabeza e inhala profundamente—. Me encanta tu olor.

—Creo que puedo decir lo mismo —respondo. Un bostezo emerge de las profundidades de mi pecho y mis ojos comienzan a pesar.

—Descansa, preciosa. —es lo último que escucho de Chris Bennett después de que me hizo suya, en cuerpo y me atrevería a decir que también en alma.



.Mi sueño empieza a desvanecerse al sentir un peso extra sobre mí. Chris yace abrazado a mi pecho como si fuese a huir. Me separo un poco y me doy la media vuelta en sus brazos. Su cabello despide un olor delicioso.

Inspiro profundamente y beso su cabeza. Tensa su agarre y hunde la cara en mis pechos, me hace cosquillas con su barba sin afeitar.

Levanta el rostro y me mira con sus ojos brillantes a la luz de la pequeña lámpara en mi mesilla de noche.

—Hola —dice sonriente—. ¿Lista para el segundo asalto?

Abro mucho los ojos.

—Aún no me sacio de ti, preciosa. —murmura contra mi oído.

Se coloca sobre mí y de nuevo, entra en mi cuerpo, pero ahora con una lentitud desesperante. Gimo sin poderlo evitarlo y me veo sumergida en una espiral de deseo y placer que, estoy segura, jamás creí sentir.

La luz del día que se cuele entre las cortinas de mi habitación me molesta en la cara. Frunzo el ceño e intento girarme para evitar la luz, pero me es imposible. Abro los ojos de golpe con sorpresa al encontrarme enroscada en el cuerpo de Chris Bennett.

—Buenos días —dice Chris, levantando el rostro de mi estómago.

—Buenos días, no creí que estuvieras despierto. —respondo, mientras intento estirarme.

—Digamos que la vista era demasiado buena como para desperdiciar un segundo —responde con una sonrisa. Baja la mirada de nuevo y traza varios círculos en mi ombligo que me hacen cosquillas.

—¿Chris?

Levanta la vista.

—¿Qué sucede? —su cabello revuelto luce tremendamente sexy.

—¿Tienes hambre? —le pregunto con una sonrisa.

—Sólo de ti —responde y me besa justo debajo de mis costillas. Siento una dulce tensión en mi vientre.

—¿Por qué? —la pregunta sale de mi boca antes de tener oportunidad de detenerla. Diablos.

Chris frunce el ceño y me sonrío de lado.

—Porque eres hermosa, inteligente, y tienes un cuerpo espectacular. —sube por mi cuerpo y deposita un beso entre mis pechos.

—Entonces, ¿sólo me quieres por mi cuerpo?

—También por tu manera de expresarte —responde, inhalando el olor de la piel de mi cuello.

—Vamos a desayunar—propongo—. Supongo que no tienes nada que hacer hoy, porque son las nueve y media y aun sigues en cama. —le digo mientras intento zafarme de su agarre, cosa que no logro.

—Supone bien, señorita Hamilton —me lanza una enorme sonrisa y me siento derretir—. Me apetece mucho disfrutar de un desayuno en su compañía, aunque me gustaría tenerla en la cama, desnuda, para poder disfrutar de su

cuerpo —suspira teatralmente—. Eso tendrá que esperar.

Me guiña el ojo. Cuando me levanta, me da un suave beso en los labios, casi casto.



Tengo la perfecta visión de Chris tomando una taza de café y leyendo el periódico en una de las mesas con sombrilla que están cerca de la alberca. Hasta cuando levanta la taza y se la lleva a la boca se ve increíblemente atractivo.

Tía Anne me lanza miradas insinuantes, me limito a asentir cuando me pregunta si me cuidé.

—Ellie, ya estás lo suficientemente mayor para tomar tus decisiones. Pero, ¿entrar en secreto?

—No tengo idea de qué lo llevó a tomar esa decisión, pero, ¿qué le voy a hacer? No podía decirle que se fuera, parecía preocupado.

Tía Anne mira con desaprobación la situación pero no dice nada más.

—Por cierto... Holly llamó hace un rato. Scott está bien. Te mantendrá informada.

Suspiro de alivio y doy gracias al cielo por ayudar a Scott.

Me concentro en Chris; parece relajado analizando su celular. Me alegra saber que está tan relajado gracias a mí. Ahora levanta la vista y mira ausente a la silla en la que se supone que debo estar sentada, acompañándolo en el desayuno.

—Demonios —tomo la bandeja con comida cocinada por Lena y me apresuro a salir al patio.

Como si pudiera leer mi mente o sentir mi mirada, Chris se gira hacia mi cuando me ve venir con la bandeja. Una sonrisa casi parte su apuesto rostro en dos.

—Lamento haber tardado —me disculpo, dejando la bandeja sobre la mesa y entregándole su plato.

—No te preocupes. Es agradable estar aquí —deja el celular en la mesa y me ayuda tomando los cubiertos. Nuestros dedos se tocan levemente y sonrío

al sentir las mariposas en mi estómago.

Sigo preguntándome cómo es posible que logre ese efecto sólo con tocarme.

Tomo asiento en la silla frente a él.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta, con el tenedor en la mano.

—Estoy bien —le aseguro, dando un sorbo a mi jugo de naranja.

—Me refiero a lo de anoche —murmura en voz baja.

—Parece algo avergonzado, señor Bennett. ¿Sucede algo?

—No —responde en seco.

—Estoy bien, Chris, ya te lo dije. ¿Qué es lo que te preocupa?

No espero que nos convirtamos en pareja después de un primer asalto sexual. Sí, Chris me atrae bastante, pero no puedo permitir que sus encantos me distraigan de mi camino. Ya lo pasé muy mal la primera vez que me rompieron el corazón, no puedo darme el lujo de enamorarme de él a sabiendas de su advertencia.

—Yo sólo... —se aclara la garganta—. Disculpa por haber llegado de esa manera. La noche anterior tuve un sueño bastante extraño y esos pensamientos no dejaron mi mente en todo el día. No suelo ser así.

—¿De qué era el sueño?

—No es relevante —toma mi mano y me mira—. Por favor, discúlpame.

—De... Acuerdo —respondo, confusa. Chris sonrío y besa mi mejilla con suavidad. Luego de soltarme, comienza a devorar su desayuno.

Fulmino mi plato con la mirada. Después de esto, dudo que mi estómago acepte recibir alimentos. No puedo evitar sentirme un poco herida, seguramente Chris no quiere nada serio conmigo después de lo de anoche, pero, como dije anteriormente, no lo espero. Me limito a mirar como el viento agita suavemente las ramas de los árboles que nos rodean.

Aspiro profundamente, inhalando el olor a naturaleza que nos rodea. Tardo unos segundos en darme cuenta de que Chris me mira con una media sonrisa.

Maldita sea, Chris. ¿Por qué tienes que ser tan jodidamente atractivo? No eres bueno para mí.

—¿Qué pasa? —le pregunto en tono seco.

—¿Estás bien? Parecías absorta en tus pensamientos y tu ceño se suavizó, te veías adorable —responde. Muerde el pan tostado sin dejar de sonreír.

—Sí, yo... —titubeo un poco en mi respuesta. No creo que deba saber lo que realmente pienso—. Estoy bien.

No parece creerse del todo mi respuesta, pero no insiste. Ambos comemos el desayuno en relativo silencio y una que otra mirada furtiva.

Lena llega a levantar los platos sucios y me levanto de la mesa.

—Estás en tu casa —le digo sin más. Chris me mira con el ceño fruncido y me doy la media vuelta en dirección a mi habitación.

—¿A donde vas? —pregunta a mi espalda. Sonrío.

—A tomar un baño.

Subo las escaleras de dos en dos, sintiendo la presencia de Chris a mi espalda.

—¿Por qué? —pregunta, como si no fuera obvio.

—¿Por qué no? —contra ataque. Abro la puerta del cuarto y entro al baño, cerrando la puerta tras de mí.

Yo también puedo jugar, Chris.

A los minutos de haber entrado en la bañera espumosa, escucho que Chris toca la puerta tres veces.

—¿Estás bien? —me pregunta al otro lado.

—Estoy bien —respondo sin más.

—¿Puedo entrar? —pregunta. Su voz grave hace que se me ericen los vellos.

—No.

—Quisiera darme una ducha antes de irme, si no te importa, claro.

—No me importa.

—Bien.

Chris abre la puerta y entra con seguridad. Al hacer contacto visual con mi cuerpo se detiene en seco. Puedo ver su manzana de Adán moverse mientras traga saliva.

—Quiero mi ducha.

—No es momento. ¿No ves que estoy aquí?

Chris sonrío de lado.

—¿Me haces espacio? Tu bañera parece muy cómoda. —enarca una ceja y siento como mi furia aumenta de nivel.

—Espera afuera, en un momento saldré.

—Anda, Ellie —insiste—, prometo que te gustará. —me guiña el ojo y casi al instante mi rostro se enrojece.

No respondo. Me levanto, corro toda la cortina y destapo el drenaje para que el agua de la bañera se vaya y poderme duchar. Abro la llave de la

regadera y regulo el agua tibia. Casi instantáneamente, siento un pecho contra mi espalda.

—¡Chris!

El hombre me agarra por las muñecas y me pega a la pared. Exclamo al sentir el frío azulejo contra mi espalda.

—Sh, calma. Quería pasar un momento contigo, tal vez así dejes de estar molesta conmigo. Lo que no entiendo es... ¿por qué? —se acerca a mi cuello, inhalando y besándolo suavemente. Me estremezco.

—No estoy molesta contigo, Chris —respondo. Chris levanta mi cara para mirarlo fijamente.

—Te ves linda cuando estás molesta. Deberías hacerlo más seguido.

Lo miro con escepticismo. Chris levanta una de mis piernas en el aire y se pega lo suficiente a mi cuerpo como para sentir su erección. Siento como mi deseo se vuelve líquido ante sus movimientos.

Jugaste con fuego, Ellie. Ahora te toca afrontar las consecuencias.

Me lavo el cabello rápidamente, ignorando las miradas lascivas que Chris me dedica después de habernos divertido un rato en la ducha. No me da pena, me esmero mas en apresurarme para dejarlo solo. Saco un pie fuera de la bañera cuando Chris me toma de la muñeca. Escucho que la ducha se apaga.

—Espera —me obliga a regresar de nuevo a la ducha y me pega contra su cuerpo. Nuestras frentes unidas, su mirada es tan profunda que sus pupilas están casi completamente dilatadas.

—Yo... No estoy seguro de lo que hago cuando estoy contigo, Ellie. Trato de parecer lo más sereno posible, pero por dentro, ardo de deseo por ti.

No me sorprenden sus palabras. Sus acciones me han dejado más que claro que siente deseo por mí, y no lo puedo negar, yo también lo siento.

Sonrío y tiro de él hacia la habitación.



Entre mi ensoñación escucho un celular timbrar. Gimo involuntariamente, luego un movimiento a mi lado me recuerda que no estoy sola.

No tengo ni idea de qué hora es, pero me obligo a levantarme. Me siento

fatal por no haber ido a ver a Scott aún.

Después del asalto sexual del que fui víctima por parte de Chris, me trajo a la cama en algún momento. Mi cabello sigue húmedo y está enmarañado.

Giro mi cabeza al lado izquierdo y me encuentro con sus ojos claros mirándome con un extraño brillo.

¡Mierda, Scott!

—Mierda —mascullo. Chris abre mucho los ojos.

—Vaya, Eleanor Hamilton diciendo palabrotas. Eso es nuevo —su tono sarcástico sólo provoca que mi coraje se incremente.

—¿Te parece buena razón el recordar que dejé a mi amigo en el hospital mientras estoy aquí contigo? —exclamo, exasperada—. Además, me dejaste echa un asco.

Me levanto de la cama y corro al tocador a arreglar mi cabello. El reflejo de Chris aparece tras de mí; me mira con diversión.

—Que yo recuerde no pusiste ninguna objeción, creo recordar que hasta pedías más... —me mira con una ceja enarcada y sonrisa burlona.

—¡Cállate! —le digo, avergonzada.

—No.

—Tengo que irme, estás distrayéndome... —se acerca mucho a mi espalda y casi puedo sentir su aliento en mi nuca. Dios, creo que nunca tendré suficiente de él y eso que nuestras relaciones se pueden contar con los dedos de una mano.

—Déjame ir contigo —pide. Su tono me resulta extraño, hasta que comprendo cuando dice—. ¿Por favor?

—De acuerdo, pero déjame terminar de arreglarme.

Asiente casi imperceptiblemente y me da la espalda mientras se dirige a buscar su ropa.

Por el reflejo del espejo puedo apreciar su enorme espalda; siento un leve cosquilleo en mi vientre al poner atención a las líneas que surcan su espalda. Suspiro.

Cuando estoy lista, Chris y yo abandonamos la habitación. La casa está desierta, lo cual agradezco. No creo que pueda sentarme a dar explicaciones sobre por qué sigue aquí.

Llegamos al garaje y cuando me dirijo a abrir la puerta del coche, Chris me bloquea el paso.

—¿Ahora qué pasa?

Sonríe.

—Mi coche está afuera. Ven conmigo.

—Me encantaría que dejaras de tomar decisiones por mí —le espeto.

—¿Por favor?

—¿Por qué crees que tienes derecho a dirigir mi vida? Sólo nos hemos acostado tres veces —le recuerdo con sarcasmo.

Por alguna razón que no comprendo, me agrada tener a Chris a mi alrededor, aun cuando se porte como un cabrón manipulador.

—Ellie...

—¡Ya, está bien! —exclamo, molesta.

Me alejo de mi coche y tras cruzar el umbral del portón, lo cierro con el control remoto. Chris se adelanta y abre la puerta de su coche con sonrisa triunfante.

—Más te vale que vayas borrando esa sonrisa estúpida de tu cara. No tendré piedad cuando no me quede más remedio que borraréte la yo misma.

Hace una mueca de dolor.

—Creo que empiezo a tenerte miedo —replica. Cierra la puerta cuando subo y rodea el coche para subir por la contraria.

Durante el camino hacia el hospital, nos vemos sumergidos en un silencio cómodo. Sólo me pregunta el hospital y cuando le digo, proseguimos con el silencio. Al llegar al lugar, me disculpo y salgo disparada del coche pues la hora de visita casi llega a su fin.

—¿Hola? —la habitación de mi mejor amigo está en silencio. Entro y cierro la puerta tras de mí.

—¿Ellie? —dice una voz conocida. Suena agotado, pero no hay duda de que es él, y está a salvo.

Su rostro está algo hinchado por —muy seguramente— un golpe, tiene algunos raspones, pero parece estar bien.

—¡Scott! —me siento en la silla a su lado y recargo mi cabeza junto a su mano—. No sabes lo preocupada que estaba... Bueno, estábamos —unas lágrimas recorren mi rostro. Scott alza mi cara y las limpia con sus pulgares.

—Estoy bien, Ellis. No llores, por favor. Espero que eso no signifique que me quieres —dice con gesto horrorizado.

—Te quiero, idiota —le lanzo una mirada asesina con un toque de cariño.

Después de una corta plática sobre lo sucedido, me pregunta:

—¿Estás bien? Te noto algo distraída, me atrevo a decir que más de lo

usual.

Lo miro aturdida mientras me lanza una blanca sonrisa. Aun estando en ese estado, sigue siendo adorable. Definitivamente no quiero entrar en detalles sobre lo sucedido con Chris veinticuatro horas antes, pero puede esperar.

—No es nada.

—Estoy seguro que sí. Vamos, necesito distraerme de esto —dice, haciendo ademán en todas las maquinas que están conectadas a su cuerpo.

Suspiro.

—Yo... Estuve con Chris, y no sé como sentirme al respecto.

Cualquier chica se sentiría feliz de haber tenido en su cama al fabuloso e imponente hombre que es Christopher Bennett, pero yo no. No me olvidaré de sus increíbles destrezas sexuales, pero eso es lo de menos. Desde que abandoné el coche, me siento un poco vacía.

Le cuento a Scott lo que ocurrió ayer en el día con Chris. Scott abre mucho los ojos.

—Ellie... —estoy segura que comenzará con su regañina.

—No me digas nada —cubro mi rostro con las manos—. Ya sé que probablemente estuvo mal, pero yo tampoco lo impedí. De hecho, también lo deseaba...

—Vaya... —murmura para sí—. Quiero saber si de verdad te sientes bien con eso, porque si no es así, le partiré la cara cuando haya abandonado el hospital.

Me río y tomo una de sus magulladas manos.

—Gracias, pero primero te tienes que recuperar. Ya iremos los dos a partirle la cara si llega a hacerme algo. —le prometo, Scott se ríe.

—No me hagas reír mucho, me duele el estómago por el corte —dice, frotándose la barriga.

Luego de un rato, me despido de Scott antes de que la enfermera me corra y salgo al pasillo, donde encuentro a Chris examinando su celular con la espalda recargada en la máquina expendedora y un café en la mano.

Alza la vista y me dedica una pequeña sonrisa.

—¿Está todo bien? —su grave voz me sorprende, creo que nunca me acostumbraré a ella. Me extiende el café.

—Sí —carraspeo y tomo el café—. ¿Llevas aquí todo el rato?

—Sí. Estaba esperándote.

Mi corazón da un vuelco dentro de mi pecho.

—Gracias —le digo, con sinceridad.

Nos acercamos a la sala de espera y encuentro a Holly. Se ve pálida pero mejor que el otro día.

—Gracias por venir, Ellie —suspira y me abraza fuerte.

Parece no reparar en la presencia de Chris, hasta que éste carraspea.

—Dios, no te escuché. Hola Chris.

Chris asiente a modo de saludo.

—Ya estamos de salida... Después platicamos, ¿si?

Holly vuelve a abrazarme.

—Me debes una plática larga —murmura en mi oído. Le sonrío y nos despedimos de ella.

Al llegar al coche, me dispongo a abrir la puerta de copiloto pero Chris me detiene. Hace una pausa inquietante sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Me acompañarías a cenar?

—¿Cenar? —miro la hora y sofoco un grito—. ¡Dios! Creo que me pasé del horario de visitas. Discúlpame por haberte hecho esperar tanto tiempo.

Chris estuvo aquí durante dos horas mientras yo estaba dentro con Scott. ¡Dos horas!

—Te perdonaré si me acompañas —me dedica una sonrisa tan... Sinvergüenza, que tengo que contener las ganas de darle una patada.

—Está bien —accedo—. Pero sólo porque estoy hambrienta.

Mi estómago emite un rugido. Chris sonrío travieso y me ofrece su mano; la acepto con timidez. Juntos atravesamos el estacionamiento en dirección a la calle, tomados de la mano.

No sé en dónde estamos, y, considerando quién me acompaña, realmente no me importa a dónde voy. Me siento como en una nube de incredulidad. Si Chris no quisiera nada conmigo, no sería tan atento. ¿Verdad?

Cenamos en un pequeño lugar para nada ostentoso, es tranquilo, acogedor y huele delicioso a café. Me agrada.

Tomamos asiento y Chris pide un baguette y yo pido lo mismo, sólo que la mitad. Analizo alrededor con sumo detalle: El papel tapiz de rayas rojas y blancas está descolorido, y eso es lo que hace que se vea fantástico. Como si el lugar hubiese sido bañado con un tono sepia. Es lindo.

—Gracias —le digo. Me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Por estar ahí, creí que te irías a casa.

—¿Y por qué creíste eso?

—No lo sé... —hago una pausa y suspiro—. Supongo que de entrada, pareces el tipo de hombre que haría eso.

Sonríe. Entrelaza sus manos y recarga su barbilla en ellas. Su barbilla... Sus manos...

Comenzaré a delirar en cualquier segundo.

—Eres interesante, Ellie. Creo que por eso me gustas.

La mesera trae nuestros pedidos y Chris le dedica una sonrisa de comercial de dentífrico.

Creo que por eso me gustas.

Creo que por eso me gustas.

Me gustas.

Santa mierda.

Me quedo de piedra mientras lo veo devorar su baguette con tranquilidad. Yo no puedo comer un solo gramo de lo que me sirvieron.

Estoy en las nubes.

¿De verdad ha dicho que le gusto?

—¿Estás bien? —me pregunta como si nada. Como si lo que acaba de

decir no hubiese causado ningún impacto en mi vida.

Aunque odie admitirlo, me he vuelto tan adicta a este hombre que creo que él también me gusta.

Tal vez sólo un poquito.

—Sí —le aseguro—, es sólo que... las emociones de hoy y todo lo sucedido me han dejado mucho que pensar.

—Apuesto a que sí —dice, seguido, le da una mordida a su baguette.

Hasta comiendo se ve sexy.

Mi celular timbra dentro de mi bolso. Lo saco y respondo, es tía Anne.

—¿Hola?

—Cariño, ¿dónde estás? Tu coche está aquí y Joseph también —suenan preocupada.

—Tranquila, tía. Fui a ver a Scott al hospital acompañada de... Chris, y en este momento estamos comiendo.

—Oh, de acuerdo. Te dejo para que disfrutes —murmura, conteniendo una carcajada. Sonríe.

—Gracias tía, te quiero.

—También te quiero.

Cuelgo la llamada y reviso un mensaje.

Señor Moore: Ellie, regresamos dentro de un mes, ha surgido un inconveniente; la madre de mi esposa está enferma de cáncer terminal y desea pasar más tiempo con sus nietos. Gracias por la paciencia.

Vaya, ¡eso es terrible! Le respondo diciéndole que no hay problema, luego, le envío un mensaje a Clarissa para que alerte a quienes contratamos para la restauración. Al parecer tendrán algo más de tiempo extra de vacaciones.

—¿Todo bien? —me pregunta Chris. Parpadeo varias veces, intentando responderle.

—Mensajes de mi cliente, ya le he avisado a mi colega lo que pasa —sonríe y regreso el celular al bolso.

Chris sonrío y le echa un vistazo a mi plato.

—¿Por qué no comes? —me mira con la ceja alzada.

Tus palabras me han quitado el hambre de golpe.

Me limito a dar un mordisco a mi baguette mientras Chris me mira sonriente.



Chris me deja en casa alrededor de las 9 de la noche. Mis ojos se cierran periódicamente durante el camino. Tengo que emplear todo mi autocontrol para no caer dormida. Cuando llegamos, ya estoy ansiosa por llegar a mi habitación, despojarme de mi ropa, meterme en una pijama y saltar a mi cama a...

—¿Ellie? Te ves algo cansada —murmura cuando aparca cerca del porche de mi casa.

—¿De verdad? Entonces significa que este día fue bastante productivo —me encojo de hombros.

—El sarcasmo no le va, señorita Hamilton.

—Nunca he esperado que me vaya, sólo lo empleo cuando es requerido —le respondo, categórica. Tomo mi bolso de entre mis piernas y abro la puerta de golpe y para mi sorpresa —y disgusto—, Chris se estira sobre mí y cierra la puerta antes de que pueda salir.

—Aún no termino —responde, excusándose.

En la tenue luz de la noche y los faroles que iluminan mi casa, Chris tiene un aspecto tan apuesto, que apenas y puedo creer que hubiese estado conmigo en la misma cama, sobre mí, con sus manos sobre mi cuerpo...

Me deshago de todos esos pensamientos y me concentro en no caer dormida ahí mismo.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Guarda silencio unos minutos, como si estuviera formulando la oración en su mente, y responde con la vista fija en mis ojos:

—Buenas noches —seguido, besa mi mejilla.

No lo pienso mucho, cuando escucho sus palabras abro la puerta y antes de cerrarla le digo:

—Buenas noches, gracias por la cena y... Todo lo demás.

La cierro, sin darle oportunidad de responder. Subo las escaleras del porche y abro la puerta con mis llaves. Cuando entro, cierro la puerta tras de mí y claramente puedo escuchar como arranca su coche fuera de aquí.

Suspiro de alivio, desesperación y algo de tristeza.



—¡Estoy exhausta! —exclamo al teléfono. Holly y yo compartimos un baño cada una en su casa. Cuando le hablé, me dijo que minutos antes de las 8 de la noche, Scott fue dado de alta y ya está en casa de sus padres. Scott la obligó a irse a su casa a descansar, así que, decidimos tomar un baño «juntas». Cuando entré a la habitación vertí el jabón con olor más relajante que pude encontrar y me sumergí en la tibia agua con un moño mal hecho en mi coronilla.

—Cualquiera estaría exhausta después de un maratón de sexo de 24 horas —casi puedo visualizar el rostro de Holly con una perfecta ceja enarcada.

Ánimo, Ellie. No has terminado bajo el cuerpo de Chris, ya supone un progreso bueno el de esta noche.

—Puedo dar fe de que lo hace tal y como una mujer lo imaginaría y creo que hasta mejor.

—¡Oh! —exclama ella—. ¡Santa mierda!, entonces fue genial, ¿cierto?

—Supongo que sí —respondo vagamente.

—¿Hay algo más? ¿Qué sucede?

Suspiro. Es hora de la verdad.

—Creo que todo lo que ocurrió no hizo más que confundirme.

—Dime la verdad —dice Holly—. ¿Empiezas a sentir algo por Chris?

Una de las cosas que adoro de Holly es, precisamente, lo directa que es.

—Podría ser... —admito. Hago una mueca cuando escucho a Holly lanzar un grito.

—¡El también siente algo por ti!

—¿Cómo puedes saberlo? ¡Sólo me has visto con él dos veces!

—No necesito más. La forma en que te adoraba con la mirada el día de la fiesta no me pasó desapercibida ni a mí, ni a tu tía. Y por cierto... ¿Dónde está?

—Cuando llegué de la cena, ella iba de salida al hospital. —suspiro—. Creo que yo no podría estar alrededor de todos esos niños enfermos, me partiría el corazón verlos así a diario.

—Hay que tener vocación para ello y una gran fortaleza —murmura.

—Tienes razón —respondo.

Hace una pausa y la escucho reír.

—Bueno, basta de seriedades. Deberíamos hacer una *pijamada*, como hacíamos los fines de semana. Tu casa es enorme —puntualiza.

—¡La tuya también lo es, Holly!

—Pero mis padres siempre están y son aburridos, tu tía no, así que podría ser divertido tener una noche de chicas. Además, tu casa siempre ha sido punto de reunión —escucho como el agua chapotea por su lado.

—Luego detallamos eso —suspiro. Mis pies ya parecen pasas—. Mañana nos veremos, creo. Me meteré a la cama pronto.

Holly suspira, exasperada.

—De acuerdo, creo que yo haré lo mismo, éstos últimos días fueron desgastantes.

—Ya lo creo... Buenas noches, Holly.

—Adiós Ellie.

Espero a que cuelgue la llamada y tiro del tapón del desagüe con mi dedo pulgar del pie.

Cuando salgo del baño, escucho la voz de tía Anne al otro lado de la puerta.

—¿Ellie?, ¿estás sola?

Contengo una carcajada.

—Si tía, pasa.

Mi tía siempre se ha caracterizado por su buen carácter y humor, todo lo contrario a mi madre. Su rostro parece cansado y se ve algo decaída.

—¿Qué pasa? —pregunto, cautelosa.

—Tu madre —hace una mueca y suspira—. Se fue de la casa.

—¿Qué? —¿escuché bien?

—Tu madre se fue.

—¿A dónde?

—Según investigué con sus conocidas, Mark Burton la invitó a unas vacaciones por el Caribe. Ya se sabe bien que ese hombre sólo daña la reputación de las mujeres, pero le ofreció unos días llenos de lujo a tu madre —camina a mi cama y se deja caer en ella.

—¿Qué diablos le pasa a esa mujer?

—Te juro que la desconozco, cariño. Antes de que llegaras empacó algunas cosas y se fue. Él personalmente vino por ella.

¿Qué demonios?

Mi cerebro trabaja a mil por hora. Esa mujer cree que este lugar es un

jodido hotel, seguramente piensa eso.

—Lo gracioso de todo esto es que valoraba más su vida social y ahora la ha manchado para largarse con ese hombre —respondo amargamente—. ¿Cómo es posible que no haya dicho nada?

—Porque no es tu asunto, Eleanor —dice una voz tranquila desde la puerta.

Giro mi rostro y le dedico una mirada asesina a mi madre.

La muerte de mi padre aun está reciente en mi corazón, y ésta mujer que se hacía llamar su esposa ha olvidado completamente su vida anterior. Siento asco instantáneamente y una valentía que nunca había sentido, hace acto de aparición.

—Bueno, mi relación con Christopher Bennett tampoco es de tu incumbencia, y aun así, decides meter tu nariz.

—Eleanor, basta —amenaza.

—¡No, estoy harta de ti! —exclamo—. ¡No puedo creer que decidas largarte con un desconocido a unas vacaciones llenas de lujos y dejar a tu familia!

—No haría nada de eso si tu padre me hubiese dejado algo de la herencia.

—¿Y no te preguntas la razón?

—No —responde firmemente—. Y sinceramente, no me interesa. ¡Mis gustos no se mantienen solos, nunca me había hecho falta nada y todo lo tienes tú! ¿cómo se supone que deba reaccionar? —exclama.

Río sin ganas.

—¿Sabes? En realidad si te tocaba una parte, pero mi propio padre estipuló no darte nada hasta que cambiaras. Veo que jamás lo harás —replico con cansancio, conteniendo mis ganas de explotar—. Lárgate de mi casa.

—Sigo siendo tu madre, Eleanor —tía Anne la mira suplicante, hablando con la mirada. Mi madre se calla.

—Vamos Catherine —se levanta de la cama y jala del brazo, fuera de la habitación

—Esto no se quedará así, Eleanor.

—Adiós Catherine —cierro la puerta de golpe.

Después de unos minutos de arrojar cosas por doquier, por fin logro tranquilizarme y me pongo ropa. Me hundo entre las sábanas, percibiendo el ligero olor característico de Chris. Refreshante, extraño y con un toque de tabaco.

Por fin, cierro los ojos concentrándome en abrazar la almohada que ese hombre impregnó con su maravilloso olor. Me concentro sólo en eso, y no en que mi familia ha comenzado a desmoronarse.

Mientras recorro el vivero por la tarde, viene a mi mente la ocasión en la que mi padre consoló mi corazón roto; tenía 14 años.

—No llores, hija —dice mi padre, limpiando mis lágrimas con sus grandes pulgares—. Aun tienes mucho que aprender, hay muchos peces en el agua.

—Pero yo no quiero un pez, papá —me quejo, sorbiendo la nariz.

—Yo sé que tú encontrarás a tu hombre ideal. Es sólo cuestión de tiempo, pero antes, debes vivir ciertas cosas. —Se gira en su desgastada silla de oficina y toma una maceta con una planta—. Tu eres como esto, Ellie.

Me tiende la maceta y la tomo.

—¿En qué nos parecemos? —le pregunto. Mi estado de ánimo de desconsolación ha sido reemplazado por la curiosidad.

—Ambas necesitan tiempo para florecer. En el camino aprenderás cosas nuevas, Ellie. No te cierres a la oportunidad de ampliar tus conocimientos, vivir nuevas experiencias. Cuando éste pequeño botón se convierta en una hermosa flor, sabrás que estás lista.

Cuando mi padre murió, algunas plantas y flores del vivero murieron, incluso la que me había entregado aquél día, que ya había dejado de ser un botón. Lo tomé como un tipo de señal, tal vez mi padre tenía razón y debía abrirme más, aprender cosas nuevas sin temor, vivir nuevas experiencias. Incluso creo que me ha enviado una señal él mismo.

Acaricio los pétalos de uno de mis tulipanes favoritos de color rojo cereza. Es hermoso. Creo que verlo florecer es una señal que mi padre me manda; estoy lista.

A sabiendas de lo que mi madre es capaz, jamás he dejado que ponga un solo pie dentro de éste lugar, para mí es relajante y tranquilizador saber que hay un pedacito de mi padre conmigo aquí en la tierra, en cada una de las plantas que él adoraba.

Desde que desperté en la mañana no he dejado de darle vueltas a lo que ocurrió anoche con mi madre. Sigue pareciéndome sorprendente que su interés esté por encima de su familia, de su sangre. De estar mi padre entre nosotros, creo que jamás hubiese sabido la clase de persona que realmente es mi madre; una mujer manipuladora capaz de lo que sea con tal de tener lo que desea.

—Adiós, chicas —les digo a las plantas antes de salir del vivero. Mi padre siempre hacía eso.

Cuando estoy cerrando la puerta tras de mí, el celular vibra en el bolsillo trasero de mi pantalón. Respondo sin mirar.

—¿Sí?

—Señorita Hamilton —la voz de Chris me llega como un susurro, pero definitivamente logra poner todos mis sentidos en alerta.

Lo sorprendente de esto es que me habla de usted de nuevo.

—Hola —carraspeo—. ¿Todo bien? —le pregunto, nerviosa.

—No... Sí... Yo sólo... Quería saber cómo esta.

—Estoy bien, gracias por preguntar. ¿Y usted? —camino de regreso a mi habitación, siguiéndole la corriente.

—También —hace una pausa y suspira—. Quería hablarte sobre lo del otro día...

—Claro, dime, ¿qué sucede? —quiero restarle importancia con mi voz, pero ésta me traiciona y se quiebra un poco.

—Lamento la manera en que sucedió. No debí haber ido de improvisto a tu casa —suena tenso y escucho a lo lejos el claxon de un coche.

—Descuida, no es como si yo no hubiera querido...

—Aun así —me interrumpe—. Creo que no debemos vernos más. Al menos no en ese plan.

Siento como si me dieran un puñetazo en el estómago. Todo el aire se me escapa. Intento hablar lo más neutral posible.

—Me parece bien, señor Bennett. En cuanto a lo de su casa, le puedo enviar el número de un conocido en bienes raíces que puede ayudarle a la venta de su casa.

—Ellie, yo no... —lo interrumpo. Esto pasa cuando mezclas el placer con el trabajo, y esto me gana por creer que pudiera interesarle realmente a un hombre como Christopher Bennett.

—No hay más que hablar —fuerzo mi voz neutral al límite—. Suerte y hasta luego.

Cuelgo.

Para entonces ya estoy en mi habitación. Lanzo el celular a la cama y me lanzo sobre ella. Dejo que las compuertas se abran, liberando todo lo que siento dentro.

Lloro por mi padre.

Lloro por mi madre y sus decisiones.

Lloro porque mi corazón necesita un empujón para dejar ir el dolor.

Y claro, lloro por Chris, cosa que no debería de hacer y aun así lo hago, por estúpida.

Dejo salir todo mi sentir con mis lágrimas. Para cuando me tranquilizo un poco y puedo controlar mi respiración, tomo el celular y le envío un mensaje a Holly, breve, pero con mucho significado:

Ellie: ¿Sigues en pie la noche de chicas?



—¿Podría ser esto mejor? —ronronea Holly.

Luego de que le envié el mensaje, mi amiga llegó como un rayo. Como si se hubiese saltado todos los semáforos. Entró al recibidor con los brazos llenos de comida chatarra.

Ahora en la sala de estar, vemos la primera temporada de *Outlander*. Pinta bien.

—Ese modelito de súper macho irlandés hace que se me moje la ropa interior.

Seguido, escupe toda el refresco sobre la mesilla frente a nosotras por un ataque de risa. ¿Quién dice que con la edad viene la madurez?

—¡Tienes razón!—respondo, riéndome.

Seguido de eso, nos dedicamos a preparar y beber algunas piñas coladas. No lo hacemos muy a menudo, así que puedo permitírmelo. Ahora estamos tendidas en la terraza de mi habitación, en unas sillas de playa con las piernas cruzadas, mirando la tarde pasar.

—¿Qué pasó con Chris? —pregunta Holly, al grano.

—Nada. En realidad hemos terminado.

Holly casi se atraganta con un grito.

—¿Qué?

—Cálmate. Ni siquiera estábamos saliendo oficialmente, no es nada — respondo, dándole otra calada al cigarro.

—Claro que lo es, él lo es. ¿Qué pasó ¡Cuéntame! —me exige.

Mi sonrisa se descompone convirtiéndose en una mueca de disgusto.

—Dijo que no debíamos vernos más por lo que ocurrió. En ése momento me puse mi máscara de indiferencia, Holly —una lágrima rebelde se escapa y la detengo con rapidez.

—Ese imbécil...

—Déjalo estar. Ya sospechaba yo que algo así pasaría.

—No es cierto —responde, negando con la cabeza—. Si hubiera sido así, no tendrías esa cara y ese ánimo. Ahora entiendo porque me llamaste y me alegre —Holly se levanta tambaleante de su silla y se acerca a mí para abrazarme.

—Es un error, Holly. No debería sentirme así —me suelta y se sienta a mi lado.

—Tranquila, no te obligaré a hacer nada, pero este viernes hay una fiesta y quisiera que fueras conmigo y Scott. Él se encuentra mucho mejor y ha declarado que no quiere que lo sigan tratando como un enfermo.

Rueda los ojos y suelta el aire que retenía. Comienzo a plantearme la idea de esa salida. Sería la excusa perfecta para huir de todos mis problemas familiares y emocionales.

—¿En dónde será? —le doy otra calada al cigarro y lo hundo en el cenicero que tengo a la derecha. Seguido, le doy un sorbo a mi piña colada mientras Holly recuerda el lugar.

—Creo que será en casa de Nina Gray. Ya sabes que le encanta hacer fiestas. La vi en clase de yoga y nos invitó.

—De acuerdo, iré.

Holly grita de nuevo.

—¿Podrías dejar de hacer eso? —le pregunto, sacudiendo la cabeza y riéndome.

—Bien —responde sonriente.

Miro mi vaso vacío y decido que ya es hora de ir a dormir.

—De acuerdo, Holly, creo que ya es hora de dormir.

—¡Noo!

—¡Síi! Anda, creo que ya no sirvo para las noches de chicas.

Holly rueda los ojos y bosteza.

—Creo que yo tampoco —ríe y se levanta en dirección a la puerta corrediza de mi habitación.

Se lanza sobre mi cama y se acomoda del lado izquierdo, frotándose los ojos y bostezando de nuevo.

—Hmm.. Aquí huele a algo —declara. Abre un ojo enrojecido e inspecciona la cama. Deduzco que encontrará la fuente del olor demasiado pronto, y así es. Me siento en la cama y me saco las pantuflas mientras Holly me mira inquisitiva.

—Huele a Chris —declara.

—Lo sé. Ya le dije a Lena que mande a lavar toda mi ropa de cama —me quejo. En realidad no lo he hecho, pero se supone que debo dar la imagen de una mujer con fortaleza y entereza.

—Huele a gloria, ¿segura que quieres deshacerte del olor?

—Sí —miento.

El olor de mis almohadas es la única prueba que tengo de que mi noche con Chris fue real y no producto de mi caprichosa imaginación. Eso, y mis memorias es lo único que me queda de ese intento fallido de relación sin compromiso.

—Mientes —canturrea a mi lado. Me recuesto y Holly se remolinea para encontrar una posición adecuada—. Te gusta y creo que hasta lo quieres —declara antes de quedarse dormida.

La declaración de Holly me deja de piedra. Creo que nunca hablé de amor y jamás se lo pedí a Chris alguna vez. Aun así, pienso en la posibilidad... ¿Amor? ¿Estoy enamorada de Christopher Bennett?

—No —me digo a mi misma. Estoy segura que solo es uno de mis caprichos extraños.

Mi celular comienza a vibrar desde algún lugar de mi habitación. Pienso en Chris inmediatamente, pero elimino el pensamiento y me concentro en encontrar el aparato. Deja de vibrar y a los segundos comienza otra vez, lo que me da oportunidad de encontrarlo debajo de la cama. Respondo al segundo.

—¿Sí?

Una voz distorsionada me dice:

—Aléjate de Christopher Bennett ó... Lo lamentarás. —cuelga y escucho

los repetidos tonos de llamada finalizada con el corazón en la garganta.

Holly me sacude de los hombros, lo que me saca de mi lindo sueño: Yo en un campo de tulipanes.

—¿Ellie? ¡Ellie, despierta!

—Holly... —me quejo con la voz ronca y abro los ojos. Ella parece estar en el mismo estado deplorable que yo—. ¿Qué es tan urgente que no puede esperar tres horas más?

—Qué graciosa eres, cariño. Son las 12 de mediodía. Ya has dormido bastante, además —hace una pausa y me tiene mi celular—. Tu aparato ha estado vibrando. Ya sabes lo curiosa que soy y creo que es Chris el que te llama —me mira con una ceja alzada.

Tomo el celular con el ceño fruncido, fingiendo absoluta indiferencia. Me tengo que demostrar a mi misma que Chris no es dueño de mis pensamientos.

Mentirosa.

Deslizo mi dedo por la pantalla para desbloquearla y se abre directamente al registro de llamadas perdidas.

—¿Diez? —miro a Holly perpleja—. ¿Llamó diez veces? ¿por qué no me despertaste antes?

—Sabía que te pondrías en plan de “déjame dormir una eternidad más”, así que te dejé todo lo que pude. De nada.

—¡Oh! —exclamo cuando el celular comienza a vibrar de nuevo en mi mano. Chris.

—Diablos, diablos, diablos. Contesta Ellie, ¡no te quedes piedra! —exclama Holly. Con dedos temblorosos deslizo el dedo por la pantalla y respondo.

—¿Hola?

—Ellie, gracias a Dios, ¿estás bien? —parece preocupado.

—Estoy perfectamente. Estaba profundamente dormida, de hecho. ¿Necesita algo? —Holly me dedica una mirada asesina y moviendo los labios me pide que sea amable.

—Cuídate, por favor —suena tenso. Tal vez su llamada tenga algo que ver

con la que recibí anoche.

—¿Sucede algo?

—No —responde, cortándome—. Hasta luego.

Y cuelga.

—¿Qué te dijo? —pregunta mi amiga con el cabello enmarañado.

—Arréglate un poco, Holly. No quiero que asustes a nadie en la casa —me burlo. Se levanta y se dirige al espejo, seguido de ello lanza un gritito de horror.

—Maldita sea —masculla, toma el cepillo y peina su cabello—. ¿Qué te dijo? —exige saber. Suspiro profundamente.

—Me preguntó si estaba bien, luego me dijo que me cuidara. —casi puedo escuchar trabajar al cerebro de Holly—. Anoche recibí una llamada sospechosa —añado.

—¿De qué índole?

—No sé quién era, pero me dijeron que me alejara de Chris o lo lamentaría. Me desconcertó un poco.

—¿Una ex amante o ex novia?

—Lo ignoro. La voz sonaba algo distorsionada. De cualquier forma, no pienso volver a ver a Chris, así que, quién llamó, puede estar tranquilo.

—No lo tomes tan a la ligera, Ellie... Tal vez alguien quiera utilizarte para hacerle daño a Chris.

—¡Estás loca! Sólo he salido en público una vez con él. ¿Cómo crees que alguien sabría que estuvo interesado en mí, o viceversa?

—¡Aceptas que estás interesada en él! —exclama Holly. Me sonrojo, pero niego con la cabeza.

—Hablé en tiempo pasado, déjalo ir, Holiday.

Holly hace mala cara, pero lo deja estar. Se da la media vuelta dirigiéndose a la puerta.

—La última en llegar a la cocina prepara el desayuno —a continuación, sale disparada por la puerta dejándome enfurruñada y sin ganas de correr.

Tal parece que hoy me toca hacer el desayuno.



Con un hambre voraz, mi tía, Holly, Lena y yo degustamos del perfecto desayuno que hice con mis propias manos mientras platicamos de banalidades. Holly se pone roja como un tomate cuando mi tía exige saber qué es lo que sucede entre ella y Scott. Pasa un rato y entre risas, acomodo los platos en el lavavajillas y vierto algo de jabón, luego, comienzo el ciclo de lavado.

Holly anuncia su partida y se despide de nosotras. Mi tía le promete que lo haremos de nuevo.

—¿Ellie? —dice mi tía al cerrar la puerta—. Creo que escucho tu celular timbrar.

Guardamos silencio unos segundos y, efectivamente, lo escucho.

—En un momento regreso —salgo corriendo y subo las escaleras en dos. Tengo esperanzas de que sea el señor Moore autorizando el inicio de la obra, pero cuando llego, casi muero del susto al ver a Chris sentado en mi cama.

—¿Tu de nuevo? ¡¿Cuándo planeas dejar de entrar a mi casa como si fuera la tuya?! —exclamo, entrando en la habitación.

Sostiene con una de sus manos mi teléfono, y con la otra, el suyo.

—Ellie, necesito hablar contigo de algo importante. Tenía que verte en persona.

Hago una mueca de disgusto.

—¿Quién te crees que eres? ¿Mi padre? ¡Tú no me mandas, Chris! ¡Hazme el favor de largarte de mi casa de una vez y para siempre! —se levanta y cierra la puerta, para después caminar hacia mí—. ¡Detente!

—No —ignora mi discurso. Gruño en respuesta.

—¡Basta! —intento esquivarlo para salir de la habitación y recriminarles a mi tía y a Holly por haberle permitido entrar, pero él es más rápido y me bloquea el paso, poniéndose entre mi vía de escape y yo.

—No te irás de aquí hasta que me escuches —su mirada se endurece y una ligera arruga aparece en su ceño fruncido. Su boca está apretada en una fina línea y tiene sus brazos extendidos hacia mí, para detenerme. Miro con detenimiento sus manos, con sus respectivas venas marcadas y dedos largos de pianista.

Vuelvo a mirarlo a los ojos claros color miel, casi dorados. Tiene unas ligeras ojeras y su cabello está despeinado, tal vez por el viento, tal vez por sus manos. Baja las manos a sus costados sin dejar de mirarme.

—Maldita sea, no sé qué demonios hago. No puedo sacarte de mi cabe...

Algo se apodera de mí que no lo dejo decir más. Antes de tener

oportunidad de pensar en lo que hago, me lanzo sobre sus labios para sentirlos sobre los míos una vez más. Rodeo su cuello con mis brazos y me cuelgo de él. Chris inmediatamente traslada sus manos a ambos lados de mi cintura.

Las tiene algo calientes, lo cual solo ocasiona que una oleada de calor me invada de pies a cabeza. Retira una mano y escucho el sonido particular de la manija al poner el seguro. Seguido, me vuelve a tomar y ahora, abrazándome, camina hacia la cama sin separar sus labios de los míos.

Dejo que me bese como quiera, fuerte y ardiente. Mi lado razonable se va de vacaciones; respondo a cada cosa de la manera que yo sé que a él le gusta: Gimiendo como posea. Coloca ambas manos a cada lado de mi cabeza y se levanta, dejándome en la cama tan húmeda que comienza a volverse insoportable.

Se saca la playera por la cabeza, dejando a la vista ese magnífico torso que me encanta admirar, luego todo lo demás hasta que queda solo en bóxers. Hago ademán en comenzar a desnudarme, pero me detiene.

—Yo quiero hacerlo —me dice con la voz ronca.

—De acuerdo —respondo y trago saliva.

Chris desliza sus manos desde mis tobillos hacia mis muslos, sin dejar de mirarme. Una vez que llega a mi cadera, toma el dobladillo de mi blusa y comienza a subirla lenta y pausadamente, haciendo contacto con la piel que va quedando desnuda. Suspiro entrecortadamente y me muerdo el labio.

Levanto los brazos y me alzo un poco para ayudarlo. Cuando lo hace, se queda mirando mi pecho desnudo con mirada concentrada. Después me saca el pantalón junto con mi ropa interior, dejando una estela de ardor por donde sus dedos hicieron contacto con mi piel.

Cuando estoy desnuda ante él, una ola de vergüenza comienza a subir, pero la ignoro, dejando mis brazos a cada lado esperando su próximo paso.

—Eres hermosa —susurra mirándome con adoración.

Siento que mi rostro se pone rojo. Me siento y mis ojos quedan a la altura de su estómago. Suspiro y lo rodeo con mis brazos.

—¿Sucede algo? —me pregunta, levantando mi rostro para mirarlo.

—Eres muy apuesto, ¿lo sabías?

Sonríe de lado y me recuesta suavemente en la cama.

—Sí, pero me agrada escucharlo de ti.

Me arrastro hasta que tengo la almohada en mi cabeza y lo espero, impaciente.

—Ven aquí —le digo. No lo piensa dos veces; sube a la cama como si estuviera acechándome y va directo a mis labios de nuevo. Abro las piernas y dejo que se acomode entre ellas. Con un movimiento lo siento presionándose contra el centro de mi deseo y lujuria. Casi grito, pero él me silencia con sus dulces besos.

Se separa de mí y me mira a los ojos.

—Cierra los ojos —ordena. Lo hago inmediatamente sintiendo que la adrenalina empieza a fluir por todo mi torrente sanguíneo. Se levanta de la cama, luego escucho el sonido que hace cuando rasga el paquete que supongo es un condón. Mi corazón no lo soportará más si se tarda.

Vuelve a subir a la cama y suspiro aliviada.

Se instala entre mis piernas de nuevo y siento que se sitúa fuera de mi entrada. Gimo involuntariamente. Se acerca a mi oído y susurra.

—Déjate llevar —y empieza a entrar.

El aire abandona mis pulmones al sentirlo en mi cuerpo. Luego me agarra de las piernas y las levanta, poniéndolas en sus hombros. Seguido de esto da un último empujón y grito por lo hondo que ha entrado.

Mi corazón se encoge cuando lo miro a los ojos y capto su mirada de adoración... o ¿Amor? Me estremezco.

Empieza la deliciosa secuencia de entrada y salida. Acercó a Chris a mis labios y lo beso desesperada por que aumente el ritmo de sus estocadas. Lo necesito.

Lo hace sin soltarme la mirada y me siento derretir por dentro; la capa de hielo que había puesto para mantener a mi corazón a salvo de él. No puedo evitarlo. El tenerlo dentro de mí, sentirlo a mi lado, yacer entre sus brazos... Es demasiado. Mi corazón empieza a latir fuerte y no precisamente por la adrenalina del acto físico, sino por los sentimientos que afloran hacia el exterior, como un anuncio luminoso situado en mi frente. Empiezo a tener sentimientos profundos por él.

Me obligo a olvidar mi reciente descubrimiento y me concentro en lo que siento en mis entrañas, puro placer físico.

—Más rápido —murmuro entre quejidos y gemidos. Chris me da una nalgada y empieza a ir más rápido. Lo tomo de los hombros para acercarlo de nuevo a mí y lo abrazo, arañando su espalda. Éste lanza un pequeño alarido y con esto, aumenta más la velocidad, haciendo que todo alrededor de mí estalle de placer.

Darme cuenta de que necesito estar con Chris es como una bofetada, pero ignoro la sensación de nuevo, concentrándome en lo que se está formando en mi vientre.

—Ya casi Ellie —masculla con los dientes apretados. Abrazada a él empieza a embestirme salvajemente, siento que mi cabeza roza con la cabecera de la cama. Todo es demasiado, mi mente empieza a perderse y dejo de sentir todo salvo por lo que está ocurriendo entre mis piernas. Lanzo un fuerte grito.

Masculla mi nombre entre dientes y lanzo otro grito cuando Chris me embiste aun más fuerte y mi orgasmo llega, tan arrollador y salvaje como el hombre que me lo provoca.

Cuando aterrizo en el presente lo hago con una sonrisa. El mundo comienza a tomar color y dejar la oscuridad, para poder degustar de la perfecta vista que me ofrece el cuerpo desnudo de Christopher Bennett.

Tantos días de sexo maratónico tendrán que servirme en el futuro.

Mi anterior molestia con mi tía y Holly se ve reemplazado por —creo—, un sentimiento de agradecimiento.

—Ya despierta —le digo a Chris al oído, se encoje y me sonríe de esa forma tan... sexy... Dios, otra vez no.

—Hola —murmura. Creo que hemos vuelto al principio, o al menos, eso parece.

—Hola —respondo—, ¿me dirás por qué me has hecho esta, *muy agradable* visita?

Se tensa.

—No importa, me alegro de haber venido —dice, envolviendo un brazo en mi cintura y acercándose a él.

Mi celular comienza a sonar en la mesilla junto al suyo. Intento alcanzarlo, pero Chris me detiene.

—No respondas, por favor —dice, mirándome serio.

—¿Qué tal si es mi cliente? —le digo, enarcando una ceja. Se rinde, se levanta a entregarme mi celular y se dirige al baño.

Reviso el celular, es un mensaje de Holly preguntándome si asistiré a la fiesta de esta noche. Le respondo, asegurándole que después tendré tiempo para asesinarla, pero mientras, que se divirtiera en la fiesta con Scott.

Lo vuelvo a dejar en la mesilla y miro a Chris salir del baño con sus bóxers puestos y fijar su mirada hacia el jardín, con aire pensativo. Las cortinas bailan al compás del viento y de pronto, siento el corazón encogerse.

¿Realmente puedo plantearme un futuro con él?

Sé de fuentes no muy confiables que es un mujeriego por naturaleza, además de ser un soltero indomable, está forrado en dinero. Lo último es lo menos importante, pero de todas formas, nadie podría culparme por querer

estar con él por su dinero. ¿Quién iba a pensar que Ellie Hamilton terminaría medio enamorándose de Christopher Bennett?

Porque si es medio enamoramiento... ¿Verdad?

Me levanto de la cama y voy directo a él, a acariciar su cabello. Me sitúo a su lado y gira su rostro, mirándome.

—¿Pasa algo? —le pregunto, queriendo y no queriendo saber la respuesta.

—No. Sólo... Me gusta estar así, contigo. Nunca había compartido más que un polvo en la cama con una chica —admite—. Sin embargo, esto, contigo, me agrada.

Enarco una ceja como no creyendo sus palabras, pero definitivamente, mi corazón quiere creerlas.

—No te creo. Tienes fama de ser muy mujeriego. ¿Quién me asegura que nunca le has dicho lo mismo a otra chica?

Listo, he puesto mis cartas sobre la mesa.

Chris me toma la mano y la pone sobre su corazón, mirándome fijamente.

—Yo te lo aseguro, Ellie. No quisiera estar con nadie más —responde serio.

Abro mucho los ojos. ¿Esto es una declaración?

No me importa, lo abrazo fuerte mientras él entierra su rostro en mi cuello. Jamás me había sentido tan necesitada de protección y amor, y estar con él, me hace ansiar eso. ¿Cómo podría resistirme?

Sigo pensando en no resistirme cuando me toma de nuevo con una lentitud desquiciante.



Analizo mi escritorio en busca de alguna falla en el plano que les entregué a los Moore. Comprendo a la perfección su necesidad de pasar tiempo con la familia, pero aun así, me parece algo extraño que aun no hayan autorizado la restauración. Todo está perfecto...

—¿Ellie? No has comido nada, cielo. ¿Quieres algo ligero? —Lena me pregunta, interrumpiendo mis pensamientos.

—Creo que sí, por favor —le respondo. Asiente con la cabeza y cierra la

puerta, dejándome sola, de nuevo.

Hasta éste momento he logrado con éxito dejar de pensar en Chris y en todo lo que ha acontecido recientemente, pero fracaso. Tras la gran revelación que mi subconsciente me proporcionó, no puedo evitar analizar demasiado mis pensamientos. Apenas sé poca cosa de él. ¿Cómo es posible sentir algo por alguien que no conoces? Él tampoco sabe gran cosa de mí, pero si le cuestionara eso, seguramente diría que conoce bien mi cuerpo y eso ya es algo grande.

Bueno, quizá si lo conozco un poco.

Pero aun así, necesito saber más de él, de su vida, de lo que hace. Por alguna razón presiento que no me dejará entrar en su vida tanto como yo quisiera y, gracias a eso, siento un ligero dolor en el pecho.

No puedo estar completamente enamorada de él.

Aun sigue siendo la mitad, ¿verdad?

Cuando se fue el día de ayer, prometió llamar o enviarme un mensaje. Y ya han pasado casi 24 horas y no sé nada de él. ¿No será una señal?

Chris manda señales demasiado contradictorias, me confunde demasiado.



Los días pasan tranquilos. Me sumerjo en otros proyectos, pero hay algo en el fondo de mi cabeza que no puedo seguir ignorando. Tía Anne y yo investigamos un poco sobre el hombre con el que mamá decidió largarse. Al parecer tiene dinero, es dueño de unos hoteles en Nueva York y no le falta nada; al contrario, lo que tiene lo derrocha en nimiedades absurdas.

Para ser sincera, no esperaba menos de mi madre. La poca empatía que ha demostrado tener por *mí* me ha llevado a entender que quizá nunca me quiso. Que nunca quiso a mi padre, que quizá estuvo con él solo por la estabilidad económica que le brindaba, entre otras cosas ridículas que me hacen sentir que en realidad nunca conocí a la mujer.

—No lo pienses demasiado, cariño —dice mi tía al comentarle mis pensamientos—. Desafortunadamente tu padre no está, no podemos preguntarle las razones que lo llevó a casarse con tu madre. A decir verdad el matrimonio

entre ellos siempre me pareció muy frívolo, si me lo preguntas. Tu llegada... Lo cambió todo. Eran muy jóvenes y aunque tu madre se esforzó en ser buena esposa, o lo que ella consideraba que significaba ello, no logró deshacer su personalidad. Ni tu llegada lo logró.

—No lo entiendo, a veces siento que ni siquiera guarda algo de afecto por mí.

Mi tía aprieta los labios.

—Estoy segura que lo hace, a su manera. Nuestro padre, tu abuelo, siempre fue muy estricto con nosotras. Era chapado a la antigua, pero no de buena forma. Mi madre sufrió de sus malos tratos pero siempre debía mantener buena cara y la boca cerrada con el resto de sus amistades, incluso con la familia. Cuando fui lo suficientemente madura para comprender todo, me convertí en su confidente. Sus padres los obligaron a casarse, supongo que por ello nunca tuvieron una buena relación. Además del hecho de que mi padre siempre quiso un varón y no lo pudo obtener.

Suspiro, incapaz de entender lo que sería estar en los zapatos de mi abuela.

—Sumado a eso, Catherine es la mayor y sobre sus hombros siempre estuvo el peso de la responsabilidad de la familia. Sin embargo, nunca nos hizo falta nada. Mi padre, nos dio todo lo que pudiésemos desear. Pero la forma en la que la crió... No era la correcta. Y está cometiendo el mismo error contigo.

Después de un rato de charla, mi tía decide que debemos pasar algo de tiempo juntas, y nos dirige al centro comercial. A decir verdad, no es el mejor lugar para intentar dejar de pensar en las tonterías de mi madre, pero acepto de igual forma.

La dependienta de la tienda de ropa me sugiere distintos tipo de prendas que van de acuerdo a mi complexión, color de piel, y que se adapten de forma exquisita a mis curvas.

Palabras de la mujer, no mías.

Al final, salgo con unos cuantos vestidos, algunos pares de zapatos —tacones, *flats*, y tenis cómodos. Por su parte, mi tía compra dos vestidos de coctel y ropa casual para el hospital. No siempre viste con faldas tipo lápiz y camisas immaculadas.

Pasado un rato, decido comer pretzels en el área de restaurantes, con todas nuestras bolsas bloqueando el camino de la masa de gente que se junta en el

centro comercial.

—¡Lo siento! —exclama mi tía cuando retira una bolsa para dejar pasar a una mujer con la carriola de su bebé.

Hundo un pequeño dedo de pan dentro del delicioso queso amarillo y miro a mi tía.

—Creo que esta salida fue absolutamente benéfica para ambas —murmuro con la boca llena.

—Ya lo creo, cariño —me dice con una sonrisa, mientras coloca una bolsa en su regazo.

—¡Oh, acabo de recordar algo que quería preguntarte! —exclamo—. ¿Cómo les fue con la gala benéfica?

La sonrisa de mi tía se acentúa.

—¡Estupendo! Recibimos una buena suma como donativo, además de cosas materiales; camas, juguetes, etc. Fue muy buena idea hacer una gala de este tipo. Los niños están tan felices...

Veo una sombra de melancolía en el rostro de mi tía. Coloco una mano sobre la suya que yacía sobre la mesa.

—Sé que no es fácil estar alrededor de tantos niños enfermos, tía. Realmente admiro tu fortaleza.

Me sonrío con cariño.

—Lo que sea por esas criaturas. Créeme que me gustaría hacer más, preferiría no verlos nunca; así estaría segura que viven una vida sana, sin estar atrapados en esas cuatro paredes rodeados de máquinas. Es muy triste...

Suspiro. Ojalá pudiera hacer más.

Una vez al mes asisto al hospital a llevarles regalos a los pequeños que están internos. Me da algo de tristeza ver a algunos nuevos cuando asisto, y extrañar a otros que no resistieron la batalla. Hay que mantener la cabeza en alto y sonreírles, así sabrán que todo estará bien y se pondrán mejor.

Tía Anne elimina su rostro triste y me sonrío, anunciando que irá a pedir un sushi al establecimiento a unos metros de nosotras. Asiento con la cabeza y le pido uno para mí también.

Siento mi celular vibrar dentro de mi bolsillo del pantalón. Es Scott.

—¡Scottie! —exclamo de forma atropellada—. ¿Cómo estás?, ¿estás mejor?, ¿te duele algo? ¡Respóndeme!

Escucho carcajadas al otro lado de la línea.

—Tranquila, Ells. Estoy perfectamente; no puedo hacer muchos

movimientos bruscos ni ninguna estupidez que Holly no apruebe.

—¡Hey! —escucho detrás.

—Me parece perfecto que te sientas mejor. Unos días de reposo era lo que necesitabas.

—¿Crees que he podido reposar con esta mujer a mi alrededor? —se escucha una carcajada de fondo—. Como sea, te hablo para invitarte a mi casa, esta noche quería ir a cenar, pero claro, tu amiga aquí presente me negó la salida. ¿Quieres venir?

Sonrío.

—¡Por supuesto!

—Nos vemos aquí entonces, a las 7 de la tarde.

—Perfecto —miro el reloj de mi muñeca, son las 3.

—¡Adiós Ellie! —escucho de fondo y una carcajada cercana—. Nos vemos más tarde —dice Scott.

Cuelgo justo cuando tía Anne llega con nuestra comida.

Abro mucho los ojos.

—¡Vaya, qué rapidez!

Mi tía me guiña el ojo y procedemos a comer. ¡Muero de hambre!



Al regresar del centro comercial, guardo mis compras en el armario y me preparo la cena con mis mejores amigos.

Subo al coche, y me voy a una velocidad normal, en la que pueda tener algo de tiempo para pensar. A veces no debería pensar tanto, como ahora.

Sólo me torturo pensando en alguna razón lo suficientemente válida como para que mamá se haya ido. ¿Quién en su sano juicio deja su casa para irse de *vacaciones* con un *conocido*? Suspiro, eliminando ese pensamiento, pero pronto se ve reemplazado por otro.

Mi mente regresa a Chris y al recuerdo de sus manos sobre mi cuerpo. Presiento que me evita de una forma u otra, pero... Lo que pasamos fue tan intenso... Podría jurar que él lo sintió igual que yo. Pero, ¿cómo saberlo? Nunca habla de sí...

¿Cómo puedo acceder a Chris sin ninguna restricción?

Él tuvo acceso total a mi cuerpo; sus herramientas de seducción son bastante efectivas y yo no puedo hacer nada más que entregarme y dejarme llevar. De nada sirve plantearme hipótesis e ideas de por qué él es así. Presiento que ninguna me acerca a la realidad.

Luego de llegar a casa de Scott y platicar un rato sobre su estado de salud —cabe mencionar que se ve excelentemente bien, salvo por el bulto en su abdomen de las vendas que aun debe llevar—, Holly comienza con preguntas incómodas que, por más que quiera no puedo ignorar.

—¿Todo bien con Chris?

Aprieto los labios y suspiro profundamente.

—Uh oh. Eso no es buena señal. ¿Qué pasa? —me pregunta. Scott frunce el ceño.

—Hay algo sospechoso en él, Ellie.

—Lo sé —conuerdo.

—¿Seguiste recibiendo las llamadas?

—No. Las llamadas se detuvieron pero tal vez comiencen de nuevo y...

—Cambia tu número —sugiere Scott.

—No puedo cambiarlo, sería un mensaje para esa persona, un mensaje claro y alto de que soy una cobarde y blanco fácil para algún tipo de extorsión. No, debo hacerle frente la próxima vez que me hable y no quedarme de piedra escuchando como me amenaza.

—Ellie, no estás pensando correctamente —dice Holly.

—Estoy siendo razonable.

—No, no es cierto y lo sabes. —comenta Scott con la ceja enarcada.

—¡Agh! —grito con desesperación. Sé que mis palabras suenan estúpidas incluso para mis oídos, pero ¿qué más puedo hacer?

—Tienes que decirle —dice Holly, leyéndome la mente. Estoy dispuesta a emitir una negativa, pero ésta me lanza una mirada asesina.

—No puedo decirle, Holly. ¿Qué tal si le hacen algo por... mi... culpa?

Ese es mi miedo. Temo que le hagan algo, estas amenazas no son casualidad. Quieren hacerme daño y a Chris también.

—Con más razón debes decirle. Haz entrar en ese gran melón la idea de que tal vez él pueda ayudarte a detener esas llamadas antes de que vuelvan a comenzar —Scott me sorprende. Su repentino cambio con respecto a Chris me da en qué pensar.

—Está bien —accedo—, sólo porque ya quiero que termine toda esta mierda.

Ambos se voltean a ver entre sí y esbozan una sonrisa victoriosa. Holly alcanza mi celular que está sobre el sillón y me lo arroja. Casi me da en la cara por un pelo. La miro con el ceño fruncido y mirada furibunda.

—No te sulfures, llámalo ahora mismo y dile lo que sucede. O al menos cítate con él en algún lugar. Tiene muchos días evitándote, ¿no crees que eso pueda significar algo?

Tal vez Holly tenga algo de razón, aun así, la miro con cierta desconfianza y suelto un suspiro de cansancio. Busco su número entre mis llamadas recientes y lo marco.

Espero con nerviosismo a que conteste, temiendo que no lo haga, pero si lo hace.

—Ellie —responde con voz grave.

—Necesito hablar contigo de algo serio.

—Te escucho. ¿Sucede algo? —su tono cambia de repente a estado de alerta.

—No puede ser por teléfono. ¿Podrías venir a mi casa? —la línea se queda en silencio por un rato, tanto, que hasta me planteo que Chris hubiese colgado la llamada, pero a los segundos lo escucho.

—Está bien, iré en una hora.

—De acuerdo, nos vemos —y termino la llamada.

—¿Accedió? —pregunta Holly. Me levanto del suelo y busco mis llaves en los sillones, las tomo y me dirijo a la salida.

—Sí. Irá a mi casa. Me tengo que ir chicos, disfruten del resto de la noche. Gracias, los amo. —salgo rápidamente con bolsa y llaves en mano.

No sé como sentirme; una mezcla de emoción y dolor se mezclan en mi pecho. Muero de ganas por verlo, pero me duele que a él no le interese siquiera un poco como para llamarme en la semana.

Vas de nuevo a confundirte, Eleanor. Sólo es un hombre con quién tienes derecho a roce, nada más. No compromisos, no nada.

Golpeo mentalmente a mi subconsciente y conduzco por la casi oscura calle en dirección a la mía, tomando varios caminos largos que me permitan pensar en qué diablos le voy a decir ahora que le he pedido que vuelva.

Recuerdo haber escuchado por ahí que tu verdadero amor aparece sin que lo esperes, cambiando tu vida por completo. Inspira en ti la promesa de sentir un amor tan abrasador como el mismo fuego que no tendrías manera de sofocarlo a menos que lo tengas a él junto a ti, estando entre sus brazos, un manto protector. Nada más habitaría tu mente, pensarías en él día y noche y con algo de suerte, también soñarías con él. Con un quizá, con un tal vez, con un ojalá y él, siempre se formaría el *nosotros*. *Quizá nosotros, tal vez nosotros, ojalá nosotros*.

Eso es lo que yo siento por Chris, y, por mucho que odie reconocerlo, estoy completamente enamorada de él, enamorada como una estúpida. Quiero saber todo de él, absolutamente todo. Conocer sus miedos, inquietudes, preocupaciones y que él se sienta libre de contármelas, sin presión, sin miedo a que lo juzgue...

Con este descubrimiento, llego a mi casa, sorprendida de incluso haber llegado. Me concentro en no llorar, lo veré en un rato y no creo que sea conveniente que se note si lloré o no.

Al entrar por la puerta del garaje, encuentro a Lena mirando la televisión en el pequeño cuarto al que ella denominó *La sala de planchado*. Precisamente esa era su función y mientras ella la lleva a cabo, puede ver la televisión. Alguna novela rosa que algún canal latinoamericano. Lena es amante de eso.

—¡Hola, linda! —exclama, dejando la plancha de lado—. ¿Tienes hambre?

—No, gracias —sonrío—. Ya cené con Scott y Holly. Oh, espero a alguien, si escuchas el timbre sonar...

—Sí, sí. No te preocupes.

—¿Mi tía?

—Salió al hospital, me dijo que mas tarde te llama al celular —continúa con su tarea y decido retirarme.

—¡Gracias Lena! —le digo con una sonrisa y salgo del cuarto en dirección

a la sala de estar.

Han pasado cuarenta minutos desde que hablé con Chris. No es que esté contando el tiempo, supongo que es algo así como... Curiosidad. Nunca hago tanto tiempo de casa de Scott a la mía.

Me recuesto en el sofá y me decanto entre ver la televisión para calmar mis nervios, usar mi celular para calmar mis nervios, o dormir para calmar mis nervios.

Sonrío y me acomodo entre los mullidos cojines, cuando Chris llegue seguro escucho el timbre.



Abro los ojos de golpe al escuchar que Chris me llama. Lo veo, mirándome confundido.

Es un sueño, definitivamente no lo tendría a una distancia tan corta de estar realmente aquí.

—¿Ya estás despierta? —me dice, con una sonrisa. Me sobresalto y me levanto del sillón de golpe, pero él no es demasiado rápido y nos damos un golpe en la cabeza.

—¡Au! —exclamo, apretando los ojos.

—Vaya, de no haber sido por esto jamás hubiese adivinado que tienes la cabeza tan dura. —murmura con sarcasmo. Ruedo los ojos mientras lucho contra un bostezo.

—Qué gracioso. ¿Cómo has entrado?

—La señora Dalton me abrió la puerta. Al parecer te vio tan cómoda en el sillón que no quiso despertarte.

Frunzo el ceño y miro a Chris. Está sentado en el poco espacio que queda en el sillón con mis piernas estiradas. Tiene el cabello despeinado, como me gusta. Lleva pantalón negro de vestir una camisa algo apretada. Y lo digo porque puedo trazar con mi mirada los músculos de sus brazos. Si trabaja tanto, ¿tiene tiempo para ejercitarse?

Esa es una de las tantas cosas que me gustaría saber sobre él.

—Necesitamos hablar —le digo con seriedad. Inhalo y su aroma me

golpea. Cierro los ojos desesperada por ahuyentar los pensamientos caprichosos que comienzan a agolparse en mi cabeza.

—Te escucho. ¿Sucede algo? —pregunta, con interés.

—Yo... —carraspeo, intentando centrarme en el tema y en el hecho de que no me ha tocado, para nada—. He estado recibiendo unas... llamadas.

Y así, le relato las cosas tal y como sucedieron. Noto que se tensa a cada palabra que digo. Su cuerpo en sí emana tensión. Cuando termino, decido dejar la boca cerrada a la espera de que me responda. Me siento demasiado emocional por haberlo extrañado y furiosa con él y conmigo por no poder reprimir mis sentimientos.

—¿Chris? —le digo, al ver que no responde. Se levanta del sillón y se aleja de mí—. ¿Podrías decirme qué sucede? ¿Es una broma de mal gusto? Porque, de verdad... No es gracioso.

Su respiración comienza a ser frenética mientras saca el celular del bolsillo del pantalón. Toca la pantalla y se lo pone en el oído.

—¿Qué demonios? —grita con coraje. Temo que haga algo estúpido, pero prefiero no intervenir. Sólo pongo mis ojos sobre él a la espera de la respuesta de la persona con quien esté hablando.

—Ha llamado a Ellie —continúa—. ¡Esto necesita parar, Rhett, necesito que pare! —luego se gira a mi bruscamente—. ¿Cuándo fue la primera vez que ocurrió?

—Eh... Hace... Dos, dos semanas —respondo, temblorosa. Chris me lanza una mirada que me hace encogerme. Está furioso.

Claramente contigo también por no haberle dicho antes, idiota.

—¿La oíste? —le pregunta al tal Rhett—. Encuéntrala.

Y cuelga.

¿Encuéntrala? ¿Es una mujer? Siento que mi estómago se retuerce un poco. Me giro sobre mí y pongo los pies sobre la mullida alfombra.

Así que una mujer despechada es la que está ocasionando esto. Me pregunto qué es lo que habrá hecho Chris en el pasado para hacer enfurecer a la chica. De igual forma, ¿por qué se mete conmigo? Chris y yo no somos pareja, ni nada por el estilo. Empiezo a sentirme realmente furiosa con él.

—¿Podrías decirme de una buena vez qué es lo que ocurre? —le digo en un tono más alto de lo que pretendo. Me levanto del sillón y camino hacia él, que está moviéndose, pasando una mano por su cabello, alborotándolo más.

Toma asiento en el sillón tras de él y recarga los codos en sus rodillas y

con sus dedos masajea sus sienes. Levanta el rostro y dice: —Las llamadas se detendrán, no importa ya.

—Maldita sea, ¡claro que importa! ¿por qué diablos no me quieres decir?

—No es de tu incumbencia —responde en tono seco.

—¡Todo lo relacionado contigo es de mi incumbencia y ahora estoy involucrada! —grito desesperada. Tomo uno de los cojines cercanos y se lo lanzo.

¡Maldición! ¿por qué carajos cree que no me interesa?

Atrapa el cojín en el aire y lo pone a su lado. Luego, se levanta del sillón dirigiéndose a mí.

—No te me acerques —amenazo. Me ignora y continúa caminando mirándome de esa manera... De esa forma en la que provoca que todo mi interior se derrita. Me toma por los brazos y me estampa un beso en los labios. Cuando se separa y me suelta, le doy una bofetada tan fuerte que la mano me arde.

—No te acerques —le digo una vez más. Chris se acaricia la mejilla y camina hacia mi de nuevo. Intento escapar retrocediendo pero termino golpeándome con la pared. Estoy acorralada.

Levanta una mano y me acaricia la mejilla con el dorso. Desvío mi mirada a ningún punto en concreto. Dios, me escuece la mano, me duele el pecho. Necesito saber qué ocurre por el simple hecho de estar involucrada y que todo es por él. Necesito saber que él va a estar bien.

—Tranquila... Todo estará bien —dice con voz suave. Aprieto los puños a mis lados en un intento por no levantar mis brazos y rodearlo con ellos. Está tan cerca y el único toque sobre mi cuerpo es el de su dorso contra mi mejilla.

Aprieto los labios.

—¿Te duele? —pregunto. Al final no me puedo resistir y paso una mano sobre la mejilla que bofeteé. La tiene caliente y maldigo mentalmente. Creo que la bofetada no era necesaria.

—No —dice con voz ronca. Suspira y deja de tocarme. Toma una de mis manos y besa el dorso, mirándome fijamente—. No tengo idea de quién sea la persona que haga esto, pero, a juzgar por lo que hace, estoy seguro de que es una mujer y de que, no entiendo la manera, sabe cosas que a pocos o a casi nadie le he contado. Está desquiciada y créeme... Si llegara a atreverse a tocar uno solo de tus cabellos, no tendré piedad.

Trago saliva y cierro los ojos. Dios, lo necesito cerca de mí. Su instinto de

protección es dulce y a la vez algo loco. Jamás me había sentido así con nadie. Toma mi otra mano y besa el dorso. Sin soltarme dice:

—Ellie... Eres lo que más me importa en éste mundo. No dejaré que nada te pase.

Siento un millón de mariposas revolotear en mi estómago y me siento casi extasiada al oír sus palabras. Me siento casi flotar y casi sin saberlo, ya tengo mis labios pegados a los suyos en una respuesta desesperada a sus palabras. Me separo y lo abrazo fuertemente, enredando mis brazos alrededor de su cuello, inhalando su olor, impregnándome de él. Quiero recordar este momento siempre. No son las palabras que realmente esperaba, pero yo le importo, le importo tanto que va a protegerme de lo que sea que esté ahí fuera, acechándonos.

Chris envuelve sus brazos en mi cuerpo y hunde la nariz en mi cuello. Siento como el peso de los últimos días desaparece. Beso su mejilla con suavidad, y pego mi frente a la suya, exhalando dos palabras.

—Te extrañé.

Chris sonrío. No es una sonrisa de cabrón, es una sonrisa tímida.

—Y yo a ti, como no tienes una maldita idea —murmura contra mi cuello y aprieta más su abrazo. Siento en mi pecho la vibración de su voz y mi corazón se hincha de amor por este hombre.

Puedo no conocerlo realmente, pero su instinto protector me da muchas señales que mi corazón recibe con entusiasmo.

Quizá hay una oportunidad para ambos.

Tal vez podamos lograrlo.

Ojalá estemos juntos como lo deseo tan fervientemente.

Y así, levanto mi rostro de su cuello y lo miro a los ojos. Se ve cansado y tiene unas ligeras ojeras moradas debajo de sus ojos que me miran esperando una reacción. Levanto la mano y acaricio suavemente su mejilla que está ligeramente cubierta con una barba de dos días. Con la otra mano le acaricio su suave cabello. Chris cierra los ojos y exhala un suspiro.

—Quédate.

Abre los ojos y me mira fijamente. Su gesto sereno desaparece para ser reemplazado por una sonrisa diabólica.

—Suena excelente —declara. Y sin más, se inclina y me echa sobre su hombro, dirigiéndose a la escalera.

—¡Bajame! —chillo desesperada. Chris responde dándome una nalgada.

—Calla, te van a escuchar —dice en un murmullo.

—Bájame entonces.

—Ya que lleguemos.

Sube los peldaños conmigo en su hombro como si nada. Camina por el pasillo y cuando ubica la puerta de mi habitación, la abre y cierra detrás de nosotros. Con su mano libre enciende la luz de la lámpara, seguido, me baja, concentrándose en deslizar mi cuerpo por el suyo hasta que mis pies tocan el suelo. Sus ojos parecen dos lagunas negras.

—Hoy no sucederá nada —dice.

Frunzo el ceño desconcertada y añade:

—Quiero dormir a tu lado y ver tu rostro al despertar —dice y me siento derretir de nuevo.

Asiento, incapaz de emitir ningún sonido.

Chris comienza el lento y meticuloso proceso de desnudarme con parsimonia. Me saca la blusa y procede a quitarse la camisa, pero le pido que me deje a mí y accede. Comienzo a soltar los botones uno a uno sin dejar de mirarlo. Mis manos tiemblan por el nervio de tenerlo aquí y el cómo se dieron las cosas.

Baja sus manos hacia el pantalón y desabrocha el botón. Por mi lado, me saco los zapatos y el pantalón a velocidad rayo. Una vez semi desnudos, Chris retira la sábana de mi cama y me hace entrar en ella, luego él seguido de mí. Acciona el interruptor y apaga la luz.

Escucho su pausada respiración en mi oído. Me acomodo de manera que mi espalda quede firmemente pegada a su pecho y él me envuelve en sus brazos; besa mi cabello, aspirando una vez más mi olor, como si quisiera memorizarlo.

Mi corazón comienza a latir con tanta fuerza que casi creo que él lo escuchará.

—Buenas noches, preciosa. —murmura a mi oído.

—Buenas noches, Chris.

Escucho su respiración pausada durante un tiempo hasta que suelta un poco el agarre que tiene sobre mí; ya está dormido. Todo fue demasiado rápido; la llamada, la pelea, la bofetada, las palabras y la manera en que declaró que no dejaría que me ocurriese nada... Soy consciente de cada una de las respiraciones que toma, de su cuerpo pegado al mío y del hecho de que esta noche no habrá nada sexual.

Mi corazón se hincha de amor por este hombre una vez más. Chris me perteneció en el momento en que me entregué a él. De igual forma, yo cuidaré de él, porque no estando un cuarto, ni la mitad, si no completamente, cien por ciento enamorada de Christopher Bennett, lo defenderé con uñas y dientes de quien sea que quiera apartarlo de mi lado.

Es mío.

El calor que siento es sofocante, como si me estuviesen presionando los pulmones para no respirar aire fresco. Abro los ojos de golpe y lanzo una mirada al reloj del clóset.

8:34 a.m.

Tengo demasiado calor por unos brazos que me sostienen con demasiada fuerza. Los recuerdos vuelven a mi mente y cuando me giro, me encuentro de frente con Chris durmiendo plácidamente. Abrazado a mí, en mi cama, en mi habitación, en mi casa.

Siento mariposas en el estómago que casi consiguen hacer que me incline, pero estoy firmemente apretujada contra Chris, así que me resulta imposible. Me permito el lujo de examinarlo. Su suave cabello está revuelto, tiene el rostro relajado, sus pestañas rosan sus mejillas, respira tranquilamente.

Dios... es tan guapo.

Me acerco a su rostro y le doy un suave beso en los labios. Santa madre, estoy acabada.

Enamorada como una idiota. Realmente acabada.

Chris es una avalancha de emociones para mí, eso provoca en mi interior y muy seguramente eso me derrumbará en algún momento si llega a cansarse de mí...

Se revuelve un poco en sueños y vuelve a quedarse inmóvil. Decido no hacer ningún movimiento más, deleitándome con su imagen hasta que el sueño se instala de nuevo en mí.



—Buenos días, Cenicienta —escucho la voz grave de Chris a través del umbral de mis sueños, seguido de besos que van desde la clavícula pasando

por mi cuello, hasta mis labios.

—Hmm... Podría acostumbrarme a despertar así contigo —murmuro somnolienta. Abro los ojos y lo encuentro de frente con su rostro precioso y una enorme sonrisa. Mi estómago se encoje una vez más. En algún momento creí que despertaría sola. Mi corazón late con fuerza al darse cuenta que él sigue aquí, justo donde estaba hace un rato.

—Igual yo —concuerta con una media sonrisa que me derrite. Se acerca a mis labios y empieza a devorarlos hábilmente, mientras que con una mano acaricia la piel desnuda de mis curvas. Un escalofrío se apodera de mí y, en respuesta, paso mis brazos por su nuca para acercarlo más a mí.

Siento que suelta un poco de su peso sobre mi y puedo percibir la enormidad de su felicidad contra mi vientre. Dios, este hombre va a volverme loca, o, una ninfómana, por lo menos.

Mi parte salvaje hubiera querido que Chris siguiera acariciándome de esa forma hasta el fin de los tiempos, pero... Debo hablar con tía Anne. Seguro se encuentra desconcertada viendo el coche de Chris afuera.

—Espera —murmuro entre besos. Chris gruñe y se separa a regañadientes, mirándome con fingida molestia.

—¿Qué pasa? ¿Qué no puedo disfrutar de ti un momento? —pregunta con el ceño fruncido.

—Para eso hay tiempo —le guiño un ojo—. Tengo algo de hambre, ¿quieres desayunar?

—No tengo hambre de comida —me dice con su voz grave y mirada insinuante. Santa madre, siento que mi vientre se hace líquido.

—¿Por favor? —aleteo las pestañas—. Necesito hablar con mi tía un momento, después, seré toda tuya y si quieres podemos saltarnos el desayuno.

Le sonrío pícaro y Chris suelta una carcajada que es como alimento para mi corazón.

—De acuerdo, pero nada de saltarse el desayuno, te alimentaré preciosa, ven aquí —me acerca a él y una vez más fundimos nuestros labios hasta que se convierten en uno solo. Mi corazón late muy deprisa. Espero que no lo escuchara, porque aún no me siento lista para decirle a Chris mis sentimientos por él.

Eso no quita que me muera por hacerlo.



—Tía, no sé qué sucede, estoy segura que pasa algo raro con Chris, pero cuando estoy con él es lo menos que me importa —le digo con convicción. Tía Anne está recostada sobre su cama. Tiene algo de gripe y se ve cansada.

—Cariño, si él te hace feliz, ¿qué es lo que te detiene para decirle lo que sientes? —pregunta con voz rasposa.

—Mi propia cobardía y miedo.

—Si él vino hasta acá, se quedó contigo, y sigue esperándote, ¿por qué crees que te rechazaría? —miro a mi tía con el ceño fruncido—. Sabes bien que ese es tu temor, Ellie. No creo que debas temer. Él te dijo lo que siente con palabras exactas, ¿o no? —asiento con la cabeza—. Bien, entonces, ¿qué esperas a darle un empujón? Demuéstrale que sientes lo mismo y te aseguro que te dirá las palabras que ansías escuchar.

Me acerco a ella para abrazarla.

—Gracias tía, estoy aterrada —le digo, mientras la abrazo fuerte.

—No tengas miedo, él cuidará de ti.

Me desconcierta lo que dice, pero aun así, asiento. Le doy un beso en la mejilla y salgo de su habitación para ir al encuentro con mi hombre.

Bajo las escaleras y encuentro a Chris en la cocina, comiendo una manzana, mientras charla animadamente con Lena.

—¡Buenos días, linda! —exclama Lena sobre el hombro de Chris. Éste voltea y me sonrío. ¡Qué guapo es!

—Buenos días, Lena —me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla—. ¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí, salvo por lo de tu tía, pero no te preocupes, yo cuidaré de ella. Disfruta del día —dice con alegría. Frunzo el ceño y me giro para ver a Chris que ya está listo para salir de la casa con una cesta de mimbre entre sus dedos y una sonrisa radiante.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? —le pregunto.

—Oh, es tu desayuno cielo. Nos vemos más tarde —dice Lena, despidiéndose. Se va de la cocina, dejándonos a Chris y a mi solos.

—Hasta luego Lena, gusto en conocerla. —dice Chris en voz alta. No hay respuesta de Lena puesto que ya se ha esfumado de aquí.

Chris entrelaza sus dedos con los míos y al sentir su toque, el roce lanza una descarga eléctrica por todo mi sistema. Lo miro y me dedica una media sonrisa.

—Te dije que te alimentaría.

Ahora entiendo por qué me pidió que me pusiera ropa cómoda. Voy con un short corto, tenis y una blusa color coral. Chris sólo se dio una ducha —cabe señalar que me recordó unas mil veces que fue una ducha fría —y se puso la misma ropa de la noche anterior. Supongo que iremos a su casa a que se la quite y ponga algo más cómodo.

Con mi bolso en el hombro y Chris con la cesta en su mano, salimos de la casa en dirección a su reluciente Audi azul rey que emana poder, al igual que su dueño.

—Que lindo —le digo, sin darle mucha importancia.

—Lo sé —murmura con una sonrisa.

Me abre la puerta con gesto de caballerosidad.

—Después de usted, señorita —dice con una reverencia y sonrisa burlona.

—Gracias —le digo categórica mientras entro al coche.

Deposita la cesta dentro del reducido maletero y sube al asiento del piloto con una elegancia exagerada.

Introduce presiona un botón y el coche se enciende con un ligero rugido.

—¿Te gusta? Es un R8 LMX —dice, con orgullo.

—Me encanta —admito con entusiasmo. Me coloco el cinturón de seguridad y cuando Chris hace lo mismo, me sonrío arrogante y salimos en camino.

¡Puedo jurar que el coche casi vuela!

Reconozco la entrada de la casa de Chris, también llamada *La casa de los abuelos*. Aparca en el porche y baja del coche, saca la cesta del maletero y me abre la puerta. Sostiene mi mano entre la suya y la ya conocida reacción que desata provoca que se me ericen los vellos del cuerpo.

Dios de todas las chicas frustradas, ayúdame a no lanzarme a su cuerpo en este preciso instante.

Miro a mi alrededor, nada ha cambiado. El camino pedrado sigue impecable y el jardín en perfecto estado. La casa es el sueño de cualquier chica amante de las fachadas victorianas, como yo.

Giro el rostro para verlo y me examina con curiosidad.

—¿Qué sucede? —le pregunto con el ceño fruncido.

Vacila en responder. Al final, sacude la cabeza y sonríe.

—Nada. Vamos a comer —sus ojos adquieren un brillo malicioso. Sonríe ante su gesto—. *Aun* no, primero comeremos.

¡Aun no!

Mi cuerpo vibra ante la promesa sensual que me hace. ¿Cuándo dejaré de desearlo de ésta forma?

Nos lleva dentro de la casa y la admiro una vez más. El vestíbulo es enorme. El suelo de tablón está ligeramente cubierto por una alfombra café con decorados dorados y azules. Justo en el centro hay una mesa en la que destaca un jarrón enorme con flores recién cortadas. Me acerco a ellas e inhalo. Huelen delicioso.

Me giro para ver a Chris y éste me observa de nuevo con ese brillo depredador en sus ojos color miel. Siento al instante como mis pechos duelen bajo la presión del sostén. Reclaman su atención.

Trago saliva y me acerco a él, al diablo con el desayuno. Trazo un camino por su pecho, subiéndola hasta que llego a su cara y acaricio su mejilla, vertiendo todo el cariño que siento por él en esa simple caricia. Chris inspira fuerte. Puedo ver la desesperación en su rostro; él también lo desea tanto como yo.

—Por favor —suplico.

Chris lanza un gruñido y me sonríe maliciosamente. Me sube sobre su hombro de nuevo y sonríe. ¡Me estoy volviendo una ninfómana con todas sus letras!

Sube los escalones, y camina por el pasillo hasta llegar a la última puerta, luego me baja, deslizándose por su cuerpo. Inspiro el olor conocido e inmediatamente me siento mareada por la excitación.

Abre la puerta y me da un ligero empujón, invitándome a entrar.

La recuerdo exactamente igual a la última vez. Es color blanco con cortinas azul marino que en este momento, yacen corridas, dejando entrar toda la luz del sol. A mi izquierda, su cama perfectamente tendida, también es de color azul marino y la cabecera de madera con detalles que no puedo distinguir desde mi posición. A mi derecha hay un escritorio lleno de papeles esparcidos perezosamente por toda la superficie. Una enorme pantalla de computadora yace apagada. Me introduzco más en la habitación y doy con su clóset, que está a la izquierda de la cama.

Chris azota la puerta y a los segundos, siento como rodea mi cuerpo con

sus brazos mientras hunde la nariz en mi cuello, inhalando fuerte. Un cosquilleo en mi vientre se hace presente.

—Mía —gruñe contra la piel de mi cuello. Un sonido desconocido se escapa de mi garganta. Doy gracias porque me sostiene, porque seguramente a estas alturas ya estaría tendida en el suelo.

Me gira hasta quedar frente a él y con un último suspiro, une nuestros labios en un beso hambriento y lleno de desesperación. Me siento exactamente de esa forma: hambrienta y desesperada por tenerlo más cerca de mí.

Lo tomo de las solapas de su camisa y la abro de golpe, logrando que los botones salgan disparados a todas direcciones. Chris levanta mi playera y le ayudo a sacármela. Me quito lo demás mientras él se desnuda por su cuenta.

Para cuando termina, está respirando agitadamente y me toma del brazo, pegando su cuerpo al mío.

Puedo sentir su excitación contra mi estómago, lo cual solo hace que mi excitación aumente a un nivel estratosférico. Me levanta con un brazo y nos dirige a la cama mientras besa mi cuello. Dios, está desquiciándome.

—Me vas a volver loca —murmuro en un gemido ahogado.

—No más de la mitad de lo que tu ya me tienes loco a mí —declara fervientemente. Me recuesta en la cama y se coloca sobre mí. Mi vientre se aprieta al sentir sus manos acariciando mi cuerpo.

Intento hacerme una idea de cómo me veo en este momento: Cabello revuelto como un aura sobre la cama, mejillas encendidas y pecho desnudo. No veo más que a una chica lujuriosa debajo del cuerpo de un hombre atractivo. No puedo entender por qué Chris me mira como si fuera lo máspreciado que posee, memorizando cada parte de mi cuerpo como si fuera la última vez que lo verá.

Sinceramente, espero que no sea la última. Si él piensa que sí, está firmando mi sentencia de muerte. Ya comprendí que no podré vivir sin él.

Se derrumba sobre mi cuerpo, pero esta vez, tiene especial atención en morder y lamer mis pezones con devoción. Siento oleadas de placer desde la punta del cabello hasta la punta de los dedos de los pies.

Santa mierda.

Cuando termina con su tarea, vuelve a besarme mientras con la otra me acaricia el vientre y lo que hay más abajo. Cierro los ojos, sintiendo como desliza sus labios desde mi barbilla, por mi clavícula y descendiendo, descendiendo.

Los abro de golpe al sentir que se detiene. Trago saliva, desesperada por sentir su toque sobre mí. Tomo una de sus manos y la coloco sobre mi pecho.

—Estás demorándote demasiado —me quejo. Una encantadora media sonrisa se dibuja en su rostro.

—Paciencia —me dice, tranquilo. Rasga un pequeño paquete y sonrío mientras se coloca el condón.

Cuando acaba, enrosco mis piernas alrededor de sus caderas y lo presiono contra mi cuerpo en un acto de desesperación.

Entra en mí con una estocada y un gruñido de éxtasis se escapa de mi garganta. Entra y sale bruscamente. Grito ante su impetuosidad. El vaivén de sus caderas contra las mías hace que todo me dé vueltas. Sigue besándome como un animal al que han privado de su libertad y ahora que la tiene, la quiere aprovechar. Chris emite un gruñido y mi vientre se contrae, lo cual, sólo provoca que su gruñido aumente de volumen.

Jadea una afirmación y me siento a unos pasos de caer al vacío.

—Más fuerte —gruño. Sujeto el agarre de mis piernas a sus caderas y tenso más en mi interior.

Llego a la cima cuando Chris acelera las acometidas sin tener piedad. Estallo en gritos que él silencia con sus labios, seguido, baja el rostro hacia mi pecho y succiona uno de mis pezones. Ese es mi detonante. Aprieto los ojos con fuerza y lanzo un alarido irreconocible mientras Chris da sus últimas pero fuertes acometidas que terminan con un gruñido gutural.

Teniendo a Chris tendido sobre mí, instalado entre mis piernas, poco puedo hacer para detener las oleadas que mi orgasmo dejó. Doy unas cuantas respiraciones para tranquilizarme. Chris tiene el rostro hundido en el valle entre mis pechos. Su creciente barba me hace cosquillas.

Levanto una mano y acaricio su cabello con suavidad. Él levanta la cabeza y me dedica una hermosa sonrisa satisfecha.

—¿Te molesta si me quedo así?

—Para nada —le respondo con una sonrisa. Suspiro y cierro los ojos. Chris nos hace rodar a ambos sin salir de mí y me aprieta fuerte contra su cuerpo. Me río y abro los ojos para encontrarme con su rostro frente al mío. Se ve como un adolescente con el cabello revuelto, ojos brillantes y una sonrisa tan encantadora que no puedo evitar robarle un enorme beso. Chris suelta una carcajada y me abraza contra sí.

Mi pecho está a punto de explotar por todos los sentimientos que han

hecho acto de aparición. Mil mariposas resurgen de mis entrañas para apoderarse de mi vientre y revolotear mientras recuerdo lo sucedido minutos antes. Por alguna razón, mi corazón se hincha un poco más de amor por él.

Muchas veces me he cuestionado mis decisiones, pero de esta estoy completamente segura y convencida: Lo querré con cada célula de mi cuerpo hasta el fin de mis días.

Más tarde, luego de haber dado vueltas sobre la cama, Chris me saca de ésta y me obliga a vestirme de nuevo para bajar a tomar el desayuno que Lena había preparado para nosotros. No pongo excusas, luego de nuestro pequeño encuentro erótico, mi estómago exigía comida.

Con una sábana en mano, tomamos asiento a la mitad del enorme jardín trasero de la casa. La coloco en el suelo y nos sentamos sobre ella mientras desayunamos entre risas y plática.

He descubierto que Chris no es solo una cara bonita, también es un hombre increíblemente inteligente. Me contó algo que ya sospechaba: estudió en el extranjero, específicamente en Oxford y se graduó con honores para regresar y comenzar a liderar la empresa junto con su padre. Tampoco es que se la pusiera fácil, no comenzó desde abajo como todos, pero siempre tuvo cierta carga de trabajo que, aunque no le correspondía, lograba efectuar con responsabilidad.

Contengo un suspiro al verlo platicar sobre sus pasiones, su trabajo, sus estudios, entre otras cosas.

Los días pasan y con ello, miles de emociones florecen al exterior. Sus atenciones, la manera en que me miraba como si fuera lo máspreciado que tenía me hacía sentir única, especial. Hubo días en que me sentí algo indigna, digo... ¿Cómo es que un hombre tan apuesto y triunfador como él se fijó en mí?

Pero después, me regañaba mentalmente. Yo lo merezco, totalmente.

Aun así, sintiendo todo esto, y pasando con Chris la mayor parte del día, algunas preguntas asaltaban mi cabeza. ¿Qué éramos él y yo?

No puedo nombrarnos «novios», porque Chris no me lo ha pedido, y, a decir verdad, sólo me dice «preciosa», «hermosa», entre otros apodos cariñosos.

Hoy viernes, me despierto temprano salgo a la terraza para no molestar a Chris. Respiro el aire matutino, vestida solamente con la camisa de él, sentía como su olor me rodeaba. He notado que no lo he visto fumar, ni tampoco huele a tabaco. Creo que por saber esa debilidad suya me siento aun más parte

de él de lo que el jamás sabrá. No lo cambiaría por nada.

Cuando regreso a la habitación, Chris está despierto y poniéndose la ropa a toda velocidad. Lo miro con el ceño fruncido.

—¿Chris? ¿Pasa algo?

Gira su rostro hacia mí y capto temor en su mirada. Corre hacia mí y me abraza tan fuerte que estoy a punto de quedarme sin aire.

—Ellie —murmura—. Estás aquí.

Aspira mi aroma como si fuese un tranquilizante.

—¿Qué pasa? —pregunto, alarmada. Me separo de su abrazo para mirarlo de nuevo.

—Creí que... —hace una pausa y desvía la mirada—. Creí que te habías ido. —dice con voz tensa.

—Solo salí a tomar aire —respondo con confusión. Le tomo la mano y lo dirijo a la cama. Sólo lleva puesto el pantalón de mezclilla, incluso así se ve hermoso.

Lo abrazo y acaricio su cabello hasta que parece relajarse. Le aseguro que no iré a ninguna parte y que no hay otro lugar en el que quiero estar. Cuando clava sus ojos en los míos y me sonríe, travieso, me doy cuenta que ya puso atención a lo que llevo puesto. Con una sonrisa ladeada me acomoda sobre la cama para continuar haciendo travesuras con mi cuerpo.



Para el domingo, pasamos toda la mañana en la cama, y a medio día vamos a comer a la casa de sus padres. Debo decir que me impresionó mucho la forma en que me trataron: Como si fuera de la familia.

Ahora que tengo que despedirme de él, siento un poco extraño. Me he acostumbrado tanto a su presencia durante estos días, que siento como si me arrancaran un pedazo de mí.

—¿Te veré mañana? —le pregunto ansiosa, abrazando su enorme figura mientras el besa mi cabello.

—Claro que sí, preciosa. —murmura contra mi cabello. Me separa un poco para hundir su rostro en mi cuello y darme un tierno beso que me hace

derretirme una vez más—. Y si alguien trata de impedírmelo, verá su vida pasar ante sus ojos.

Suelto una carcajada por su respuesta.

—¿Seguro que no puedes quedarte? —le pregunto, abrazándolo fuerte sin dejar de mirarlo. Chris sonrío.

—Me gustaría... Mucho —responde, colocando sus manos sobre mis caderas—. Pero no puedo. Prometo que vendré por ti lo más pronto que pueda —dice con una mirada sincera.

—De acuerdo —le sonrío. Lo abrazo de nuevo a modo de despedida y me separo de él. Utilizo mi llave para abrir la puerta y meto rápidamente la bolsa y la pequeña maleta que hice días antes.

—Tengo que irme, preciosa —dice, mirando el reloj de su muñeca—. Te llamaré —fusiona sus labios con los míos en un ardiente beso y se separa, guiñándome el ojo.

Luego de darme una nalgada que me hace pegar un brinco, se aleja de mí en dirección al coche. Le lanzo una mirada asesina a su espalda.

—Puedo sentir tu mirada, Ellie —dice cuando rodea el coche para subir al asiento del piloto.

Lleva una preciosa sonrisa; no puedo hacer más que sonreírle de vuelta. Le lanzo un beso y Chris hace algo que no pensé que haría: Finge que lo trapa en el aire y lo coloca en su corazón. Mis piernas se sienten débiles de repente mientras veo como se aleja el coche por el camino de gravilla. Santa madre. De verdad lo amo.

Me llevó semanas entenderlo, días asimilarlo y sólo unas cuantas horas adaptarme al hecho de que mis sentimientos por Chris se habían salido de control. Mi corazón late con fuerza al tenerlo cerca y se detiene al sentir su tacto sobre mi piel.

Finalmente, entro a la casa con una sonrisa y camino hacia la cocina. Encuentro a Lena, lavando unos platos, concentrada en su tarea y tarareando una canción.

—¡Hola! —exclamo con felicidad. Se da la vuelta y arroja la esponja para platos con intención de venir a verme.

—¡Muchacha! ¿Cómo es posible que nos hayas tenido con el alma en un hilo a tu tía y a mí? —me sonrojo de inmediato. Sólo regresé a casa por ropa el día que Chris despertó asustado. Al parecer no quería perderme de vista y yo necesitaba urgentemente ropa.

—Lo lamento, Lena. Los acontecimientos fueron más fuertes que yo. Estar con Chris es... —guardo silencio y suspiro dramáticamente.

—Pudiste avisarnos al menos —me recrimina—. Sube a ver a tu tía, te está esperando.

—¡Gracias! —exclamo de nuevo con felicidad. Me doy la vuelta y subo en dos las escaleras, en dirección a la habitación de mi tía. Cuando llego, toco tres veces.

—¿Tía? —digo cuando abro una rendija de la puerta. Mi tía levanta el rostro de su libro. Parece recuperada y siento algo de culpa por no haberle regresado las llamadas estos dos días.

—Cierra la puerta y ven —me dice. Obedezco y me acerco a su cama.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿estábamos preocupadas, Ellie! —exclama.

—¡Lo siento, tía! Mi celular se quedó sin batería y, y... —hago una pausa—. No tengo excusa. Lo lamento tía...

Sacude la cabeza y se gira sobre la mesa de noche y toma una hoja de papel.

—Estaba pegado en la puerta de la entrada. No entendemos como pudo haber llegado hasta ahí. ¿Me puedes explicar qué significa? —me extiende la hoja y la tomo con manos temblorosas. La extiendo y ante mis ojos aparecen unas letras escritas sobre una hoja de papel maltratada. Abro los ojos como platos.

ALÉJATE DE ÉL, ÚLTIMA ADVERTENCIA

De pronto comienzo a ver borroso.

Maldición... ¿Por qué querer a Chris tenía que ser tan complicado?

Sacudo la cabeza. No importa, estoy dispuesta a enfrentarme al pasado de Chris y a sus demonios si al final estará a mi lado.

—Cariño, ¿estás bien? Te has puesto pálida.

Trago saliva.

—Creo que la persona que puso esto... está obsesionada con Chris. No sé, tal vez una ex. Lo hablé con él hace unas semanas cuando empecé a recibir unas llamadas —mi tía abre mucho los ojos—. Chris me ayudó en su momento y... últimamente descuidé eso porque no recibí ninguna llamada más.

Toma mi mano, mirándome a los ojos.

—Cariño, cuídate por favor... ¿Por qué no llamas a la policía?

Sacudo la cabeza.

—No creo que sea necesario. Por favor, no te preocupes.

Asiente con la cabeza, dejando el problema de lado. Hablamos de otras cosas, por ejemplo, mi fin de semana. No puedo evitar sonar demasiado cursi.

Mi tía me cuenta que luego de ir con el doctor y seguir al pie de la letra sus indicaciones, ya se siente un poco mejor. En el hospital todo sigue igual, según me dice. La buena noticia —la cual me la cuenta con un brillo especial en los ojos—, es que la pequeña Connie ha estado mucho mejor. Sonrío con cariño.

Sin soltar el trozo de papel, me despido de ella y salgo de su recámara, en dirección a la mía. Al entrar, mis cosas están sobre la cama. Seguramente Lena las trajo.

Saco mi celular de mi bolso y lo conecto a la corriente. Cuando enciende, llegan algunos mensajes de Holly.

Holly: ¿Dónde estás? ¡Te he estado buscando por horas!

Holly: Eleanor Marie Hamilton. Como tardes más de cinco minutos en responderme, te las verás conmigo.

Holly: Ellie... Enserio, ¿dónde estás? Empiezo a preocuparme, dame una llamada. xo.

Holly: ¡Ahora si te mato, estúpida!

Holly: Fui a tu casa y no te encontré. Tu tía tampoco sabe de ti, lo que me hace pensar que de verdad te pasó algo. No te preocupes, no comuniqué mis pensamientos a tu tía para no preocuparla, pero por favor, llámame.

Holly: Iré al FBI o a la CIA o a alguna agencia a que te localicen. ¿Cómo puede ser posible que tu número esté fuera de área o apagado? ¡Tu nunca apagas tu celular!

Me río leyendo los mensajes de Holly, y cuando termino la llamo. Responde al segundo tono.

—¡¿Dónde diablos has estado?! He estado muy preocupada por ti. ¿Sabes

cuantas cosas pasaron por mi cabeza estos días que no respondiste? ¡Te asesinaré en cuanto te vea, Eleanor. Créeme que lo haré. —me grita Holly tan fuerte que tengo que despegar el celular de mi oído.

—Calma, calma. ¿Me dejarás hablar? —escucho su respiración agitada, seguido de esto, cuelga.

—Vaya, tal parece que si está algo molesta —murmuro para mí.

Decido a esperar a que se le pase el enojo a Holly y me dedico a desempacar las pocas cosas que me llevé. Cuando hube acomodado todo, le envió un mensaje a Chris.

Ellie: Todo bien por acá. He recibido algunos gritos y regaños, lo normal. Sólo que hay un problema.

Espero un rato y seguido, responde:

Chris: Me alegra, no debiste huir con un desconocido. ;) ¿Qué sucede?

Ellie: No eres un desconocido. Eres mío. Te mandaré una imagen.

Chris: Está bien.

Tomo la hoja que tía Anne me entregó y la extiendo sobre el escritorio. Le tomo una foto y se la envió a Chris. Segundos después, recibo una llamada de él.

—¿Cuándo ocurrió eso? —pregunta con la voz cargada de enojo.

—Tía Anne dice que estaba pegado en la puerta de la casa el sábado por la mañana. Chris... esto no puede seguir —respondo insegura de haber elegido bien mis últimas palabras.

—Sé exactamente que no puede seguir, me encargaré de ello. No te preocupes —asegura.

—De acuerdo... Te veo mañana entonces.

—Hasta mañana —y cuelga. ¿Qué diablos fue eso?

Coloco el celular en el escritorio, con la mente confusa. ¿Por qué había sido esa despedida tan seca? Es cierto que no somos pareja oficial... Pero después de estos días... no tenía por qué ser tan frío.

Me convengo de que no debe importar demasiado y una vez con ropa

limpia sobre mis manos, entro en la bañera, pero pasado un rato, escucho unos gritos afuera del pasillo.

—¡Ellie, te asesinaré ahora mismo! —grita Holly por todas partes. Cierro los ojos cuando al escuchar el estruendo de la puerta del baño, abriéndose con una patada.

—¡Oye! Mis muebles no tienen la culpa —exclamo sentada en la bañera, fingiendo molestia.

Holly se queda mirándome unos segundos, luego se acerca a mí y cae de rodillas, llorando.

—Eres una estúpida Ellie —se sorbe la nariz—, he estado preocupada hasta lo máximo por ti. Si no me das una buena excusa para tu desaparición, tendrás un ojo morado. Prefiero tenerte lastimada que no tenerte —dice con la voz quebrada y sus hermosos ojos bañados de lágrimas.

—He estado con Chris Bennett todos estos días, y no tienes una idea de lo feliz que soy.

Fue lo único que necesité decir para que se dibujara una enorme sonrisa en el rostro de Holly.

—Idiota. Pudiste haberme dicho *estoy con el hombre más sexy de todo NY, no me molestes*, y eso hubiera sido suficiente, estúpida egoísta.

—Te juro que todo fue tan rápido que casi no tuve tiempo ni de respirar —suspiro, cerrando los ojos con fuerza—. Fue... Asombroso Holly. Lo amo —murmuro con sinceridad. Siento mi estómago estrujarse. Abro los ojos y me encuentro con Holly mirándome con sorpresa.

—¡Oh mi Dios! ¡Lo admitiste!

—No es para tanto —respondo, sacudiendo una mano.

Viéndolo desde fuera, el que Holly esté sentada en el suelo a un lado de mí, mientras yo estoy desnuda dentro de una bañera llena de espuma, dejaría extrañado a cualquiera, pero esto es normal. Nos conocemos demasiado como para sentir pudor por alguna tontería.

—¿Y cómo fue? ¿Sus manos le hicieron justicia? —dice Holly con una ceja enarcada.

—¡Oye! —me sonrojo—. Ya te había hablado de eso...

—No, no lo hiciste. No quiero detalles, sólo dime eso —Holly ríe, mirándome expectante.

—Está bien. Si, le hicieron más que justicia —Holly lanza un grito de emoción. Sus enormes ojos llorosos aún, me miran con un brillo de felicidad.

—¡Me alegro tanto por ti! —exclama con felicidad. Decido que es mi hora del interrogatorio.

—Tú no me has contado absolutamente *nada* de tu relación con Scott. Dime, ¿Qué tal va? ¿Él ha tenido molestias?

Holly duda un momento y aprieta los labios.

—Scott y yo terminamos.

—¡Qué! —exclamo—. ¿Por qué?

—Una... chica. —dice con seriedad. Frunzo el ceño confusa mientras miro a Holly. Su semblante ha cambiado de nuevo, parece a punto de echarse a llorar—. Llegué a su apartamento a ver como seguía y... tu sabes —se sonroja—. Pero una pelirroja con acento inglés, o irlandés... ¡No sé!, me abrió la puerta y la muy desgraciada solo envuelta en una toalla. Fue más de lo que pude soportar. Me largue de ahí tan pronto como pude mover mis pies.

—Oh no, Holly. ¿No lo has dejado que te explique? —le pregunto. Me mira furiosa.

—¿Tu dejarías que te explicara?

Punto para Holly.

—Como sea —continúa—, me ha estado marcando y enviando mensajes, pero no quiero saber de él, Ellie. Para mí, dos veces ya es una señal.

Tuerzo el gesto.

—¿No crees que le debes una oportunidad para explicarse? Conocemos bien a Scott y él es incapaz de hacer algo así... Dale la oportunidad.

—Lo pensaré.

—Lo extrañas —le digo. Es exactamente lo que siento yo en este momento, aun cuando las situaciones sean distintas.

—Sí, lo extraño —dice sorbiéndose la nariz—. Pero necesito tiempo. Tengo miedo, Ellie. No quiero que ocurra de nuevo. Aun cuando me mostré fuerte la última vez, no fue nada comparado con esto. Amo a Scott.

—¡Oh mi Dios! ¡Lo admitiste! —grito, imitando su exclamación anterior. Holly ríe, limpiándose una lágrima.

—Sí, ya lo admití. Ahora, sal de esa bañera ahora mismo, ¿o quieres que te salgan escamas?

—No, gracias. No quiero escamas. Además, el agua ya está fría.

—Bien, te espero afuera —dice, y con una impresionante agilidad, Holly se levanta del suelo y me guiña uno de sus ojos llorosos antes de dejarme en la soledad de mi baño. Lanzo un profundo suspiro y me dispongo a salir de la

bañera.

Una vez fuera, cambiada con mi pijama puesta, platico con Holly de cosas triviales. Me advierte que si vuelvo a hacer lo mismo, me irá muy mal. Con la mirada que me lanza no me queda más remedio que creerle.

Cuando mi mejor amiga se marcha a su casa y puedo tener tiempo para pensar un poco, comienzo a escuchar mi celular timbrar. Es Chris.

—¿Hola?

—Te extraño —dice con su voz grave que me encanta. Se me erizan los vellos de todo el cuerpo. ¡Me encanta este hombre!

—Yo también te extraño —le digo con voz melosa. Desconecto el cargador y me siento en la cama—. No puedo evitar extrañarte.

—Ni yo, créeme —lanza un suspiro que me derrite—. ¿Qué haces?

—Estoy recostada en mi cama, imaginando que vendrás a dormir conmigo, así que te hice un espacio a mi lado —casi puedo escuchar su sonrisa.

—Créeme, me encantaría estar contigo, pero bien sabes que haremos de todo menos dormir.

Tiene razón.

—Pues a mí me apetece dormir contigo. ¿Por qué no regresas?

—Ellie...

Lo interrumpo.

—Por favor Chris. Odio rogar, pero créeme que eres una excepción. Estos días me he acostumbrado a ti, a la forma en cómo tus manos acarician cada centímetro de mi piel sensible.... Te necesito. —suspiro—. Te quiero.

Bien, ya lo dije. Espero a que explote la bomba en mi cara, pero no es así.

—Llego en unos minutos. Te envío un mensaje cuando llegue. Hasta entonces mi sexy señorita Hamilton —se despide con la voz ronca.

—Hasta entonces mi sexy señor Bennett.

Cuelgo la llamada.

Decir que reacciono normal, como si nada, hubiera sido una mentira. Tan pronto como pulso la pantalla para terminar la llamada, giro en mi cama ahogando un grito de emoción.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que mi celular emite un sonido. Lo reviso y es un mensaje.

Chris: Ábreme la puerta, preciosa.

Salgo con cautela de mi habitación. Todo parece tranquilo, así que bajo las

escaleras tan rápido como puedo sin romperme la cabeza y corro para abrir la puerta.

Ahí está él, ataviado con un suéter negro con capucha, pantalones de deporte y tenis para correr. Se ve tremendamente sensual. Las ropas se le ajustan en los lugares que tanto me gustan y elevo un agradecimiento silencioso a los cielos.

Cierro la puerta con seguro y lo tomo de la mano para guiarlo a mi habitación.

Una vez dentro, cierro la puerta y cuando me doy la media vuelta, me empuja contra la puerta y se abalanza sobre mi boca. Su duro cuerpo me tiene aprisionada mientras devora mi boca con devoción y lujuria. Le muerdo el labio y se separa.

—Parece que te alegras de verme —me dice con una sonrisa ladeada.

—No me alegro —le digo, seria. Veo como frunce el ceño y suelto una carcajada—. Bromeas, ¿cierto? Estoy extasiada de que estés aquí —cierro los ojos y pego mi frente a la suya mientras le doy un beso de esquimal. Chris sonrío.

Me levanta del suelo y nos guía hasta la cama donde me recuesta. Se quita la sudadera, revelando una ceñida playera blanca que me hace babear por la maravillosa vista de su cuerpo.

Se deshace de la playera y luego va a por lo demás, hasta que queda solamente en bóxers.

—No quiero que haya nada entre nosotros —comenta. Capto su indirecta y me quito mi camiseta y mis shorts, quedando solo en bragas.

Puedo ver como el deseo brilla en sus ojos al ver mi pecho desnudo, pero sacude la cabeza y se acerca a la cama, esperando a que entre las cobijas. Le hago un espacio y entra tras de mí, abrazándome.

—Eres preciosa. Me será muy difícil no degustar de tu cuerpo, pero puedo soportarlo.

—Yo sé que puedes —murmuro medio dormida.

No soy consciente de cuando me duermo, pero en algún momento de la noche siento como la presión del cuerpo de Chris desaparece. Regresa rápidamente y deposita un beso en mi hombro.

—Yo también te quiero, Ellie —dice con voz entre cortada.

Sonrío entre mis sueños y como si fuese un hoyo negro, el sueño me aprisiona.

Un ruido molesto me despierta de golpe. Tardo en caer en cuenta que es mi celular demandando atención. Frunzo el ceño al sentir un peso inusual a mi lado.

Chris está profundamente dormido. Me levanto con rapidez a buscar una blusa y contestar el teléfono. Cuando lo tomo, veo el nombre del señor Moore en la pantalla. Sonrío, ¿será que la obra estará a punto de ser autorizada?

—Buenos días señor Moore. ¿Cómo están todos?

Salgo al balcón para que Chris no despierte.

—Buenos días, Ellie. Necesito hablar contigo sobre algo —carraspea la garganta y continúa—. Lamento si soy muy directo.

Frunzo el ceño. ¿Qué está pasando?

—Te admiramos mucho por tu trabajo con nuestra casa y estamos infinitamente agradecidos por ello —continúa—. Pero, desgraciadamente no llevaremos a cabo la obra. Una persona nos contactó y al mostrarnos sus diseños, mi esposa quedó encantada con ellos. —mis ojos se llenan de lágrimas. No puede estar pasando esto—. Por el pago no te preocupes, ya fue depositado en tu cuenta, sólo quería avisarte que hemos cambiado todo. Te ofrezco mis más sinceras disculpas, y, tal vez en el futuro, podamos concretar una construcción con uno de tus diseños.

Suena tan tranquilo mientras yo... me derrumbo por dentro. Me trago las lágrimas y respondo:

—No se preocupe señor Moore, lo entiendo. Espero que su casa quede tal y como ustedes lo desean. Más tarde paso por mis cosas.

—No te preocupes, ya enviamos a alguien a que te las entregue personalmente.

Mi corazón se parte un poco más.

—Está bien, entonces. Felicidades, señor Moore. Suerte.

—Gracias Ellie, y disculpa.

—No hay problema.

Cuelgo la llamada y solo entonces me permito llorar. Clarissa quedará

destrozada de igual forma. ¿Cómo pudieron desecharnos de esa manera?

—¿Ellie?, ¿qué ocurre? —Chris yace en el quicio de la puerta de cristal mirándome con preocupación. Corro hacia él y lo abrazo.

Dedicamos meses en perfeccionar la casa a su gusto aunque no estuviera de acuerdo con ciertas cosas, y justo cuando todo está listo, me cancelan. Mi sueño de ver uno de mis diseños vueltos realidad se va directo al caño.

Cuando me calmo, le relato a Chris lo que el señor Moore me había dicho. Me lleva adentro y nos recuesta en la cama sin dejar de abrazarme y caigo víctima del sueño una vez más.



Al despertar, Chris me brinda de nuevo su comprensión. Le digo que no quiero que se vaya. Realmente me siento como basura. Algo desechable.

Le propongo bajar a desayunar y asiente con la cabeza. Nos vestimos de manera prudente y bajamos a la cocina. Me aparto un poco para hablar con Clarissa. Cuando me responde, suena algo somnolienta.

—¿Ellie?, espero que sea algo que valga la pena despertarme tan temprano.

—Lo siento, Clarissa. Los señores Moore nos cancelaron la obra.

A continuación escucho un grito estruendoso y llanto.

La tranquilizo, incitándola a que solo piense en la remuneración que aquello nos dejó, pero está igual de destrozada que yo. Es terrible. Cuelgo la llamada dejándola un poco más tranquila, pero ella se parece a mí.

Tanto trabajo para nada.

Tomo unas respiraciones profundas y me obligo a poner mejor cara.



Holly y yo salimos de su casa en dirección al orfanato; Tenemos una pila de juguetes que entregar. Desde hace mucho me mueve la idea de ayudar a los

pequeños que no tienen nada en absoluto, ni siquiera una familia real en la cual refugiarse. Me parte el corazón ver sus miradas tristes a la espera de alguien que decida adoptarlos.

Adoptarlos a todos me parecería buena opción, pero no puedo cuidar de más de 200 niños.

Cada mes, Holly y yo les llevamos juguetes, comida y jugamos con ellos un buen rato o casi todo un día. Mi amiga disfruta tanto como yo el darles un poco de felicidad a esos niños tan necesitados de afecto.

Tras unas horas en las que siento el corazón en la garganta, me sorprende al leer el nombre de Scott en la pantalla de mi celular. Levanto la vista y veo a Holly despidiéndose de una horda de niños adorables haciendo fila para despedirse de ella.

Respondo, insegura de qué decir.

—¿Hola?

—Por Dios, al menos tu si me respondes. ¿Estás con Holly? Necesito hablar con ella, Ellie. Es importante, por favor, pásale el teléfono, dile que necesito hablar con ella —dice Scott de forma atropellada

—Espera un momento —me acerco a Holly que está diciéndole adiós a una pequeña rubia y se gira hacia mí.

—¿Qué pasa, Ells?

—¡Dile, por favor! —exclama Scott en la línea.

—Tengo la llamada de Scott y...

—No —responde Holly con tono seco—. No.

Aprieto los labios.

—Maldita sea, estoy desesperado. No me responde las llamadas, no me recibe en su casa. ¡Qué carajos tengo que hacer para poder explicarme!

Suspiro.

—Scott... Paciencia. Después hablamos.

Suspira, derrotado.

—Gracias... —responde y corta la llamada.

Una vez fuera del orfanato, Holly camina a paso pesado hacia el coche.

—¡No debiste, Ellie! ¡Debiste haberle dicho que no me encontraba contigo!

—Estás ahogándote en un vaso de agua, Holly. ¡Tan sencillo que sería si lo dejaras que te explicara!

Abre la puerta del coche con coraje.

—¡No pienso hacerlo! ¡Estoy harta de que me usen!

—Holly, cálmate. Estás exagerando las cosas, no creo que sea gran cosa. Ambas conocemos a Scott, él sería incapaz de hacer...

—Sí, yo también lo creía incapaz —me interrumpe Holly, limpiándose las lágrimas con rencor—. No, lo siento mucho, no pienso escucharlo.

Guardo silencio. No me sirve de mucho ser Cupido en estos momentos.



Al llegar a casa, subo a mi habitación y encuentro una nota sobre el colchón. Frunzo el ceño. ¿Qué será?

A las 8 paso por ti, nos espera una cena, velas e incluso... Champán. No necesito pedirte que te pongas bella, para mí ya eres la mujer más preciosa que existe. -C.

Sonrío al ver la nota de Chris con su caligrafía perfecta. Frunzo el ceño al ver una bolsa de Neiman Marcus colgando en el clóset.

¿Será posible?

La descuelgo y la llevo a la cama para abrirla y ver su contenido. Me encuentro un precioso vestido largo color rosa pálido con el corpiño cruzado y escote en forma de corazón.

—Madre santa —murmuro al ver el trozo de tela. ¡Es hermoso!

Unas lágrimas me saltan de los ojos. No recuerdo nunca haber sido el blanco de tan bonitos detalles. Chris me sorprende.

Tonteo un rato con el vestido frente al espejo y me doy cuenta de la hora. Corro al baño y me doy una buena ducha, poniendo atención en todas las zonas a las que Chris pueda acceder.

Estoy secando mi cabello cuando escucho que tocan la puerta.

—¿Estás presentable? —me pregunta mi tía con un tinte sarcástico en su voz. Sonrío.

—Sí, pasa.

Entra y mira con sorpresa el vestido que yace extendido sobre mi cama.

—Tal parece que hoy no cenas aquí —murmura con humor.

Asiento enérgicamente. Coloco algunos tubos de plástico en mi cabello para que se ondule ligeramente con la poca humedad que quedó después de pasarme la secadora.

—Sabes que te verás preciosa aun sin maquillaje, ¿verdad? —me dice mi tía con cariño. Me sonrojo un poco.

—No me pondré mucho. Sólo los ojos —le aseguro. Se levanta, dirigiéndose a mi y besa mi frente.

—Me alegro mucho por ti, cariño. —sonríe. Noto que sus ojos brillan—. Ahora, te dejaré terminar de arreglarte porque ya pasan de las siete y aún no llevas nada.

Suelto una carcajada y asiento con la cabeza.

Veinte menos ocho ya estoy lista, mirándome al espejo con una sonrisa. Seguramente a Chris le encantará verme usar el vestido que espero que él mismo eligió.

Me calzo en los zapatos y tomo mi pequeño bolso donde previamente guardé mis pocas pertenencias: celular, labial, cartera.

Salgo de la habitación tomando el vestido de uno de los lados para no tropezar con él. Bajo las escaleras con suma precaución y me dirijo a la sala de estar.

—¡Luces preciosa, cariño! —exclama mi tía.

—Sé que probablemente suene ridículo, pero me siento como una princesa —suelto una carcajada, a sabiendas de que lo que digo es la verdad.

—Tu príncipe está a punto de llegar —me dice en un guiño. Inmediatamente escucho que tocan el timbre.

Doy un pequeño saltito. ¡Ya está aquí!

Tomo aire mientras veo que mi tía se dirige a la puerta; la sigo.

Cuando la abre, ahí está él, tan guapo y tan sexy que me dan ganas de llorar por lo afortunada que soy. No solo tiene una apariencia de muerte, si no también, su personalidad, su inteligencia.

Él.

Va infundado en un traje negro que le queda a la perfección, moldeando sus brazos tanto que se me hace agua la boca. Lleva una corbata de satín gris y sus ojos lo completan. No me pasa desapercibido el brillo travieso que me dedica y su sonrisa de admiración me derrite el corazón.

—Cuídala —dice mi tía a mis espaldas.

—No necesita decírmelo, lo haré. Se lo aseguro —dice Chris con una sonrisa.

Mi tía me da un abrazo y así, abre la puerta en su totalidad para dejarme salir. Doy unos cuantos pasos y escucho que la puerta se cierra.

—Preciosa —declara con una sonrisa y casi comiéndome con los ojos. No puedo evitar sentir ese familiar tirón en mi vientre, ese que ya se había convertido en algo que sólo él podía causar.

—¿Y qué hay de ti? Luces extremadamente sexy, quizá demasiado para mi gusto —le digo en tono serio. Su sonrisa se ensancha y me acerca a su cuerpo, seguido, une nuestros labios levemente.

—No quiero arruinarte los labios, pero se ven tan apetitosos...

—Vamos a cenar —lo interrumpo—, y verás que perderás el hambre por ellos —le respondo sonriente.

—Tal vez sí —responde. Levanto una ceja y me ofrece su brazo—. Vamos entonces, señorita Hamilton.

Me engancho a su brazo y caminamos al coche en donde me abre la puerta y me ayuda a subir con cuidado. En mi estómago se forma un nudo de anticipación. ¿Qué nos deparará ésta noche?

Presiento que será una de las mejores de mi vida.

Chris rellena mi copa con Bollinger y bebo un sorbo.

—Éste es mi champán favorito, ¿lo sabías?—pregunto enarcando una ceja. Chris levanta la mirada de su plato recién llegado

Ver ese par de ojos me provoca una sensación difícil de explicar. Saber que brillan por mi causa me hacen sentir extasiada de felicidad.

¿Cuándo me dirás a la cara que también me quieres?

—Lo presentí —responde una vez que termina de masticar—. La verdad es que le pregunté a Lena y ella me dijo —se sonroja un poco—. Quería sorprenderte con algo.

—Tú me sorprendes todos los días, no es necesario que le preguntes a mi nana cuál es mi champán o vino favorito. Sé que lo habrías adivinado de una u otra forma.

—Probablemente sí —me guiña el ojo y se concentra en terminar su plato. Yo prosigo con lo mismo y cuando termino, lanzo un suspiro.

Una suave y tranquila melodía jazz ameniza la cena. Chris y yo hablamos de su día, principalmente de su trabajo en la oficina y de cómo la compañía se quiere expandir.

—Hay algo que quiero comentarte —me dice con seriedad tras beber el restante de su champán.

—Te escucho —le digo, dedicándole toda mi atención.

—Por ser vicepresidente de Bentco, me veía obligado a asistir a eventos para nada de mi agrado, incluso llegué a escaparme de algunos por la manera en que parecía que denigraban a los demás, por la forma de hablar me refiero.

Asiento con la cabeza, incapaz de adivinar a qué va todo.

—Pero hubo una que captó toda mi atención, una en la que escuché hablar de la mítica señorita Eleanor Hamilton.

Frunzo el ceño.

—¿De qué demonios hablas? —le pregunto, tal vez un poco más ruda de lo que pretendo escucharme, pero ya es tarde. Chris continúa.

—No es mi intención ponerte en contra de tu madre, sólo quiero que sepas

la manera en que supe que existías. Tu madre sólo se quejaba de lo mal que la tratabas y lo poco que manejaba ella sobre la herencia total de tu padre. Te pintó como una malcriada.

Sonrío.

—¿Esas fueron exactamente sus palabras? —le pregunto con curiosidad.

—No, lo dejaba implícito en sus palabras —se encoge de hombros—, el punto aquí es que... Me alegra saber, de una o de otra forma, que no eres así como te pintó, ni mucho menos, como los demás creen que eres.

—¿Cómo crees tú que soy? ¿Crees que me conoces del todo?

Se queda pensativo y responde:

—No eres como ella te describió y para mi ya supone un cambio. Y no. No te conozco aún del todo, pero espero me des la oportunidad.

Habla tan serio que no puedo evitar sentir un brinco en mi corazón. Realmente quiere esto, entre nosotros, ¡lo quiere!

No respondo. Terminamos la cena en silencio y cuando finalizamos, Chris le hace una seña al camarero.

Suspiro, con una sonrisa.

—Todo estuvo delicioso, gracias por esto, Chris.

—Lo mejor para mi preciosa señorita Hamilton —estira su brazo y captura mi mano para llevársela a los labios. Me sonrío de esa manera tan sexy que provoca que miles de mariposas surjan de la nada—. Ahora, vamos a mi casa, te tengo una sorpresa —murmura, lanzándome una mirada lasciva que me hace sentir desnuda.

Nos levantamos de la mesa y le agradezco al camarero cuando trae la cuenta. Me da algo de vergüenza no ofrecerle dinero por la comida, pero estoy segura que se sentiría ofendido si le sugiriera algo así.

Me disculpo un momento y me dirijo al baño más cercano. Las necesidades primarias ante todo.



Mientras esperamos a que traigan el coche, levanto la mirada. El cielo está despejado, la luna brilla y ciertas nubes rondan por ahí, las estrellas brillan

como preciosos diamantes decorando el firmamento. Me giro para ver a Chris que yace unos pasos frente a mi, esperando al chico del valet parking. Está algo tenso, lo noto en su espalda, y la forma en que parece algo impaciente. La curiosidad me abrumba, pero me contengo, no quiero mortificarlo.

Cuando el chico llega, Chris me abre la puerta y me invita a entrar al coche, al menos sus modales siguen intactos. Ya en el camino y conforme nos acercamos más a su casa, más me doy cuenta de que hay un nerviosismo latente en el ambiente. ¿Algo habrá pasado?

Al llegar, Chris baja del coche y yo aprovecho el lapso en que rodea el coche para abrirme la puerta, para quitarme los tacones. Sostengo ambos con una mano y al abrir la puerta, acepto la mano que me tiende. Me sorprende cuando pega su cuerpo al mío y enlaza nuestros labios en un beso desesperado. Sus manos se deslizan desde mi nuca hasta mi espalda baja, lo cual, provoca una oleada de deseo que me golpea. Se separa a regañadientes.

—Nunca me cansaré de decirte que eres hermosa —me dice con la voz ronca. Doy gracias a la oscuridad que oculta el posible sonrojo que mi rostro pueda tener. Baja la mirada y capta mis zapatos en mi mano, así que, seguido de esto, me levanta en brazos, dirigiéndonos a la puerta de entrada.

Al llegar, me baja con gracia y saca un pañuelo de seda de la bolsa de su pantalón.

—Dentro hay una sorpresa para ti —me cubre los ojos con la tela y cuando se asegura que mi visión está obstruida, abre la puerta y me hace pasar.

Huele a flores, lo cual no me sorprende pues la primera vez que vine había un jarrón con flores frescas. Siento que me afloja el pañuelo, para después, quitármelo. Aún sigue todo a oscuras.

Enciende la luz y lo que veo me deja petrificada.

La casa está hecha un desastre. Hay tulipanes de todos colores esparcidos por todas partes, la mesa del recibidor está en el suelo y el jarrón lo acompaña en mil pedazos. Diviso algunos muebles volcados con terror.

Pero lo que más me aterra es el enorme trozo de tela que yace tendido en el suelo con un mensaje escrito con letras rojas.

TE LO ADVERTÍ.

El gruñido de Chris no se hace esperar y me doy la media vuelta para pegar mi rostro contra su pecho y sin poderlo evitarlo, comienzo a llorar. Dios, esa advertencia es más de lo que puedo soportar.

Chris me levanta en sus brazos y sube las escaleras. Escucho como sus zapatos pisan cristal y pedazos de flores. Doy un vistazo sobre su hombro y un escalofrío recorre mi espalda. La escena es aterradora.

Entramos a su habitación, enciende la luz y nos dirige hacia la cama; me baja y se inclina hasta quedar cerca de mi rostro. Coloco mis manos en sus mejillas. Está increíblemente molesto, puedo notarlo, pero se muestra sereno.

—Lo solucionaré, lo prometo —me dice con voz tensa. Besa mi frente con dulzura y sale de la habitación, dejándome sola.

Me quedo en la misma posición un rato, hasta que comienzo a sentirme demasiado vestida. Creo que... llevar este vestido no es adecuado para la situación que se nos ha presentado. Inspecciono en los cajones y encuentro una playera roja con letras blancas desteñidas marcando *Universidad de Oxford*.

Me quito el vestido y lo coloco sobre la silla más cercana. Me meto la playera y, como si se tratara de magia, el olor familiar me relaja. Me dirijo al baño en donde me desmaquillo tanto como puedo con papel sanitario y agua, deshago mi peinado para hacerme una cola de caballo con una liga de goma recién descubierta y luego, regreso a la cama.

Saco de mi pequeño bolso mi celular y reviso los mensajes. Nada nuevo. Lo dejo sobre la mesilla de noche con el modo silencio activado.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero me siento un tanto desesperada por no saber lo que ocurre. Cuando menos pienso comienzo a sentirme cansada, me acomodo bajo las cobijas y me quedo dormida.



Siento un movimiento inusual en la cama. Abro los ojos de golpe y me giro para encontrarme con Chris, que está sentado, dándome la espalda. Me siento y lo abrazo.

—Vuelve a dormir, Ellie —masculla con la voz aun más tensa.

—¿Qué está pasando? No puedes dejarme fuera, Chris, por favor...

—No sé nada todavía —responde en tono seco.

—Duerme conmigo, por favor —le suplico. Me muevo hacia atrás para darle espacio dentro de la cama. Chris se levanta y casi se me cae el corazón a

los pies al pensar en que se irá, pero no. Se quita la ropa rápidamente y entra a la cama, no sin antes echarme una mirada.

—Eres tan hermosa —murmura mientras me quita uno de mis mechones de cabello del rostro. Le sonrío y me acerco a él para abrazarlo, pero él se mueve más rápido que yo y se coloca sobre mí, para luego, asaltar mi boca, besándola con ansia.

Le respondo de la misma manera, me siento tan desesperada por hacerlo sentir bien y por saciarme a mi misma que me sorprende cuando desliza sus dedos por mi entrada y gimo de placer. Definitivamente eso no lo esperaba.

Se inclina en busca de su pantalón y extrae un condón. Le sonrío cuando lo veo rasgarlo con la boca. Se levanta y manda a volar sus bóxers para colocárselo. Mi sexo se tensa de anticipación. Un último roce y se introduce en mi interior con facilidad.

Nuestras respiraciones entrecortadas van en perfecta sintonía con el vaivén de las caderas de Chris. De pronto, lo siento. Chris se separa y me mira a los ojos.

No es sólo el acto físico del sexo, el cariño latente que emana de la mirada de Chris me hace darme cuenta de algo: Me está haciendo el amor con dulzura y cariño.

Levanta la playera hasta dejar mis pechos al descubierto y acaricia uno de mis pezones. Siento como este se levanta ante su contacto. Chris se inclina y hunde el rostro en mi cuello.

—Eres perfecta —murmura contra mi piel. Tenso mi sexo y Chris gruñe inesperadamente.

—Más, por favor —le ruego.

—Me vuelves loco —ruge y acelera las acometidas, llevándome a una espiral de éxtasis que estaba lejos de culminar. Chris muerde mi pezón y comienza a succionarlo, fuerte. Gimo de nuevo y en ese momento, el vaivén se vuelve frenético.

—Vamos, Ellie —dice entre gruñidos. Me muerde el cuello y lanzo un alarido de éxtasis. Mi orgasmo me golpea tan fuerte que me hace ver un millón de estrellas y lanzar gemidos sin control.

Un par de acometidas más tarde, escucho como Chris gruñe de satisfacción.

Se queda inmóvil sobre mí. Nuestra respiración agitada llena el silencio de la habitación. Suspiro conforme voy recuperando el aliento. Me siento

extasiada, deslumbrada y plena.

—Te necesito tanto —murmura Chris contra mi pecho.

—Aquí estoy, no me iré nunca —le respondo, acariciando su cabello con suavidad.

Sale de mí y se quita el condón, tirándolo en la papelera más cercana. Se recuesta a mi lado y me giro para darle la espalda, Chris me abraza, pegándose a su pecho.

—Duerme, mi amor —murmura contra mi oído. Me parece escuchar su voz quebrada, pero dudo. Me besa el cabello y cierro los ojos tras un profundo suspiro de plenitud.

Abro los ojos, desorientada al no sentir la tibieza de las sábanas sobre mi cuerpo. Frunzo el ceño y me giro con el cuerpo deliciosamente adolorido para darme cuenta que Chris no está.

Me levanto como puedo y me dirijo al baño. ¿Dónde estará Chris?

Hago pis y me lavo la cara. Al mirarme en el espejo, veo a una chica distinta. Es el efecto que Chris tiene sobre mí: Ojos brillantes y sonrisa estúpida.

Me planteo bajar a buscarlo, pero quizá esté ocupado con algo del trabajo, así que decido regresar a la cama.

El olor a él está en todas partes. Me abrazo a su almohada, aspirando profundamente su delicioso olor.

¡Mierda! ¡Tía Anne!

Tal vez estuvo esperándome anoche. Debo dejar de ser tan desconsiderada. Es cierto, soy una adulta, pero aún siento que debo rendirle cuentas a mi tía que lo único que hace es preocuparse por mí.

Me inclino sobre la mesilla, recordando que ahí dejé el celular anoche y encuentro una nota con mi nombre debajo de él. La tomo y me siento sobre la cama para leerla.

Ellie,

Sé que aun diciéndote las cosas de este modo tan cobarde no podré evitar hacerte sufrir, créeme que daría todo lo que tengo por evitártelo. Las amenazas y las llamadas nos han perjudicado a ambos y esta vez, no puedo arrastrarte conmigo. He llegado a una conclusión: No soy bueno para ti. Causarte dolor es como si me cortaran una extremidad. La culpa que siento desde este momento en el que te veo dormida con el cabello revuelto, no cesará hasta que estés de nuevo en mis brazos, sí es que aún me quieres de vuelta. Espero que sea así, porque

honestamente, no imagino mi vida sin ti. Te has vuelto tan indispensable como el mismo aire.

Descubrí la belleza del amor al escuchar tu risa, mientras te concentrabas en realizar alguna tarea o incluso, cuando me hacías perder el control de mis emociones haciéndome quererte solo para mí.

Puede que suene algo posesivo, pero es la verdad.

Me enseñaste a creer en el amor y a partir de ahora, no desearía estar con alguien que no fueras tú, pero toda esta situación es más grande que los dos.

He decidido apartarme para mantenerte a salvo. Quiero que pienses en eso, tu seguridad para mí es lo más importante y si estar contigo te pone en peligro, estoy dispuesto a sacrificarlo sólo para verte a salvo.

Te amo Eleanor Hamilton, lamento no habértelo dicho en tu cara, pero créeme cuando te digo que a estas alturas del partido, creo que siempre te amaré.

Perdóname.

C.

Un gemido de dolor se escapa de mis labios mientras las lágrimas corren furiosas por mi rostro. Chris me ha abandonado. En su propia casa. Me levanto como puedo y abro la puerta de su clóset solo para encontrarlo vacío. Ni un rastro de su ropa. No hay nada de él.

Grito con furia ¿Cómo se atreve a abandonarme? ¿A abandonarnos? No soy tan débil como él cree. No quiso quedarse a luchar por lo nuestro.

Sí, tiene razón, es un cobarde por haberme abandonado de esta manera.

Mi pecho empieza a arder mientras lloro sin consuelo. Me quito la camiseta y me enfundo el vestido. Busco con rabia una bolsa y guardo la playera dentro y otra que encuentro en uno de los cajones. Tomo mi bolso y meto la carta dentro de ella. Me seco las lágrimas, desesperada por tranquilizarme. Doy unas cuantas respiraciones y con celular en mano, salgo

furiosa de la habitación. No hay nada que me ate a ella.

Bajo las escaleras y encuentro la casa impecable. Al llegar, encuentro a una señora que supongo es la ama de llaves y le pregunto por Chris. Me responde que sólo tiene órdenes de limpiar la casa y que no tiene idea de cuando regresa el señor Bennett. También me menciona que hay alguien afuera esperando por mí. Le doy las gracias y responde con una sonrisa comprensiva.

Salgo de la casa y veo a Joseph esperando por mí. Mis lágrimas empañan la vista mientras corro hacia él y lo abrazo, sollozando una vez más.

—Tranquila, todo estará bien —dice el hombre mientras acaricia mi cabello. Me separo de él.

—Lo lamento —murmuro con la voz entrecortada. Joseph sonrío de una forma tan paternal que no puedo evitar que más lágrimas se derramen por mi rostro. Me abre la puerta y me ayuda a entrar, seguido, se dirige a su lugar frente al volante.

Miro por la ventana con tristeza preguntándome a dónde se habrá ido. ¿Acaso supo algo de la persona de las llamadas y no quiso decirme?

La pregunta que más abunda en mi mente es: ¿Por qué?

¿Por qué no confió en mí lo suficiente? ¿Por qué decidió huir como un maldito cobarde?

No es propio de él, lo conozco demasiado como para creerlo.

Pero a estas alturas, no puedo creer en nada. Mi corazón se va rompiendo cada vez más mientras me alejo de su casa. Mi vida no será la misma sin él, pero lo conseguiré. Tengo que salir adelante.

Llegamos a casa y bajo del coche en silencio. Entro a la casa y agradezco no encontrarme con nadie en mi camino.

¿Olvidarlo?, ¿seguir adelante?

¿A quién quiero engañar? *No puedo* vivir sin él. Sólo me queda la pequeña esperanza de que tal vez regrese.

Releo su carta una vez más con lágrimas recorriendo mi rostro sin control.

Si Chris regresa, estaré aquí esperándole. Si decidió que lo mejor para ambos es separarnos, lo acepto.

Christopher Bennett es mío y mi corazón le pertenece.

Epílogo

Chris

Ahí está ella, más hermosa de lo que jamás imaginé. Siempre que la veo todo alrededor se opaca, dejándonos solamente a nosotros dos. Como si irradiara luz propia. Pero hoy, hay una excepción. La señora Wright está detrás de ella, evaluando mi expresión.

—Cuidala —me dice.

—No necesita decírmelo, lo haré. Se lo aseguro —le respondo. Ellie abraza a su tía y cuando por fin la libera, camina hacia mí. Escucho que la puerta se cierra.

—Luces más que preciosa —le digo, echándole un vistazo a como luce su cuerpo con el vestido que elegí para ella.

—¿Y qué hay de ti? Luces extremadamente sexy, quizá demasiado para mi gusto —dice en tono serio. Y ahí está, ese fruncimiento de labios del que no es consciente y que me vuelve loco. Le sonrío aun más y la acerco a mi cuerpo para darle un leve beso.

—No quiero arruinarte los labios, pero se ven tan apetitosos... —murmuro en un intento por alejarme de ella.

—Vamos a cenar —me interrumpe—, y verás que perderás el hambre por ellos.

No creo que eso suceda.

—Tal vez sí —la provocho. Ellie levanta una ceja—. Vamos entonces, señorita Hamilton.

Enlazo su brazo con el mío y caminamos hacia el coche en donde le abro la puerta y la ayudo a subir.

Soy un hijo de puta con suerte.



Me veo obligado a confesar que tuve que pedir información sobre su champán favorito, pero me veo bien recompensado con una sonrisa de su parte. Cuando la cena termina, pido la cuenta y veo la duda flotar en sus ojos. Que ni siquiera piense en querer pagar algo de la cena.

En su lugar, se disculpa y se da la media vuelta en dirección al baño. Saco mi celular para ver el motivo de las vibraciones. Un mensaje.

Rhett: Tienes que alejarte de ella, Chris. Las amenazas no van a parar, necesitamos más tiempo. Aún no tengo información de la persona, pero parece que alguien está dispuesto a colaborar. Si no quieres involucrar a la policía, tendrás que hacerlo; si no te alejas, las cosas no se quedarán solo en amenazas.

Aprieto el celular con fuerza entre mi mano y lo guardo en la chaqueta. El ansia del puto cigarro vuelve a mi y aprieto los dientes. Maldita sea. Desde hace varios días que no lo hago. La presión de todo se esfuma en el momento en que Ellie fijaba sus enormes ojos en mí.

¿Alejarme de ella sólo para complacer a un jodido enfermo o enferma? No. Jamás.

Mientras la veo regresar, más me convengo que no puedo dejarla. Tengo que estar a su lado para protegerla.

Nos vamos del restaurant en dirección a mi casa. Al menos al ver su rostro cuando vea las flores que traje especialmente para ella, todo valdrá la pena.

Al abrir la puerta y encender la luz, mis ánimos se reducen a nada. Los tulipanes están esparcidos por toda la casa, los jarrones quebrados, los muebles volcados... todo está destrozado.

Mi puto coraje va en aumento. Necesito alejarla de mi antes de explotar. La levanto en brazos para que no se encaje ningún cristal y la llevo a la habitación. Una vez fuera de ahí, me dirijo a mi estudio en donde puedo desahogarme. Llamo a seguridad y amenazo con dejarlos sin empleo hasta que descubran quién mierda entró a la casa. Luego, tomo todo lo que está a mi alcance y lo hago añicos contra la pared. Cuando el coraje disminuye, llamo a Rhett.

—¡Entró a mi jodida casa! —le grito—. Cumpliré sus amenazas. ¿Por qué mierda no la has encontrado? ¡Esto ya se salió de control!

—Cálmate, Chris. Ya te dije lo que tienes que hacer. La chica corre peligro, no puedes seguir a su lado.

—Tengo que protegerla...

—La protegerás más si te alejas. Por ahora, quién sea que esté ocasionando esto ya te había advertido que se metería con ella si no la abandonabas. Es lo más que puedo hacer mientras mi contacto consigue que una persona hable.

Cierro los ojos. Rhett tiene razón. Necesito alejarme de ella antes de que le ocurra algo que pueda lamentar.

Regreso a la habitación y la veo dormida en el centro de la cama. Su rostro se ve sereno. Mi pecho duele al recordar lo que estoy a punto de hacer. No hay vuelta atrás.

Enciendo el ordenador y reservo un boleto a Londres a primera hora de la mañana. Llamo a mamá pidiéndole que mande servidumbre por la mañana y llame al chofer de los Hamilton para que se lleve a Ellie. Me pide saber lo que sucede, pero la evado.

Le escribo mi carta de despedida, a sabiendas que esto solo hará que me odie. Cuando la termino, la coloco en la mesilla debajo de su celular. Ahí seguro la encuentra.

Sin hacer ruido, saco una maleta del clóset y la lleno con ropa sin doblar. La cierro y la regreso al clóset.

Joder, mi puta cabeza me duele de nuevo. Me siento en la cama y masajeo mis sienes. Maldita sea.

Ellie despierta y me abraza. Esto se vuelve más difícil a cada segundo.

Me prometí no tocarla, pero no me puedo resistir. La hago mía una última vez, tomándome mi tiempo, amando cada centímetro de su ser.



No puedo dormir. Pasadas las cuatro de la mañana me visto con cualquier cosa y saco mis pertenencias del clóset.

—Te amo —le murmuro al oído. Una sonrisa adormilada se dibuja en su rostro. Siento que me arden los ojos, tengo que salir de aquí.

Bajo en silencio y salgo de la casa, dejando a la mujer que amo.

Sí, la amo. Y esa revelación me duele al igual que me duele el dejarla

aquí.

Lanzo la maleta al coche y subo. Lo enciendo y acelero lo más silencioso que puedo. Una vez que estoy a una distancia prudente, acelero. No hay vuelta atrás.

Llego al aeropuerto y ahí está Ethan, esperándome.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Chris. —me dice. Le extiendo las llaves de mi coche.

—No lo sé, voy a ciegas en un camino lleno de baches, Ethan. Me va a odiar.

—No tengas duda de eso.

Llego a pagar mi boleto reservado y Ethan me acompaña hasta la puerta de embarque. Se despide de mi con un abrazo y me desea suerte. En la fila aprovecho y llamo a mamá una vez más. Me siento un poco mal por despertarla a esta hora, pero responde como si estuviera fresca como una rosa.

Le cuento las razones de mi partida.

—Sé que haces esto para protegerla, Chris, pero lo único que harás es hacerla sufrir. Ella te quiere. ¿No pueden solucionarlo juntos?

—No madre, no es posible. No quiero que le pase nada. Está en juego su seguridad. Despídeme de mi padre, cuando llegue a Londres te llamaré.

—Está bien. Cuídate, cariño. Te quiero.

Le envío un mensaje a Rhett comunicándole que me contactaré con él una vez que aterrice.

Paso por el filtro, entrego mis boletos y subo al avión. Tomo asiento y miro hacia el exterior. Maldita sea, ella me odiará. Más de lo que yo ya me odio por abandonarla. Me repito una y otra vez que esto es lo mejor, pero... si su seguridad me costará su odio, estoy dispuesto a pagarlo.

El solo pensar que puedan hacerle daño hace que mis entrañas se retuerzan.

Jamás me había enamorado de alguien. Ellie es especial, ha despertado en mí sentimientos que me había jurado jamás sentir por nadie. Mi pecho duele de nuevo con solo pensar en no volverla a tener junto a mí.

¿Habrá despertado ya?, ¿habrá leído la carta? No puedo dejar de atormentarme. Cierro los ojos y pego mi frente contra el cristal de la pequeña ventanilla, sintiendo el frío contra mi piel.

Sonrío al recordar su rostro al verme con un cigarro en la mano el día de la fiesta de Sarah. Eso es lo que me gusta de ella, es transparente totalmente,

ninguna de sus emociones puede ocultármela. Ni siquiera pudo ocultar su amor por mí, que, intuyo, es tan fuerte como el que inesperadamente empecé a sentir por ella.

El capitán nos pide colocarnos en cinturón de seguridad, las azafatas señalan las salidas de emergencia y tan pronto como terminan, el avión comienza a avanzar.

No importa lo que tarde en encontrar a quién me alejó de ella. Regresaré a sus brazos porque mi corazón le pertenece.

Y no creo que eso cambie nunca.

Extra

Midnight Witch

Chris

Solía pensar que tenía el control de mí mismo. Mi vida hasta ahora fue planeada detalladamente por mi yo más joven; terminar la escuela, ir a la universidad, graduarme con honores, formar parte de la empresa, entre otras metas. Incluso me había permitido tener uno —o más bien, muchos—, deslices con chicas de la universidad, o cualquier mujer que se me ofreciera dejando a la vista sus exuberantes pechos o dejando ver su pierna más de lo permitido a través del profundo corte lateral de sus vestidos.

Algunos me catalogaban como el cabrón, el que poco se parecía a su hermano mayor, la oveja negra, entre otros apodosos que, en lugar de provocar algún cambio en mi actitud, sólo elevaban mi ego. Por mí, podían irse todos a la mierda. Llevaba sus apodosos de manera orgullosa. En absoluto me importaba ser todas esas cosas, si al final del camino, estaba mi meta establecida: Ser un exitoso ingeniero en el área de la tecnología.

En Oxford me había hecho de una fama bastante peculiar. Muchos me repudiaban por tener tiempo de sacar las mejores notas, poder follarme a cuanta chica se me atravesara y beber hasta no saber de mí. Era un balance del cual presumía y me sentía orgulloso.

Cuando regresé, una vez graduado, ya tenía toda mi lista completa. Pero conforme pasaron los años, comencé a sentirme más vacío. Tenía todo lo que deseaba, ¿por qué no me sentía pleno?

Sacudo la cabeza, volviendo a la realidad. Mi presente es estar en la fiesta de la caprichosa de Sarah. Me había negado en redondo a acudir, e incluso, a aparecer a media noche con ella colgada de mi brazo y del de Ethan, pero mi madre es muy persuasiva. Y esas miradas asesinas son su especialidad, así que tuve que ceder.

Miro a mi alrededor y resoplo. La fiesta ya ha comenzado. Los conocidos de mis padres son los que asistieron en su mayoría. El grupito de amigos de

Sarah está en un pequeño rincón con unos sillones. Supongo que es su zona «V.I.P.», he visto como han corrido a personas que querían sentarse ahí.

La banda toca una canción lenta que me suena a algo de los sesenta. Termino mi copa de champán al tiempo en que la canción termina con un suave piano. Para entonces, mi madre me hace señas ordenándome que suba las escaleras por la parte trasera. ¿Enserio ya son las doce?

Camino distraídamente hacia donde me indicó mi madre hace unos momentos. Subo una escalera y llego a lo alto, donde ya están Ethan y Sarah.

Ethan me sonríe, burlón.

—Tus excusas pobres no te hubiesen podido salvar de ésta. Es lo que nos toca por ser hermanos mayores —murmura, con cuidado de que Sarah no escuche.

Pongo los ojos en blanco y respondo:

—Inventar la muerte de mi mascota inexistente hubiese sido una perfecta excusa.

Ethan suelta una carcajada baja que capta la atención de la adolescente.

—¿Qué tanto cuchichean?

—Nada de tu incumbencia. —respondo, sin ganas.

La música se acaba y seguido de eso, el micrófono es encendido. Es nuestra señal para colocarnos en posición.

—Buenas noches tengan todos ustedes —la voz de mi padre resuena por los altavoces. Sarah se coloca entre Ethan y yo. Le ofrecemos el brazo y se sostiene de ambos—. Nos honran con su presencia, estamos enteramente agradecidos con quienes nos apoyaron en la realización de esta celebración casi al último minuto. Y aún más con ustedes, nuestros invitados, por haber asistido.

Pongo los ojos en blanco.

—Por favor, demos un fuerte aplauso a la festejada, Sarah, acompañada de sus hermanos Ethan y Christopher.

Salimos de nuestro escondite y nos ponemos de pie en lo alto de la escalera. Un reflector ya está apuntando hacia nosotros. Procuro no mirar al frente para no terminar cegado.

La música comienza de nuevo y bajamos con cuidado. Sarah se sostiene demasiado fuerte de mi brazo, seguro busca algo de balance con esos tacones tan altos.

Levanto la mirada cuando el reflector no apunta directamente a mis ojos y

miro alrededor.

Mis dudas anteriores se esfuman de golpe.

Ni siquiera sé qué demonios ha pasado, sólo que todo desaparece en el momento en que pongo mis ojos en ella; el mundo se oscurece, dejándola bajo el foco de mi atención. Su pose confiada y altiva me gusta de inmediato. El vestido plateado abraza sus curvas; justo en ese momento deseo fervientemente tener los privilegios suficientes como para descubrir lo que se esconde debajo de esa tela. Trazar con mis dedos la suave curva de su cadera, dibujar pacientemente cada línea, cada lunar de su cuerpo...

Me sorprende tener esa explosión de pensamientos en cuestión de segundos. Y también el simple hecho de haberlos tenido.

Me sostiene la mirada por un segundo. Me concentro en continuar bajando con cautela las escaleras, pero es jodidamente difícil teniendo sus ojos en los míos. Maldigo en silencio cuando desvía la mirada y frunzo el ceño, sorprendido por mi reacción.

Al pie de la escalera, nuestros padres nos atrapan y nos llevan hacia un pequeño grupo, que en minutos se disuelve, dejándonos con la señora Hamilton. Al momento, se disculpa unos segundos mientras le hace señas a alguien. No me molesto en ver quién es.

Conversan trivialidades. Me siento demasiado incómodo, fuera de lugar. Necesito un puto cigarro, con urgencia.

Levanto la mirada y la veo acercarse al grupo. Frunzo el ceño. ¿Es la hija de los Hamilton?

—Madre —murmura. Su voz provoca un efecto inmediato en mi entrepierna. Joder, joder, joder.

—John, Sophia —dice la mujer—, les presento a mi hija Eleanor. Eleanor, los señores John y Sophia Bennett.

Cada quién hace lo que cree conveniente. Por alguna razón, la señora Hamilton prefiere presentar a su hija a nuestros padres. Puedo divisar que Ethan frunce el ceño, pero se mantiene callado.

—Oh, encantada de conocerte, Eleanor —dice mi madre, saludándola con el beso de rigor en cada mejilla acompañado de un abrazo—. Supongo que ya conociste a mis hijos.

—Aún no he tenido el gusto oficialmente —declara.

Mi madre comienza con las presentaciones. Procuro no dirigirle la vista, pero es imposible. Teniéndola tan cerca, puedo olerla y la sensación va

directo a mi entrepierna, de nuevo. Ethan nota mi nerviosismo y le dirijo una mirada asesina mientras la chica saluda a Sarah con un asentimiento de cabeza.

—Y mi muchacho, Chris.

Vacila al levantar la mirada.

Mírame, carajo. Mírame.

Cuando lo hace, nuestras miradas se encuentran. Siento como si alguien tirara de mí para acercarme a ella.

—Encantada de conocerlos —responde con cordialidad, mirándonos a los tres. ¿Es eso un ligero temblor en su voz? Lo descarto.

No puedo dejar de mirarla. Es preciosa, y parece que fuera el tipo de mujer que es incapaz de notar su belleza. Joder, ¿cómo ha podido ponerme al cien solo con su voz? Es demasiado.

—Me retiro, con su permiso —anuncio y salgo como alma que lleva el diablo hacia ningún destino en concreto.

Escucho pasos tras de mí, e inmediatamente sé que es Ethan.

Salgo a la fresca noche y me inclino contra un pilar, llenando de aire mis pulmones.

—¿Qué carajos te pasa? —susurra. Hay algunas personas que están entrando al lugar.

—¿Podrías dejar de joderme por un minuto?

Tiene la amabilidad de guardar silencio, pero sé con certeza que sólo está pensando en su siguiente frase.

—¿Te gustó esa chica? —dice en tono sugerente. Sacudo la cabeza y le dedico una mirada asesina, de nuevo.

—Cállate. Déjame solo, ¿quieres?

Ethan levanta las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, de acuerdo —frunce el ceño antes de dar un paso lejos de mí—. No vas a fumar, ¿verdad?

—Maldita sea, Ethan. Lárgate de una buena vez y ve a buscar a tu mujer.

Finalmente, se rinde y se va. Suspiro, aliviado. Joder, es mi hermano, y lo quiero, pero a veces puede ser muy... Insistente.

Meto la mano dentro de mi chaqueta para sacar la cajetilla de cigarros y el encendedor. Al dar la primera calada, ya me siento más tranquilo. Camino dentro del laberinto para que nadie me moleste. Sé con certeza que mi madre desaprobaría esta adicción, así que, lo mantengo en el anonimato.

Continúo caminando sin rumbo aparente. Llego a un punto en el cual no sé donde estoy, así que simple y sencillamente, me detengo. Inhalo del cigarro y exhalo humo, formando unos aros. El olor y el simple hecho de sentir el humo explorar mi boca, me relajan. Escucho pasos lejanos, pero los ignoro, concentrándome en la sensación de tranquilidad que el cigarro me proporciona.

Alguien se golpea contra mi espalda y escucho algo caer. Me doy la vuelta y veo a la chica de nuevo. Expulso el humo que me restaba por entre mis labios. La miro, sintiendo odio por mi mismo al reaccionar de esta manera por una mujer.

—Disculpa —consigue decir entre balbuceos. Se inclina a tomar lo que sea que soltó cuando se golpeó conmigo, pero su mirada no me abandona.

—No hay problema. Espero que te fijes para la próxima—inquiero.

Mierda.

El filtro entre cerebro y boca fue traspasado.

Su gesto se endurece y responde:

—Lo haré.

Sacude la cabeza y comienza a caminar de nuevo. Cierro los ojos a sus espaldas, intentando encontrar la serenidad que me arrebató.

Algo llama mi atención en el suelo: Un zapato.

—¡Espere! —se gira y su mirada se posa directamente en el zapato que llevo entre mis manos.

Intento mostrarme más comprensivo.

—Creo que has dejado su zapatilla, Cenicienta —bueno, eso no estuvo tan bien. Enarco una ceja, y ella me imita.

—No soy Cenicienta, tú si me has alcanzado para entregármela.

—Entonces eres la Cenicienta moderna —estiro la mano y le entrego el zapato con una sonrisa. Nuestros dedos se rosan y la cadena de reacciones que provoca en mi cuerpo son lo suficientemente eficaces como para tener la certeza de que podría follármela toda la puta noche sin saciarme.

—Gracias —se gira de nuevo y continúa caminando.

No dejo de mirarla hasta que la pierdo de vista. Suelto el restante de cigarro y lo apago con mi zapato. ¿Qué demonios acaba de suceder?

Perder el control de mi cuerpo es más de lo que puedo soportar. Mi vista se nubla, reemplazando la realidad con fantasías eróticas en las que obtengo placer de su cuerpo de formas que ni yo mismo sabía que conocía.

Mierda.

Sacudo la cabeza, alejando las imágenes, pero es tarde. Siento mi miembro que lucha por escapar de mis calzoncillos.

Necesitaré una ducha bastante fría después de esto.



Cuando regreso al salón, inconscientemente la busco con la mirada, pero no se ve por ningún lado. Cerca del bar está su mejor amiga, Holly.

Eleanor Hamilton era una simple leyenda urbana dentro del chisme del grupo de conocidos de mis padres. Nadie la había visto, nadie sabía cómo era, pero casi todo el mundo estaba enterado sobre el trato recibido por parte de su padre, Matthew. Se decía que era una chica consentida, que su padre le daba cuanta tontería le propusiera y siempre conseguía lo que quería. Una chica malcriada, según sus palabras. Catherine había hablado mal de ella a diestra y siniestra después de que Matthew la dejó como única heredera, a sabiendas de que su hija jamás se enteraría de sus palabras.

Ahora que sé como luce, dudo mucho que «malcriada» sea una palabra para describirla. Sarah tiene pintada esa palabra en la frente, ella no. Su fachada de altanería y seguridad era una farsa. ¿Cómo es que lo sé? No tengo la mínima puta idea. Sólo sé que su mirada reflejaba inseguridad mientras se acercaba a donde nos encontrábamos hace un rato, por más que intentó disimularlo.

Suspiro. No sé por qué carajos me encuentro pensando y analizando todo sobre su personalidad, pero lo hago. Y es condenadamente frustrante no poder pensar en otra cosa.

Y ahora mismo no estoy pensando.

—¿Señorita Martin? —pregunto a espaldas de la chica. Se gira y me mira de arriba abajo con una mirada crítica.

—¿Sí?

—¿Ha visto a la señorita Hamilton? —pregunto con tranquilidad.

Noto que se tensa.

—No... Realmente no sé a donde fue. ¿Necesita algo de ella?

Necesito muchas cosas de ella.

—No realmente.

Frunce el ceño por una milésima de segundo.

—Como le comenté, no sé nada de ella. Cuando la encuentre le digo que la busqué. —sonríe amable.

¿Dónde está la chica que flirteaba conmigo descaradamente hace unos meses? Ahogo una sonrisa y asiento con la cabeza.

—Se lo agradecería mucho.

Le sonrío y me doy la vuelta. Necesito una puta copa. No sé qué carajos estoy haciendo.

Diviso un mesero con una charola llena. Cuando estoy por alcanzarlo, alguien me intercepta.

—Hola querido, ¿me permites un momento?

Catherine Hamilton es el diablo en mujer. Estoy seguro. Forzo una sonrisa y asiento con la cabeza.

—Dígame. ¿En qué la ayudo?

—He notado que has mirado a mi hija. —dice con tono empalagoso. Me tenso al instante. ¿Cómo pude haber sido tan desprevenido? —. Quiero que sepas que te conozco, conozco muy bien a tu familia, y estoy totalmente de acuerdo en que cortejes a Eleanor. Estoy segura que un chico tan encantador como tú la hará entrar en razón.

Inmediatamente me siento ofendido. No tanto por mí, sino por la manera en que se refiere a su hija. ¿Cómo puede pensar que necesita que le metan razón?

—¿Entrar en razón? —pregunto, desconcertado.

Sonríe diabólicamente.

—En efecto, querido. La chiquilla es sólo eso, una chiquilla. Mi esposo estaba fuera de sí cuando la nombró heredera. Estoy segura que tú la ayudarás a entrar en razón y ser más considerada con su pobre madre —eleva una mano y la coloca sobre pecho—. Estoy segura que la meterás en cintura y le harás ver que su actitud hacia mí es totalmente errónea.

—Señora Hamilton, dudo mucho que yo pueda ayudarle en algo así. Matthew habrá tenido sus razones para dejarla a ella como dueña de todo, ¿no lo cree?

Tuerce el gesto en una mueca, pero se recompone casi al instante.

—Matthew estaba enfermo. Dudo mucho que pudiera tomar decisiones importantes en esas condiciones. Nuestro futuro es algo importante, y decidió

dejarlo en manos de ella. No sé como pudo ocurrir, pero estoy convencida que puedes ayudarme.

—Le repito. Dudo mucho que yo pueda ayudarle, al fin y al cabo, ella es dueña de todo. Sería un insulto de mi parte meter mano en sus asuntos. No la conozco.

—Por eso mismo, insisto en que debes cortejarla. Es importante. Además, sé que tus padres estarán encantados de tenerla como nuera. Los ha dejado impresionados hace un rato.

¿Ah sí?

Esta mujer es desquiciante. No se puede razonar con ella. Supongo que lo mejor que puedo hacer es seguirle la corriente.

—Está bien. No se preocupe, haré lo que pueda —sonríó de modo conciliador.

—Muchas gracias, querido.

—Bien, si eso es todo, nos veremos después.

—Hasta pronto —responde y de nuevo, una mueca diabólica se asoma por su rostro. Mierda, esa mujer es horrenda.

Me escabullo como puedo y voy en busca de ese mesero escurridizo. Joder, tal vez necesite más de una copa para comenzar a preguntarme en dónde diablos me he metido.



Un rato más tarde, cuando logro zafarme de mi madre y la ridícula fiesta, y llego a casa —a la antigua casa de mis abuelos—, siento el peso del estrés y las emociones del día de hoy.

Al despertar esta mañana jamás creí que ocurriría todo aquello. Siento como si una avalancha de emociones ocultas haya despertado para azotarme de manera implacable. Conforme subo las escaleras, más soy consciente de mis acciones. Estoy jodido.

Mientras me desvisto, no puedo evitar recordarla mientras descendíamos por aquella escalera de grandes proporciones. Y como si mi mente me jugara sucio, logro evocarla justo aquí, frente a mi cama, mirándome de manera

provocativa. Con movimientos sensuales, se deshace del vestido, quedando sólo en una provocativa lencería color carne y unos tacones altos. Suelta su cabello, dejándolo caer frente a sus deliciosos pechos. Todo sin soltar la vista de mis ojos. Siento inmediatamente como mi miembro aumenta de tamaño. Sus ojos se encuentran con mi entrepierna y sonrío tímidamente. *Dios, me va a volver loco.* Cierro los ojos, intentando contener mis necesidades, pero cuando los abro, ella se ha esfumado.

—Joder —gruño.

Estoy desquiciado. No puedo creer haberme permitido perder el control una vez más. Pero supongo que debería acostumbrarme. Llego a una conclusión tan aterradora que me sorprende a mí mismo.

En definitiva, no voy a dejar escapar a esa mujer.

Va a ser mía.

Agradecimientos

Quiero agradecer a mis primeras lectoras Alix Ochoa, Jeanneth Cabrales, Alejandra Figueroa y Day Esquitin. Por allá en 2013, sin saber si realmente tendría futuro, me alentaron a seguir escribiendo. ¡Las quiero mucho!

A Jana Salas, que releyó mil veces mis teorías y cambios de trama, incitándome a arriesgarme. Amiga adorable, cómplice divertida y creadora de *ships* inigualable. ¡Te quiero!

A mis lectoras, sin sus palabras tampoco hubiese podido continuar.

A mi amiga Mónica Estrada, talentosa arquitecta, gracias por leerme, orientarme con respecto a los términos y decirme donde tenía errores.

A mis conocidos y familiares, que sin saber de qué iba la trama de la historia, decidieron apoyarme a publicar la historia.

A mi maestro de maquetación digital, Juan Andrés Barredes. Porque, de no haber recibido sus consejos de diseñador, no haber estado conmigo durante el proceso de maquetación, quizá no me hubiera arriesgado tampoco a publicar. Le agradezco de todo corazón.

A Alexa Granados Gallegos por ayudarme con la corrección del texto y sacarme carcajadas al leer sus comentarios. ¡Gracias!

También, quiero hacer una mención especial a mí misma. Me arriesgué, mantuve el secreto de mi afición a la escritura y la compartí con mis más allegados, esperando que les gustara. Cuando me dí cuenta de que mi cabeza tenía más palabras que dar, no me detuve. Y no lo haré.

Sobre la Autora



Yada M. Diseñadora gráfica. Se apoda así misma Yaz Miller; nacida en Sonora, México un verano de 1994. Se interesó por la lectura en su adolescencia y se incursionó en la escritura a los 19 años.

Su primera novela, Te Pertenezco, obtuvo más de 728 mil lecturas y 50 mil votos en la plataforma de lectura gratuita Wattpad.

Actualmente edita y trabaja en la edición de la segunda y tercera parte de Te Pertenezco para publicar en Amazon.

Síguela en sus redes sociales:

Facebook: [Yaz Miller](#)

Instagram: [@yazmillerwrites](#)

¿Disfrutaste de la historia?

¡Tu opinión es muy importante para mí!

Si disfrutaste de Te Pertenezco, deja tu opinión en la plataforma de tu preferencia.

¿No fue lo que esperabas? También me gustaría saberlo. ¡Espero tus comentarios!

[Goodreads](#) | [Amazon](#)

Table of Contents

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota de la Autora](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[Epílogo](#)

[Extra](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)

[¿Disfrutaste de la historia?](#)